







BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Sala: B

Estante: 3

Número: 553

~~BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
— GRANADA —~~

~~Sala: B~~

~~Estante: 4~~

~~Número: 86~~







R. 6025

R. 6025

B  
4  
86

# MEMORIAS

DE

# UN ÁNGEL DE LA GUARDA.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR EL ABATE

MR. G. CHARDON,

VICARIO GENERAL DE CLERMONT FERRAND,

MIEMBRO TITULAR DE SU ACADEMIA Y CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR.

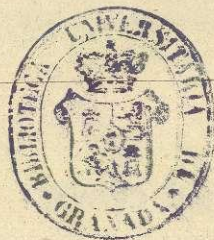
TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON MARIANO POGGIO

Y

BERMUDEZ DE CASTRO.



GRANADA  
IMPRESA DE I. VENTURA SABATEL  
1880.









## DEDICATORIA.

---

*Al Excmo. é Ilmo. Sr. D. Bienvenido Monzon y Martin de la Puente, Arzobispo de Granada, Prelado doméstico de Su Santidad, Asistente al Sacro Sólido Pontificio, Senador del Reino, Caballero Gran Cruz de la Insigne y Real Orden Americana de Isabel la Católica, Misionero Apostólico, Académico de número de la Católica de Roma, Predicador de S. M. y de su Consejo, etc., etc.*

*Como á su maestro en la fe, como á pastor de su alma y como á padre cariñoso, dedica este modesto trabajo el más humilde de sus hijos en Cristo,*

Mariano Paggia y Bermudez de Castro.





MEMORIAS  
DE  
UN ÁNGEL DE LA GUARDA

POR  
MR. G. CHARDON

VICARIO GENERAL, SUPERIOR  
DE LA MISION DIOCESANA, MIEMBRO TITULAR DE LA ACADEMIA DE CLERMONT  
FERRAND, CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR, ETC.

TRADUCIDA AL CASTELLANO  
POR  
DON MARIANO POGGIO

Y  
BERMUDEZ DE CASTRO.

---

*Las memorias de un ángel de la guarda* han obtenido de la prensa francesa y extranjera los elogios más lisonjeros. Copiamos á continuacion los extractos de algunos artículos que sobre dicha obra han publicado algunos periódicos; varios de ellos han sido muy extensos.

*El Univers.* Hay en los sentimientos y expresiones de esta obra un perfume de poesía cristiana y un aroma de sencilla piedad que embalsaman el corazón.

*Le Monde.* (El Mundo.) ¡Tiernísimo y vivificante asunto! Cien veces se ha tratado de él y á pesar de esto Mr. Chardon ha hallado el medio de hacerlo nuevo otra vez.

*La Bibliographie Catholique.* (La Bibliografía Católica.) Recomendamos á todos la lectura de esta obra; es de aquellas que llevan el bien al alma. Bendito sea el piadoso autor que la ha escrito, bajo la inspiracion sin duda de su buen ángel. Un ángel solo puede dictar tan sólidas y graciosas páginas.

*El Contemporáneo.* Hemos podido convencernos al leer esta obra, que la solidez del fondo está unida á la gracia de la forma.



*Le Pilote de Boston.* (El Piloto de Boston.) Á nuestro parecer no es esta obra importante solamente, sino extraordinaria tambien. No debe leérsela ligeramente, sino estudiarla y meditarla. Se ocupa de un asunto conocido pero con una forma enteramente nueva, distinguiéndose esencialmente de tantas obras banales de que estamos perseguidos

*L'Etoile de Bethléem.* (La Estrella de Bethléem.) Al hacer luz sobre la verdadera idea de la influencia celestial sobre el alma humana, esta obra es especialmente útil á la época por que atravesamos, expuesta por un lado á los sueños de los espiritistas, y por otro á las degradantes doctrinas de los materialistas.

*Le New-York. Tablet.* ¡Delicioso libro para todas las edades! La belleza y la gracia resaltan en todas sus páginas. Es una especie de poema en prosa en el que la perfeccion de la forma es digna en todo del fondo de su contenido.

*Le Catholique Etendard.* (El Estandarte Católico.) Estas Memorias suministran un vasto tema de estudio á las personas deseosas de comprender la doctrina católica bajo el ministerio de los ángeles. La extension y variedad de las materias tratadas en este volúmen son tales, que se ven más de ochenta y ocho ejemplos, sobre el ángel que llena su cargo y cumple su mision de amor y de afecto.

(*Le Monde Catholique.*) *El Mundo Católico.* Esta deliciosa obrita es piadosa, instructiva y muy interesante.

*L'Univers de Londres.* (El Universo de Lóndres.) Una idea muy poética se desarrolla en un tratado religioso, bajo el ministerio de los ángeles custodios. El lector verá en el acto, que no se trata de un libro ordinario sino de una joya perfecta desde el principio hasta el fin.



## PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

---

*Pluguiera á Dios que todos los libros que vienen de la nacion vecina á tomar carta de naturaleza en nuestra pátria, encerraran la moralidad y la enseñanza que el que ahora tengo la complacencia de ofrecer á las almas piadosas y leales á la fe de nuestros padres. Pluguiera á Dios también que este libro cayese en las manos de los espiritus frícolos é indiferentes que leen las poco edificativas bufonadas de Paul de Kock y en las de aquellos que remedan en la tierra clásica del catolicismo las impiedades de Voltaire y de Proudhon.*

*Yo tengo para mí que su lectura sencilla y llena de sentimiento, habia de despertar la conciencia adormecida de los unos y se habia de imponer á los otros por lo mismo que está desnuda de toda pretension, y creo esto así porque este libro, aun cuando lleva por título **Memorias de un ángel de la guarda**, bien pudiera llamársele también **La Voz de la conciencia** y son tan dulces sus llamamientos y tan cariñosas sus amonestaciones, que desde las primeras páginas se siente uno inclinado á escuchar mansamente las sentidas acusaciones de aquella voz que en la dulzura de su lenguaje lleva encerrada la medicina del alma y muestra entre las borrascosas olas de la ingratitud y de la culpa el camino del arrepentimiento.*

*Sucedé muchas veces leyendo sus preciosas páginas lo que á aquella pecadora de Samaria á quien Jesús evangelizó diciéndole sábiamente todas las veces que habia*



*delinquido é invitándola al propio tiempo á beber de aquella agua pura, que una vez gustada jamás se siente sed. Como aquella mujer convertida no pudo contener dentro de su pecho la admiracion causada en su alma por las divinas palabras de Jesucristo, sino que llamando á sus convecinos les dió cuenta del admirable prodigio, invitándolos á que fueran á ver con sus propios ojos al hombre que le habia dicho todas las cosas que habia hecho, de la misma manera al leer las páginas de este precioso libro, inspirado sin duda alguna por el Padre de las luces, se siente el alma tan arrebatada por la sencilla verdad de sus conceptos, que no pudiéndose contener, rompe las ridiculas vallas de la prudencia humana, y dice á todos sus amigos y conocidos «Venid y leereis un libro que os dirá sábiamente »todas las veces que habeis hecho traicion á vuestra conciencia, y que os manifestará el especial y cariñoso cuidado que tiene el Criador por que sus criaturas no se »pierdan. Venid y leereis un libro que os hará fuertes »contra las desdichas y valerosos contra los ataques de »los enemigos del alma, y que pondrá en vuestro corazon »la confianza en los auxilios del cielo y la desconfianza »en las flacas fuerzas de vuestra propia naturaleza.*

*Esto debe haber sucedido muchas veces en Francia con la piadosa lectura de este libro, puesto que ha traspasado las fronteras y en Alemania y en Inglaterra se han agotado veinte mil ejemplares, y yo, movido del espíritu de caridad desearia que mi traduccion no eclipsara las bellezas y tiernisimas verdades que contiene, para que aconteciera lo mismo en nuestra España.*

*Periódicos de todos matices de las naciones antes citadas, como asimismo del Norte de América, han hecho de esta bellisima obra los elogios que en lugar correspondiente verán los lectores. Yo barrunto que ha de tener vida muy larga; la forma es nueva y sencilla como conviene á todo lo sublime, pero la doctrina está tomada de lo más escogido de los Santos Padres, expositores sagrados y escritores ascéticos. Es el poema del alma cantado por los ángeles custodios, y este es tanto más interesante*



*cuanto que los cantores son los compañeros de toda nuestra vida y los participes de nuestras más puras alegrías y de nuestras más tristes desventuras. ¿Á quién no cautivará su relato si sus palabras están formadas de nuestros suspiros, sus pensamientos de nuestros temores y sus jornadas son las diversas épocas de nuestra vida?*

*Pero basta; este libro es la palabra de Dios escrita por uno de sus ministros, y no quiero por más tiempo enturbiar con mis torpes manos, el manantial purísimo en que os habeis de refrigerar de la manera en que puede hacerse en este mundo, la sed impaciente de nuestras almas.*

Mariano Poggio y Bermudez de Castro.

Granada 4 de Marzo de 1880.



# CENSURA EMITIDA EN ESPAÑA.

---

EXCMO. É ILMO. SR. ARZOBISPO DE GRANADA.

*El manuscrito intitulado «Memorias de un Angel de la Guarda», no contiene cosa alguna contra la fe ó las buenas costumbres, antes parece muy á propósito para despertar en los fieles, tierna devocion por el amigo invisible que Dios envia desde el Cielo á cada uno de nosotros. Soy pues de parecer que se le puede dar la aprobacion Eclesiástica que el traductor solicita.*

*Dios guarde á V. E. I. muchos años. Granada 27 de Marzo de 1880.—Excmo. é Ilmo. Sr.—Joaquin Torres Asensio, Dignidad de Chantre de la Santa Iglesia Metropolitana de Granada.*

## APROBACION.

---

*Granada 30 de Marzo de 1880.*

*Concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse la obra de que se hace mérito en el anterior escrito.—Lo decretó y firma S. E. I. el Arzobispo mi Señor de que certifico.—Sello.—El Arzobispo (✕).—Dr. Antonio Sanchez Arce, Secretario de Cámara.*



## APROBACIONES OBTENIDAS.

---

*Vista y aprobada.*

*Clermont 2 de Febrero de 1873.*

LUIS CARLOS, OBISPO DE CLERMONT.

### APROBACION.

---

Las Memorias de un Angel de la Guarda son un opúsculo lleno de doctrina. Se nota en ellas con admiracion al par de una emocion consoladora, que todas sus reflexiones están sacadas de las mejores fuentes doctrinarias, conteniendo cuanto cabe en la tierna solicitud de un ángel de la guarda, inspirado cada momento por los cuidados y buenos oficios que tiene por un alma que le ha sido confiada, para que le sirva de protector y guia. La lectura de estas bellisimas páginas, escritas de una manera sencilla al par que conmovedora, no podrá menos de despertar en todos los corazones, los sentimientos de una viva emocion y de una amorosa confianza, hácia este fiel y vigilante compañero de nuestra peregrinacion en esta vida. Por esto aprobamos de todo corazon esta obra recomendando su lectura.—DEJARDIN, Vicario general, Superior del gran Seminario diocesano de Clermont Ferrand.



## PREFACIO DEL AUTOR.

---

*Estas Memorias son una galeria de cuadros, en los que está puesta en accion toda la doctrina cristiana, bajo el ministerio confiado á los Angeles de la guarda.*

*Un Angel de estos refiere en dichas Memorias, cuales fueron sus funciones y sus impresiones, desde el instante en que para su cuidado le fué confiada un alma, hasta en el que aquella ocupó un lugar á su lado en la gloria eterna.*

*Se ve á golpe de vista lo que hizo en el pasado, lo que practica en el presente y lo que hará en el porvenir, por cada uno de nosotros sus mejores amigos y protegidos.*

*¡Ojalá que la lectura de estas páginas excite el reconocimiento de los corazones que tantos beneficios reciben, llevándolos á corresponder á ellos con más fidelidad! Este es el único fin que el autor se propone.*



## CAPÍTULO PRIMERO.

### LA ESPERANZA.

DESDE el día en que se me anunció que se me iba á confiar el cometido de ser *ángel de la guarda*, ardía en impaciencia. Se me hacia tarde el partir para ejercer en la tierra la divina misericordia.

No podia yo en el cielo disfrutar de tamaña ventura. En él todas las lágrimas son enjutas, todos los peligros evitados, todos los trabajos se acaban (1).

La tierra ofrecía un vasto campo á mi celo; las miserias abundan en ella, es su país propio, su lugar natal (2).

El Criador nos habia dado ya el ejemplo de compasion, visitando á los hombres pecadores despues de su caída. Los ángeles se habian precipitado tras Él y corrian por la senda que les habia trazado (3).

¡Salvar un alma! se decian, hacer para siempre dichosa una criatura inteligente y sensible, dando á Dios un adorador más para la Eternidad! prepararnos para nuestra pátria celestial un amigo fiel y agradecido. ¡Qué privilegio! ¿No acrecerá por ello nuestra felicidad en el mismo seno de nuestras infinitas delicias? (4).

La Encarnacion llevó esta caridad hasta el más alto grado. Al elevar las almas á una nueva dignidad, hizo nacer en los corazones de sus celestiales guardianes un nuevo amor.

Desde el principio, Dios distribuyó á los espíritus puros sus respectivos cometidos; á los unos confió el bien general de los hombres; á los otros el de velar cada uno por un alma (5).

(1) *San Agustín*.—Comentarios sobre el salmo 148.

(2) *Bossuet*.—Sermon sobre los ángeles de la guarda.

(3) *Origéne*.—Primera homilia sobre Ezequiel.

(4) *Bossuet*.—Sermon sobre los ángeles de la guarda.

(5) *Bail*.—Teología afectiva de los ángeles.



Yo fui comprendido entre estos últimos. Al aparecer un alma que solo Dios veía en el porvenir, debía comenzar mi ministerio. ¿En qué tiempo, en qué lugar y bajo cuáles auspicios iba á aparecer aquella? Yo lo ignoraba.

Sin conocerla ya la amaba, y mi afecto no cesaba de aumentarse á medida que se acercaba el término apetecido (1).

Cuando un niño nacía en la tierra, yo me presentaba ante el trono de Dios y como cada uno de mis hermanos me apresuraba á decirle.

¿Seré yo, Señor, á quien confiareis el honor de conducirlo en su peregrinacion?

## CAPÍTULO II.

### LA PRIMERA VISTA.

Mi turno llegó: un nuevo niño acababa de nacer... el Altísimo me hizo un signo... yo fui el bien aventurado elegido (2).

Sin retardarme un solo momento volé hácia mi pupilo. El ángel de su madre lo habia protegido hasta entónces. Guardian del árbol velaba sobre el fruto pendiente de la rama. Pero al abrir los ojos á la luz, el niño debia serme entregado (3).

Después de haberlo esperado tanto tiempo, lo encontraba al fin; ya le extendia mis brazos, ya iba á estrecharlo contra mi corazón....

¡Amarga decepcion! Su vista detuvo mi vuelo. Los rasgos divinos brillaban á penas en aquella alma; una espantosa lepra la desfiguraba. Tenia aun la mancha original.

Dos sentimientos diferentes lucharon entónces en mí; una profunda conmiseracion por aquel alma, y un invencible horror por sus manchas (4).

Mia es! dijo Satanás. No ha entrado en la vida sino para caer

(1) *Boudon*.—*Devocion á los nueve coros de los angeles*.

(2) *San Jerónimo*.—*Comentarios sobre San Mateo*.

(3) *Santo Tomás*.—*Tratado sobre los angeles, proposicion 113, art. 5.º*

(4) *Vida de San Sebastian*.—*Bolandistas*.



bajo mi férula. Patente está el sello de maldicion! Pertenece á esa raza de proscritos que me debió en otro tiempo su destierro, y que me debe cada dia sus desgracias (1).

¡Cuán crítica era entonces la posicion de aquel niño! Un movimiento demasiado súbito, una caída... un nada... y se rompía aquella frágil existencia! y de aquí un alma inmortal confinada á aquellos lugares que nunca alumbrará el destello de la Faz divina.

Satanás sabia esto; así es que hubiese querido en aquel mismo instante arrancarle la vida; no hubiese temido en darle el golpe fatal. Pero su poder no llegaba hasta este punto. Yo debia poner limite á su crueldad (2).

Mientras que él sugería á los padres mil pretextos para diferir el bautismo ó trataba de engañar su vigilancia, yo despertaba su solicitud comunicándoles los ardores de mi celo (3).

### CAPÍTULO III.

#### EL BAUTISMO.

El niño fué presentado al fin á las sagradas fuentes. Yo rebo-saba en alegría. Me parecia que iba yo mismo á recibir aquel gran favor (4).

«Corre onda regeneradora. Derrámate sobre su frente para que de seguida vea yo su alma tal como mi amor la desea».

Todavía no.... En pié y frente á Satanás el ministro de Jesu-cristo no hizo salir al usurpador, sin haberlo antes humillado.

Bajo el velo de los exorcismos vi al sacerdote encadenarlo, flagelarlo, llenarlo de dardos. ¡Qué gritos lanzaba el ángel del mal! cada uncion puesta al niño encendia en Satan el fuego de un nuevo infierno (5).

(1) *Tertuliano*.—Tratado sobre el alma.

(2) *Marchant*.—Jardin de los pastores.

(3) *Vidas de San Tirso y San Basilio*.—Bolandistas. *Boudon*.—Devocion á los nueve coros de los ángeles.

(4) *San Crisóstomo*.—*Sermon sobre la Ascension*. Santo Tomás de Villanueva.—*Sermon sobre los ángeles*.

(5) *San Cipriano*.—*Carta á Magnus*. San Basilio de Cesarea.—*Homilia sobre la humildad*. *Vida de Santa Magdalena de Pazzi*.—Bolandistas.



El sacerdote no le daba sino los epítetos de espíritu inmundo, espíritu lleno de condenacion, espíritu condenado. Le recordó el anatema que sobre él pesaba, el segundo juicio á que debía someterse, el acrecentamiento de dolor que le esperaba, y le obligó en fin á rendir gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo (1).

El agua corrió en fin. ¡Qué virtud en una gota de agua! Todas las maravillas de la gracia se contenian en ella! Desde que tocó y bañó la frente del recién nacido, desaparecieron las manchas, la maldicion, la muerte. Satan habia huido con la velocidad del rayo; el espíritu del amor habia descendido haciéndose oír una voz desde el cielo y que decia: «Ese es mi hijo» (2).

Para este hijo de los hombres convertido ya en hijo de Dios, todo habia cambiado; un nuevo nombre lo designaba ya, una nueva familia lo habia adoptado, una nueva vida circulaba por sus miembros. Al pecado habia sucedido la gracia. Desde las manos de Satan habia pasado á las del ángel (3).

Nadie fué indiferente á su dicha. Las arpas de oro resonaron bajo los dedos de los elegidos, los demonios rugieron en el infierno; las dos almas que por el niño acababan de hacer la profesion de fe, lo consideraron como su hijo propio, y desde los límites de la pátria celestial un santo inclinado sobre la tierra lugar de destierro, decia: «Yo seré su protector» (4).

## CAPÍTULO IV.

### LA CUNA.

Al volver del santo templo, yo ayudé á conducirlo. Tenia prisa por bendecir su cuna. Su madre lo acostó en ella despues de haberlo besado con religioso respeto. Yo, como ella, velaba sobre aquel querido tesoro. Mis dos alas estaban desplegadas sobre él, protegiendo su reposo. Sus párpados se abrian y se cerraban

(1) *Ceremonias del bautismo.*

(2) *Ceremonias del bautismo.*

(3) *Tertuliano.—Tratado del bautismo. Vida de Santa Maria de Oignies.—Bolandistas.*

(4) *San Gregorio de Nacianceno.—Sobre el bautismo. Vida de Santa Geneveva.—Bolandistas.*



bajo mi mirada. Los latidos de su corazón me regocijaban (1).

«Duerme, duerme bajo las alas de tu ángel. Nada tienes que temer. Estás en el umbral del paraíso».

¡Qué encantos presta á la más humilde de las criaturas una sonrisa de la bondad divina!

«Y es que ella hace salir cada día del inmundo barro rosas y lirios!»

«Hermanos míos los del cielo; acudid! hay en la tierra espectáculos dignos de vosotros».

«Aquí en la sombra hay un astro del día destinado á brillar en la eternidad».

«Bajo estos lazos y en este frágil cuerpo podreis contemplar vuestra imagen más bella» (2).

Así era como cerca del lecho en que dormía la inocencia, cantaba yo las riquezas de la gracia.

No pude resistir á la alegría de manifestar mi complacencia por medio de un signo exterior y visible.

Una mañana, la dichosa madre del niño oyó una voz que partía de la cuna. Miró y vió una paloma que jugueteaba cerca del despierto infante. Quiso cogerla, pero la paloma no voló sino que desapareció instantáneamente y en el mismo lugar en que antes se habia presentado (3).

La madre comprendió entonces que solo un ángel podia manifestarse así, y cayendo de rodillas, me dió gracias por la benevolencia con que distinguía á su hijo.

## LA VISION

### CAPÍTULO V.

#### EL HERMANO MENOR.

El era como yo hijo de Dios, pero yo era su hermano mayor, y el Padre celestial me habia confiado el cuidado de mi hermano más pequeño (4).

(1) Luis de Blois.—*Retiro del alma fiel.*

(2) Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los ángeles.*

(3) *Vida de San Neófito.*—Bolandistas.

(4) *Marchand.*—Jardin de los pastores.



«Tú tendrás por él, me había dicho, la más tierna afeccion y hallarás en mi corazon la medida de tu afecto».

Miré al corazon de Dios y ví en él el puro manantial de donde salieron la Creacion, la Encarnacion, la Redencion y la Eucaristía (1).

Al ver esta inmensa cadena de maravillas de las que cada anillo llevaba el sello de la infinita caridad, me confundí. Los destellos de la gloria no podian revelarme el fondo de semejantes misterios, y la lengua que se habla en los cielos era impotente para repetir mis trasportes.

Pero cuando despues de haber admirado este amor me convertí en órgano de él ¡en qué divino fuego ardía!

El Padre celestial, al dar por conducto de mis manos, llenaba los deseos que le impelian á darse á sí mismo. Mis funciones me asociaban á su ternura y me hacian gustar las delicias de ella.

Yo no existía por mí solo. Mi vida era la de dos. Me apresuraba á comunicar á mi hermano las perfecciones que yo habia recibido.

Dios obraba en mí. *Él* velaba por mis ojos, escuchaba con mis oidos, corria con mis piés, volaba con mis alas, amaba con mi corazon (2).

Yo era la personificacion de su Providencia y yo gustaba de inefabables goces, al llenar de favores al hermanito que se me habia dado (3).

## CAPÍTULO VI.

### LA VISION.

Visible para el cielo, no me distinguia en la tierra la mirada de ningun ser humano. A semejanza de la adorable Providencia, de quien yo era el representante, no se revelaba mi presencia sino por mis beneficios.

Un dia, desplegué ante la vista de aquella jóven alma un reflejo de mi belleza. Ningun ser de la tierra podrá contemplar la ver-

(1) San Bernardo — *Sermon sobre San Miguel*. — Pedro de Blois. — *Sermon sobre San Miguel*. — Luis de Blois. — *Retiro del alma fiel*.

(2) San Hilario de Poitiers. — *Comentario sobre el salmo 129*.

(3) Santo Tomás. — *Sobre los ángeles*. — Prop. 113, art. 6.



dadera vision de un ángel en la gloria. Tomé formas sensibles y mientras dormia le permití contemplarme (1).

Me aparecí con brillante rostro, ondulante cabellera, una corona de flores, túnica azul, cinturón de oro y alas blancas (2).

«Dadme alas también á mí, dadme alas! exclamó el niño transportado y tendiéndome sus brazos (3).

Las alas! ¿no era todo lo que le faltaba para ser un ángel también?... Se las di en sueños. ¡Qué alegría! más ligero que un ave se lanzó y voló (4).

«Mirad, dijo, como por todas partes puedo seguir á mi guia. Sin trabajo alguno me elevo con él por cima de las nubes, me siento en las regiones de la luz, me balanceo entre los rayos del sol, veo las estrellas á mis piés, solo la inmensidad está por cima de mí. Los ángeles me saludan, los elegidos me reconocen, los niños me sonrien, María me tiende su divina mano; Jesús me bendice.....

De repente el niño despierta... busca... ¿Qué habia sido de todo aquello?

«Consuélate ángel cautivo, consuélate... Si tú permaneces puro y sin mancha, tus alas te serán devueltas en su dia; el sueño se convertirá en realidad».

Así fué como di comienzo á atraérmelo hácia el cielo; inspi-rándole amor por esas cosas tan bellas que jamás podrán comprender los groseros sentidos (5).

## CAPÍTULO VII.

### LOS COLABORADORES.

Yo no estaba solo. Tenia conmigo dos ayudantes preciosos.

El uno poseia la autoridad y la sabiduría, distinguiéndose por la robustez de su fe. El otro revelaba en la dulzura de su mirada y lo bondadoso de su sonrisa, la amable piedad que poseia.

(1) San Ambrosio. — Comentario sobre San Lucas. — Origène. — Comentario sobre San Lucas. — Vida de Santa Brígida. — Bolandistas.

(2) Vida de Santa Francisca Romana. — Boll.

(3) Procopio de Gaza. — Comentario sobre los numeros.

(4) Nicetas. — D. sobre San Miguel y San Gabriel.

(5) Theodoret. — Comentarios sobre San Daniel.



Tan cristianos parientes embalsamaban con el perfume de sus virtudes el santuario de la infancia.

Su concurso constituía mi fuerza. Si ellos no podían nada sin mí ¿qué hubiera yo podido sin ellos? ¡Cuántos de mis hermanos han visto paralizados sus esfuerzos por haber sido privados de semejante socorro! (1).

Sin comprender lo que ante su vista tenía, la joven alma confiada á mi celo, estaba admirada y retenía como en un puro espejo en que se reflejaban tanto las piadosas imágenes que cubrían las paredes, como el rosario que la madre tenía en las manos, el libro en el que se hacían las piadosas lecturas, como el crucifijo ante quien se oraba.

Todos los pequeños dramas domésticos se reproducían allí por medio de la luz de la gracia, y cada personaje de ellos dejaba los vestigios de su papel en los mismos.

Bastaba ver aquel alma para conocer desde luego la historia íntima de la familia.

Su imaginación, su memoria, su espíritu, recibían exteriormente saludables impulsos.

Al llegar á la edad de la razón, ya estaría ésta formada para el bien. La sabiduría la habría prevenido, y sin haber sido buscada, sería su compañera y asociada.

## CAPÍTULO VIII.

### LA LIBERTAD.

A pesar de mis cuidados y los de sus padres, el niño estuvo á pique de naufragar. Había recibido de Dios el libre albedrío.

La corona de los elegidos es un don, pero es también una recompensa. El Creador no la otorga sino al mérito de la criatura. Depende pues del hombre el ser bueno ó hacerse malo. Si quiere, será salvado, si perece, es por que habrá querido perecer (2).

(1) Santo Tomás.—*Sobre los ángeles*.—Prop. 113, art. 4.º

(2) Santo Tomás de Villanueva.—*Sermon sobre la gloria del cielo*.



Limitado mi papel al consejo y la persuasión, se convertía en un manantial de las más deliciosas emociones al par de las más punzantes ansiedades.

El espíritu que conduce un mundo al través del espacio, admira su docilidad. ¡Cuánto pues debía admirar yo la de un alma inteligente! La primera vez que impulsado por mí se dirigió hácia el cielo, quedé verdaderamente sorprendido.

Pero el temor de la resistencia no lucía para mí sin amargura. Aquella arpa que en aquel momento sonaba bajo mis dedos, lanzando los acordes de la inocencia, de la humildad y de la caridad, podría desde el siguiente día y por capricho, entregarse á Satan y producir los groseros sonidos de la lujuria, del orgullo, de la envidia y de todas las pasiones criminales.

Yo estaba entonces cual una cariñosa madre, que viese á su hijo al borde del abismo. Esta lo llama, le grita, le suplica; pero un corazón maligno invita también al imprudente hijo á cerrar los ojos, á dar un paso más... ¿Qué voz será la que atenderá? ¡Ay! quién podrá acertarlo? Es libre... (1).

¡Oh libertad! ¿quién se atreverá á mirarle sin temor? Tú eres verdaderamente el árbol de la vida y de la muerte. Tú llevas en tí los frutos de salud y de perdición. Cogidos con discernimiento dan las alegrías de la inmortalidad; arrancados al azar producen dolores infinitos. A tí son debidas las delicias del cielo; de tí vienen los horrores del infierno.

## CAPÍTULO IX.

### EL SANTUARIO.

No solamente podía el niño resistir á la influencia de mi acción, sino que también podía ocultarme la inspección de su corazón (2).

Era un privilegio concedido tanto al hombre como al ángel el de ser dueños de sí mismos y de tener en sus propios sentimientos un completo imperio, sin que pudiera tomar parte ninguna criatura.

(1) Pedro de Poitiers.—Sentencias, libro 2.º

(2) Santo Tomás.—*Sobre los ángeles*.— Prop. 57, art. 4.º.—Bail.—*Teología afectiva sobre los ángeles*.



Solo á Dios está reservado sin consentimiento del individuo el penetrar en el corazon angélico y en el corazon humano.

Así como un lirio abre sus pétalos á los rayos del sol, así aquella jóven alma se habia abierto ante mis miradas revelándome sus secretos. Yo veia en ella claramente surgir los pensamientos, formarse los juicios, crecer las afecciones y dirigirse los pensamientos hácia su determinado fin.

Pero un dia desapareció todo ante mi vista. Por un movimiento funesto, aquel alma se replegó sobre sí misma, veló su belleza y me ocultó sus tesoros.

Un hálito extraño habia pasado sobre la flor y esta cerró su cáliz.

Grande fué mi tristeza! ¿Cómo, sin poseer ya la vista del interior de aquel alma, poder cultivar en ella los buenos sentimientos y los pensamientos santos? ¿Cómo combatir los pensamientos y malas inclinaciones?

Mas este estado duró poco tiempo. La sencillez y el candor me abrieron de nuevo aquel santuario, y volví á ejercer en él mis funciones.

Sin obstáculo alguno ya pude contemplar la lozanía de mi lirio y llevarle su gota de rocío.

## CAPÍTULO X.

### LAS PRIMICIAS.

Hincado de rodillas y juntas sus manos con la mirada fija en el cielo decia: «Jesús! María!»

Del mismo modo que al nacer el sol abre la flor su cáliz exhalingo su primer perfume, así aquel alma inocente hacia subir hasta Dios su primera plegaria.

*Aquel* que preside á la armonía de los mundos y que se regocija con la melodía de nuestros conciertos, se habia inclinado hácia la tierra y escuchaba. Ninguna clase de melodía tenia para *El* el atractivo de aquella voz infantil.

La razon del niño fortalecida por la fe comenzaba ya á discernir el bien y el mal. Por el temor de desagradar á un Dios tan bueno á quien con tanto amor servian su padre y su madre,



se abstuvo de cometer el mal que le hubiera sido agradable, y practicó en cambio el bien para el que tuvo que emplear sus esfuerzos.

Este sacrificio no tenía valor alguno ante los hombres, pero ofrecido sobre el altar inmaculado de un joven corazón, aquel primer acto de virtud fué aceptado como una víctima de gran precio.

¡Cuántas emociones experimenté! cuántas esperanzas concebí!

Aquella primera flor anunciaba una deliciosa primavera; en la primera espiga me prometí una espléndida cosecha, á aquel bello día iba á suceder un porvenir más bello aun.

La semilla que yo había sembrado, no había perecido, germinaba y acababa de brotar.

Este espectáculo hizo redoblar mi vigilancia; había excitado la envidia de Satanás y deseaba también tener sus primicias.

## CAPÍTULO XI.

### LA SERPIENTE.

La serpiente infernal consiguió introducirse en el paraíso de la inocencia y se encontró de repente entre los hijos de Dios (1).

No solamente había imitado la voz del hombre, sino también su fisonomía, su porte, todo su exterior. Había encarnado en un hombre joven y vicioso y era él quien hacía mover la lengua de este, sus ojos y sus manos (2).

Encubierto con la máscara de su fautor, nadie podía descubrirle y se aproximó sin despertar la desconfianza, viniendo á jugar con su presa. ¡Qué triunfo para él, al manchar un alma tan pura y arrebatár á Dios un corazón tan afecto!

El niño sonreía ante la espada mortífera, acariciaba la mano del asesino, se sentía impulsado hácia el abismo, corría todos los peligros.

¿Dónde estaba yo entonces? cerca de él, multiplicando mis cui-

(1) Job.—Cap. 4, v. 6.

(2) Tertuliano.—Tratado sobre Espectáculos.



dados, tendiendo mis alas ante sus ojos; cubriéndole con una invisible coraza.

Y fué salvado: el diente de la bestia á penas desfloró el vellon del corderillo. El lobo cruel tuvo que alejarse sin haber satisfecho su rabia.

Pero durante esta escena, la presencia de la Faz divina habia inflamado mi celo, mi cólera acrecentaba, mi indignacion estalló;

Y lancé sobre el corruptor la maldicion con la que el Dios amigo y protector de la infancia provee á cada ángel de la guarda.

## CAPÍTULO XII.

### LOS ACCIDENTES.

Mi hermanito jugueteaba en el campo; yo estaba con él y seguia cada uno de sus movimientos.

Un insecto, que habia extraido un sutil veneno del jugo de algunas plantas, vino á revolotear cerca de él. El niño lo perseguia, queria cogerle.... pero un soplo mio alejó al insecto y liberté de su peligro á mi hermano.

Entre las yerbas se arrastraba un venenoso reptil; sus ojos llenos de fuego y su punzante áspid fuera ya de la boca, indicaban que iba á lanzarse sobre el niño. Con un extremo de mis alas hice levantarse del seno de una rosa una bella mariposa, el niño la persiguió y el reptil no hizo su presa.

Estos accidentes casi diarios no fueron los únicos en los que tuve que intervenir; se presentaron algunos más que reclamaron una asistencia más visible (1).

El ángel de la muerte acababa de herir con su cetro la frente del niño; su descolorida fisonomia, sus miembros sin accion anunciaban que la vida huia.

Los padres del niño me imploraron de seguida ¿no podria yo devolverles al que era la dicha de ambos, que debia ser el apoyo de su vejez, la luz de sus ojos y la alegría del hogar?

Si su virtud debiera haber hecho entre los escollos del mun-

(1) Santo Tomás.—*Sobre los Angeles*, prop. 113, art. 6.—San Antonio de Pádua.—*Sermones*.



do un triste naufragio, yo hubiese preferido desde ahora verlo llamado y recibido en el puerto de salvacion.

Pero la vigilancia y los consejos de un padre y una madre que tenian la conciencia de sus deberes, me hacian augurar mejor del hijo, y por lo tanto rogué al Divino Médico escuchara los ruegos de los padres.

El ruego fué acogido; desde las alturas celestes fué enviado Rafael el consolador de los enfermos y de los inválidos.

El arcángel vino hasta mí, me presentó el remedio y me dijo: «Tú debes aplicarlo, Dios le dará la eficacia» (1).

Entonces me incliné hácia el niño, tracé sobre su frente una cruz..... Estaba curado.

Despertóse como de un profundo sueño y mirando en derredor de sí como asómbrado exclamó: «¿Por qué esos gritos y esas lágrimas?» (2).

¡Qué elocuentes acciones de gracias elevaron entonces sus padres!

Pero ni Rafael ni yo podiamos aceptarlas. Eran solo del Dios á quien servimos; para *Él* toda la gloria y el honor de aquellas. De *Él* proceden todos los bienes que llegan hasta los hombres por el ministerio de los ángeles (3).

### CAPÍTULO XIII.

#### LA LECCION.

Lo llevé hasta la presencia del sacerdote que aleccionaba en el templo á los niños (4).

Encontré al buen pastor rodeado de una gran porcion de aquellos. El afecto con que los distinguia me recordó el del Salvador por los mismos. Los conocia á todos íntimamente, los designaba por sus propios nombres y los trataba con respeto. Contemplaba en ellos al niño Jesús y al corregirles sus defectos

(1) Origène.—Comentarios sobre Jeremias. — Cap. LI.

(2) *Vidas de San Tirso, de San Cutberto y de San Uldarico.*—Boll.

(3) Tobias.—Cap. XII, v. 6.

(4) San Gregorio Taunaturgo.—*Elogios de Origène.*



usaba del mismo celo y delicadeza con que hubiera consolado sus dolores (1).

«Queridos amiguitos, les decia, os pertenezco enteramente y os haré conocer y bendecir á Dios, pero pedid desde luego á vuestros ángeles de la guarda que obtengan para mí de *El* la luz y el amor».

Los niños, pues, elevaban llenos de alegría la oracion que les dictaba un corazon tan lleno de suavidad. Nosotros las recogíamos y cual una bandada de palomas las subiamos al cielo de donde volviámos trayendo preciosas gracias. El humilde catequista utilizaba así nuestra presencia en sus lecciones.

Desde el principio hasta el fin de estas, yo compartia mi benevolencia entre el maestro y el discípulo. El primero me cautivaba por la habilidad con que llevaba hasta el alcance de un niño, los tesoros que en largos estudios habia recogido. El discípulo me conmovia por la sencilla confianza con que aceptaba los más altos misterios.

Yo no permanecia en inaccion; secundaba el celo del sacerdote para que su discípulo estuviese siempre á igual altura de comprension; disipaba las nubes que se formaban en los sentidos del niño, y daba á su inteligencia más lucidez y extension; imprimía á la verdad los colores más vivos, haciendo además transparentes los velos al través de los cuales llegaba la luz de aquella; ponía de relieve las bellezas de la fe, los encantos de la virtud, las magnificencias de la religion, no cesando al mismo tiempo de librar batalla contra la pereza, ese demonio pérfido que mata en flor las más brillantes cualidades y los talentos más puros (2).

Con semejantes alicientes y ayudas, el fervor cual la ciencia habian progresado, adquiriendo el corazon aquella admirable sensibilidad que engendra una fe viva.

La emocion no pudo contenerse en cierto dia. Una voz piadosa referia los dolores y la muerte del Redentor. El niño sintió el como su alma se desgarraba viniendo una lágrima á humedecer sus párpados. ¡Cuán bella me pareció esta lágrima y cuán

(1) *Vida de San Lactinus niño, de Santa Magdalena de Pazzi.*

(2) San Nilo.—*Sobre la oracion.*—San Sofronimo.—*Sobre los ángeles.*—San Dionisio.—*Sobre la gerarquía celestial.*—San Bernardo.—*Comentario sobre el cántico de los cánticos*—Evagre del Ponto Euxino.—Carta á Anatólio.—*Vida de San Andrés Salus.*—Boil.



conmovera esta mirada! Más de un serafin en la pátria celestial deseó aquella lágrima que vertia un niño en la tierra.

## CAPÍTULO XIV.

### LOS PREPARATIVOS.

---

Y con todos sus deseos ansiaba llegase el bello dia. Yo como él tambien lo esperaba con impaciencia.

Desde su víspera los ángeles y los niños se reunieron al pié del altar. Las almas de los futuros comulgantes acababan de ser purificadas. Las imperfecciones que pudieron quedar en ellas, fueron lanzadas al seno de la misericordia, donde desaparecieron cual leves pajas en el fuego.

Se trataba de recibir á Dios; este era el cielo que nosotros habiamos querido prepararles. Por eso en aquellas almas habiamos hecho resplandecer piedras tan preciosas como la fe, la caridad, la modestia, la humildad y la abnegacion (1).

Contemplábamos su belleza y les mostrábamos las coronas que teníamos suspendidas por cima de sus cabezas. Las nuestras no nos parecian ni tan odoríferas ni tan bellas.

Mi pupilo pasó aquel dia bajo la impresion de un sonriente sueño, con el que durante la noche le habia yo favorecido.

En medio del entreabierto cielo le habia yo hecho ver al Hijo de Dios llevando su cuerpo en forma de alimento, y presentándolo á los ángeles. Los ángeles acudian á recibirle. Con un ademan el Señor los separó, y mostrándoles sobre la tierra una porcion de niños agrupados ante la Santa Mesa les dijo: «Esos son mis convidados». «Dichosos niños» exclamaron los ángeles.

Por medio de esta imágen, le habia yo hecho concebir una idea de la bondad y condescendencia de Dios hácia él.

---

(1) San Crisólogo.—Sermon 21.—Odon de Cluny.—Comentarios sobre Job.



CAPÍTULO XV.

UNA SOMBRA DISIPADA.

---

Uno de los ángeles habia permanecido triste y silencioso; su mano no era portadora de ninguna corona. Lloraba y nos decia: «¡Para vosotros está la alegría, afortunados ángeles, pero para mí, vuestro hermano, el dolor! Dentro de algunas horas quizá, el alma que Dios me ha confiado, estará cubierta de sangre profanada y no tendreis para ella sino anatemas. El pecado vive en su corazon y con el pecado las cuerdas, las espinas, la cruz, la caña, los azotes, los clavos, la lanza y la muerte» (1).

Nuestras plegarias se unieron á las de aquel ángel, pero no obtuvieron éxito. En medio de la luz que nos rodeaba, se destacaba siempre la siniestra sombra.

Pero tuve una idea; hice concebir al niño cuya tutela me estaba confiada, un secreto presentimiento de todo esto que ignoraba.

Bajo el impulso de la gracia se recogió en sí mismo; en su fisonomía se dibujaba el espanto. Le sugerí las siguientes palabras.

«No, Dios mio, yo no os haré nunca traicion, tengo la íntima confianza de ello... pero ¡si aconteciera esta inmensa desgracia á cualquiera de mis compañeros! Yo os pido ¡oh Soberano Señor de todos los corazones! hagais ver un milagro de vuestra misericordia antes que uno de nosotros sea presa del demonio y os crucifique de nuevo» (2).

Y mientras el Señor recibia esta oracion, caia desde el cielo á las manos del afligido ángel que lloraba, una corona.

El niño pecador se habia levantado, habia depuesto su falsa vergüenza y su falta le era perdonada. Todos los corazones estaban ya puros, y serenas todas las fisonomías.

Pero dos ángeles se hallaron más dichosos que los demás y se sintieron mutuamente atraidos por una viva simpatía y eran estos el ángel del niño que acababa de convertirse, y el del que habia orado.

---

(1) Pedro el Chantre.—*Verbum abbreviatum*.—30.

(2) *Vida de San Pablo el inocente*—Roll.



## CAPÍTULO XVI.

### EL BELLO DIA.

Y el mio al despertarse se estremeció. ¿Era aquella la aurora del bello dia? ¿Habia sido tantas veces juguete de su impaciencia! ¿No era pues una nueva ilusion? (1).

Á semejanza del saludo que Gabriel dirigió á María, así le dije inclinándome.

«Salud inocente niño; hoy el Señor va á estar contigo y ben-  
»decido serás con la posesion de tu Dios».

Entonces, con una alegre embriaguez de corazon me respondi: «Que se haga segun tu palabra, mi buen ángel, y que la  
»voluntad de Dios se cumpla en mí».

Dos comitivas entonces emprendieron la marcha, dirigiéndose una hácia la otra. La que de la tierra procedia llevaba al niño, y para presentarlo al Salvador iban en su compañía no solamente su ángel, sino tambien su padre, su madre, sus hermanos, sus amigos, sus maestros, el confidente de sus primeras fragilidades, la Iglesia entera. Todos se creian muy dichosos al verlo admitido entre los convidados de Jesucristo (2).

Desde el cielo descendia la juventud acompañada de los bien-aventurados. Los habitantes de la pátria celestial no podian admirar bastante su condescendencia. Aquel á quien poseen y á quien ven claramente en el seno de la gloria, iba á darse á un niño oscuro (3).

De parte del cielo y de la tierra habia luces, conciertos, incienso.

Al aproximarse Jesús corrí á prosternarme ante Él. La magestad coronaba su frente, la gracia reposaba en sus lábios; la bendicion brillaba en su mirada, y en sus manos residia la Omnipotencia.

Le acompañé en el Trono que lo esperaba.

«Todo aquí os pertenece Señor! Este cuerpo, este alma, estas  
»facultades y estos sentidos no serán empleados sino en servicio  
»vuestro, y en este santuario no reinará sino vuestro amor».

(1) *Vida de Santa Magdalena de Pazzis.*—Boll.

(2) *Vidas de Santa Paloma de Rieti; de Santa Lutgarda.*—Boll.

(3) *San Diego de Jerusalem.—La Divina Misa.—Vidas de Santa Ángela, Santa Verónica y Santa Catalina de Sena.*—Boll.



Las medidas que yo habia llevado á cabo con mi hermano las presenté al huésped de su corazon. Jesús me respondió: «Tú mismo, mi fiel ministro, tú velarás sobre estos tesoros y los defenderás contra el espíritu maligno.

Entonces, se suscitó entre los ángeles una santa envidia; reposar sobre el seno de Jesús, como el discípulo bien amado; recibir el cuerpo del mismo Jesús y hacerlo habitar en el alma. ¡Qué conmovedora familiaridad! qué union tan íntima! ¿Á quién de los espíritus puros fué concedido nunca nada semejante? (1).

El niño se hallaba en el centro de estas magníficas realidades, lo sabia y estaba penetrado de ello, pero no las veia sino á través de las sombras de la fe. Era como un ciego que paseándose en un jardin de delicias, cogiese en él frutas divinas, saboreando sus dulzuras, pero sin poder contemplar las bellezas de ellas.

## CAPÍTULO XVII.

### EL PORTADOR DE CRISTO.

Desde aquel instante mi afecto hácia el jóven iba unido á un gran respeto. Dios vivia en él: era el portador de Cristo á quien yo iba á conducir (2).

El Dios de la Eucaristía se habia posesionado de su alma para dirigir las fuerzas nacientes de ella; la hacia vivir con su propia vida para coronarla con sus virtudes.

Cuando sobre un tronco de un árbol silvestre se ha hecho el ingerto de uno escogido, el árbol eleva de seguida hácia el cielo sus fecundas ramas, viendo con admiracion este nuevo follaje y estos frutos que no son los suyos.

Del mismo modo el alma por la union con Jesús, se enriquece con méritos extraños á su naturaleza y que nunca hubiese adquirido por sus propias fuerzas. Se hubiera dicho era una vegetacion celestial aclimatada sobre la tierra y que prosperaba en ella por una virtud superior.

Pero al mismo tiempo y mientras mi respeto por el jóven se

(1) Filipo el Solitario.—*Carta al monje Callirus.*

(2) San Cirilo de Jerusalem.—*Catequizados, 4.*



habia aumentado, mis temores ante la Faz divina habian disminuido.

Mitigada en algo por los eucarísticos velos, se habia hecho accesible á mi mirada y menos me deslumbraba cuanto más cerca de ella me hallaba.

Mis relaciones con el Dios hecho hombre, eran ya directas y constantes. Mis funciones pues me habian granjeado el privilegio de una inefable intimidad. En mi deber se hallaban comprendidos unos derechos que la más noble de las criaturas no se hubiese atrevido nunca á pretender.

### CAPÍTULO XVIII.

#### LA PRESENTACION Á MARÍA.

Hé aquí ¡oh bienaventurada Madre! hé aquí á vuestro hijo cantando como vos su *Magnificat*; pues el Dios que abate á los soberbios y eleva á los humildes se ha dignado bajar hasta él su mirada.

La acogida fué con la mayor efusion. Sin darse cuenta de ello María lo atrajo hácia sí y lo honró con sus caricias (1).

«Así es, dijo María, como Jesús era dulce y modesto, afectuoso y confiado. Esos son sus ojos, sus facciones, su andar. Jesús mismo está ante mí. Por el sacramento del amor mis dos hijos no hacen más que uno».

Agrupados á nuestro lado, los ángeles se comunicaban su admiracion.

«¡Qué semejanza con el divino adolescente de la Judea! ¿No se creeria al mirarlos ver á Jesús entre María y José? La misma inocencia, la misma docilidad, la misma abnegacion».

El niño dijo entonces á María:

«Madre mia, diariamente, este príncipe de vuestra corte que por guia me habeis dado, os ofrecerá mis votos y me colmará de vuestras gracias. Bajo su direccion, yo arrostraré las tribulaciones de la tierra y llegaré á entrar en el reposo de los cielos, puerto seguro de todos vuestros hijos».

(1) Vida de Santa Ángela.—Boll.





Ninguna palabra humana ó angélica podrá expresar las impresiones que yo experimenté mientras fuí el intermediario de aquellos dos corazones. Por mi conducto se entendían la madre y el hijo, mi soberana y mi hermano, la gloria y la oscuridad, la patria y el destierro.

Colocado en el punto en que se tocaban los dos mundos, con una de mis manos tendida hácia la criatura más amada en el cielo y la otra hácia la que yo más amaba en la tierra, yo era el perpétuo eco de la ternura maternal y del filiar amor. Al través de mi propio corazón subían los suspiros y bajaban las bendiciones.

## CAPÍTULO XIX.

### EL AIRE NATAL.

---

Nos dirigimos hácia aquellas fuentes que esparcen sobre la tierra la vida tomada de los cielos.

«Mira, le dije, esta es la verdadera patria. Aquí fué donde naciste para la gracia y donde fuiste adoptado por esta familia cuyo padre es Dios, cuya madre es María, Jesús el primogénito, los cristianos los hijos y los ángeles los ministros» (1).

Y allí renovó sus protestas de fidelidad á Jesús, su renunciación al mundo, sus anatemas contra Satan.

El agua del bautismo había sido conservada religiosamente y fué puesta ante él. Besó con amor de reconocimiento el vaso que la contenía y quiso llevar una gota hasta su frente (2).

En estos piadosos trasportes se exhalaban de su corazón inspiradas por mí estas palabras: «Ondas queridas, vosotras os aumentáis á mis ojos, tomando las proporciones de un vasto río.

»Vosotras me recordáis las maravillas más conmovedoras para mí, aquellas de que fué testigo el Jordán, y sois mi Jordán, mi río bien amado.

»Vosotras visteis milagros tan grandes como fué el paso de Moisés por el mar Rojo y vosotras fuisteis la tumba de un enemigo tan funesto como Faraón.

---

(1) San León.—Sermon 3, sobre la Natividad.

(2) Costumbre que se usa en las familias cristianas.



»En vuestro seno fué donde hallé yo el camino de la tierra  
»prometida, á vosotras debo el estar hoy en ella, y saciar mi sed  
»en vuestros refrigerantes manantiales, purificándome en sus  
»límpidas corrientes, respirando saludables perfumes y cogiendo  
»los frutos de la vida eterna.

»¡No te olvidaré nunca, feliz día de mi bautismo! Dulce pátria  
»mia, mi pensamiento me traerá á menudo hasta tu suelo bendito  
»buscando en el aire natal el sosten de mis fuerzas. ¡Baño celeste  
»recibe de nuevo mi alma, impregnándola de tus sales divinas!  
»Y tú mi generoso libertador, solo me resta una gracia que  
»pedirte aquí sobre el teatro de tus beneficios, y es la de que sea  
»toda mi vida digno de tí».

## CAPÍTULO XX.

### EL ESCUDO.

Para conservar la nobleza de su alma y defender el honor de su Dios, tendria que sostener el jóven muy rudos combates.

Preveyendo esto, la Iglesia quiso armarlo Caballero de Cristo. Un nuevo Sacramento, el de la Confirmacion, produjo este favor del cielo. La imposicion de las manos, el signo de la cruz, el óleo, el bálsamo y algunas palabras, esto es lo que hiriendo los sentidos se ve exteriormente. Pero en lo interior ¡qué fenómenos y qué realidades bajo aquellos simbolos materiales! (1).

En la frente del confirmado se imprimió el carácter destinado á proclamar sus derechos y á recordarle sus compromisos. Era aquel á semejanza de una radiante estrella, cuyo brillo pudiera velarse, pero que no se apagaria nunca. Bravo ó cobarde, fiel ó traidor, por su gloria ó por su vergüenza, el nuevo caballero llevaria siempre este signo.

Siete elementos misteriosos componian la armadura de que aquel fué investido. Cada uno de ellos era un don especial de Dios y tenian su nombre diferente. Se los denominaba, la Sabiduría, la Inteligencia, el Consejo, la Fuerza, la Ciencia, la Piedad y el Temor.

(1) Tertuliano.—*Tratado sobre la Resurreccion.*



Estaban unidos y confundidos entre sí por la acción del Espíritu Santo que residía en ellos y los hacía resplandecer.

Una armadura de este género lleva en sí la victoria; ni los dardos ni las espadas podrían atravesarla.

Para triunfar siempre, le bastaba al soldado el quererlo. Podría esperar á pié firme los más temibles adversarios. A medida de su voluntad puede encontrarse ágil en la lucha, valeroso en los combates, heroico en la pelea.

Cubierto con su escudo y lleno el corazón del divino fuego inspirará terror á los demonios y parecerá á estos otro arcángel Miguel; los rayos que lanzará su frente herirán los ojos de aquellos, obligándolos á alejarse.

Es preciso pues que vele y se mantenga en guardia y que jamás deje desnudo un pecho tan bien protegido hoy. El implacable enemigo aguja sus flechas y su espada, en espera de días que le sean más favorables.

## CAPÍTULO XXI.

### EL LEON INFERNAL.

---

Día y noche yo escuchaba rugir al león, viéndolo rondar en derredor de nosotros, é inflamándose con una rabia que nada podía calmar. Olfateaba una presa cuya presencia no cesaba de avivar en él la sed de sangre (1).

Los ángeles de Daniel, de Archelao, de Eutime, de Emiliano y de Clemente de Aneyre consiguieron que las bestias feroces tuvieran la dulzura del cordero. Solamente la bestia infernal no depuso nunca su ferocidad (2).

La pantera herida por el cazador, llenos de sangre los ojos se revuelve y busca á su enemigo. Si no puede hacer presa en él se lanza contra el primer objeto que halla, despedazándolo en su furor.

Así hace el demonio. Atravesado por un dardo que no puede evitar y viendo fuera de su alcance al divino cazador, lanza en derredor de sí miradas amenazadoras (3).

---

(1) San German de Constantinopla.—*Sermon sobre la sepultura de Nuestro Señor.*

(2) *Vidas de varios Santos.*—Boll.

(3) Gennade.—*Fragmentos sobre el Génesis.*



¡Imágenes vivas de Dios, almas extraviadas sobre la tierra, temblad!

Cual si lo hiciera á Dios mismo, el demonio se regocija del mal que causa al hombre. Al destronar á Dios de un corazón, se cree desterrarlo del cielo.

Por cautivar el alma que se propone, de buena voluntad dejaría Satanás otras víctimas. Le parece como que esta le atrae mayor número aun. En los encantos de un buen natural, el vicio hubiese hallado un poderoso aliciente para propagarse.

Y si el traidor hubiera podido hacer de su cautivo un instrumento de muerte ¡con qué tormentos hubiera pagado más tarde su complacencia! ¡Ultrajar á Dios, torturar las almas! tal es el objeto en que siempre está fija la idea de Satan.

Al aproximarse este, yo sentía la mano de mi protegido apretar con más fuerza la mía, oyendo como me decía: «Salvadme, que perezco» (1).

Y no perecía pues que temía. Su temor unido á la confianza lo hacia cobijarse bajo mis alas y esto era su salvación.

## CAPÍTULO XXII.

### EL ÁNGEL DE LAS TINIEBLAS.

Hábil para el disimulo, el espíritu maligno no atacaba á banderas desplegadas al alma á quien quería perder; su manejo era el de presentarle emboscadas. El ángel de las tinieblas se transformaba á veces en ángel de luz (2).

¡Cuántas veces mi protegido se hubiera dejado engañar si yo no le hubiese ayudado á descubrir y frustrar las astucias diabólicas! (3).

Una noche Satan se le apareció acompañado de varios espíritus que rodeaban un carro resplandeciente.

«Mira ese carro de fuego, le dijo el seductor, es el que condujo á Elías hasta el Cielo. Yo vengo á buscarte como á él. Eres tan

(1) San Bernardo.—*Comentarios sobre el salmo 90.*

(2) Segunda Epístola de San Pablo á los Corintios; cap. XI, v. 14.—Raul Ardent.—*Sobre los Santos ángeles.*—San Crisóstomo.—*Comentarios sobre San Mateo.*

(3) San Pantaleon.—*Discurso sobre San Miguel.*—Raul Ardent.—*Sobre los Santos ángeles.*



»virtuoso que se hace tarde á los Apóstoles, á los Mártires y á los Profetas como asimismo á los Angeles y á María el tenerte entre ellos y gozar de tu presencia. Atiende pues á sus deseos, »sube y hablamos».

El jóven se habia levantado y aproximándose al carro de fuego iba ya en él á poner el pié.... «Haz un signo de la cruz» le dijo su ángel.... y al hacer este signo sagrado la ilusion desapareció y el jóven no vió sino el abismo al que estuvo á pique de precipitarse (1).

Entonces prometió desconfiar desde luego de todas las palabras lisonjeras, y esta promesa fué su mejor salvaguardia.

Cada vez que se le dirigia algunas alabanzas sobre su piedad ó sobre su talento, una nube de demonios volaban en derredor impacientes por verlo complacerse en aquellas. Yo lo cogia entonces en mis brazos y cubriéndolo con mis alas, lo hurtaba al peligro (2).

En gracia á la confianza que en mí tenia, yo le apartaba la piedra en su camino, le hacia que no fuese alcanzado por las flechas que hieren durante la noche, pisotear el áspid y el basilisco y asociarse conmigo contra Lucifer, derribando al ángel apóstata (3).

## CAPÍTULO XXIII.

### LAS VICTORIAS.

Y llevaba desplegada la bandera que en otro tiempo se arboló contra el Espíritu desertor. Se veia en ella al Jefe de la milicia celestial hiriendo al dragon leyéndose en caractéres flamígeros «¿Quién como Dios?»

A la sombra de esta bandera, ó mejor dicho, bajo su luz, no era una sola victoria, sino muchas las que obtenia cada dia.

Victoria por respetar el nombre de Dios frente al ejército de los blasfemos; victoria por huir del vicio impuro en medio de tantos corazones corrompidos; victoria por despreciar al seduc-

(1) *Vida de San Simeon Stylita.*—Por San Antonio —*Vida de San Juan el Ermitaño.*—Por Pallade.

(2) *Vida de San Macario de Egipto.*—Boll.

(3) El salmo 90 y sus comentarios.



tor escándalo á pesar de las perpétuas solicitudes que para él se le hacian; victoria por su fidelidad al cumplimiento de sus deberes, cuando la infidelidad parece ser hoy un título de gloria.

Y á cada victoria que así obtenia en nombre del Rey inmortal de los siglos y ante su presencia, yo colocaba en el pecho del héroe una nueva condecoracion. Los hombres no la veian, pero los ángeles la admiraban y lo felicitaban por ello.

¡Oh noble pecho que cubriéndose con las señales de un honor sin tacha se atraia las miradas de Dios! (1).

Por la persona del jóven habia entre Dios y el demonio un constante desafío. ¿Quién obtendria sus homenajes? A quién prestaria sus servicios?

¡Gloria á Dios! confusion al demonio! Tal habia sido hasta entonces el fruto de su sacrificio.

Así iba de triunfo en triunfo y se enriquecia con brillantes méritos. Satan mismo le presentaba continuas ocasiones, haciéndole coger á su despecho flores para su corona.

El ejercicio le impedia enervarse. Tomaba al obrar, los rasgos más viriles, dibujándose en su alma en líneas más profundas la imágen de Dios (2).

Ante la vista humana el prisma descompone un rayo de luz haciendo aparecer los colores del iris. Así la lucha y la prueba al hallar en un corazon una piedad siempre uniforme, hacen nacer la variedad de virtudes cristianas. A la santidad infusa y puramente pasiva de los primeros dias, habia sucedido otra más bella engendrada por los esfuerzos y el combate.

¿Qué experimentaba Satanás ante esto? Solo él podria describirlo. La sencillez lo torturaba, la humildad lo confundia, la caridad lo crucificaba (3).

## CAPÍTULO XXIV.

### LA FIDELIDAD.

¡Qué bellos fueron los dias de la inocencia y el fervor! Todo respiraba candor y pureza, confianza y amor. La ternura pater-

(1) San Isidoro de Pelusa.—*Carta al escolástico Doroteo.*

(2) San Crisóstomo.—*Comentarios sobre San Mateo.*—San Pedro Damian. *Opúsculo 23.*

(3) San Bernardo.—*Sermon sobre la Dedicacion.*



nal y la filial piedad estaban confundidas en un perpétuo abrazo! Ninguna falta habia entibiado aquellas deliciosas relaciones.

Cuando el padre se inclinaba hácia su hijo, no expresaba su mirada ni disgusto ni reproche. Cuando el hijo se lanzaba en el seno de su padre, lo hacia con entera libertad. Su temor no tenia nada de servil, nacia del amor, no siendo sino una exquisita delicadeza. La libertad de corazon con que despues de algunos olvidos corria á demandar su perdon, prestaba un nuevo encanto. Su padre conocia su fragilidad y él no perdía de vista la indulgencia paterna.

¡Oh! qué dulce es proteger á un alma que nunca ha desobedecido! El dirigir aquella inocente alma me procuraba á cada momento nuevas alegrías. Yo tenia mi parte en las complacencias de que era objeto. El divino Maestro al contemplarla parecia decirme.

«Bien, bien; en estas perfecciones reconozco el sacrificio y »dedicacion de mi ministro. Tú me representas dignamente cerca »de mi hijo y tienes para él toda la ternura de un padre. No »podia yo colocar mejor mi confianza y me congratulo de haber »depositado en tus manos mi tesoro».

«El recuerdo de tu mision no será absorbido por las delicias »del cielo, subsistirá en la gloria y los esplendores que preparas »á este alma al resplandecer sobre tí, anunciarán que tú fuiste »su protector en su tiempo, como tambien el que serás su amigo »en la eternidad. Tendrás pues el insigne honor de haber com- »partido con el hijo de Dios hecho hombre la obra de su sal- »vacion» (1).

Pero aquellos bellísimos dias que parecian no deber concluir nunca, pasaron ¡ay! con aterradora rapidez y el firmamento brillante hasta entonces, se cubrió con sombríos celajes.

## CAPÍTULO XXV.

### EL DESFALLECIMIENTO.

Satanás parecia pedir tan poco y su voz era tan melosa que el jóven concluyó por escucharlo. No cometió ningun pecado grave, pero aminoró algo su fervor y perdió su caridad primitiva (2).

(1) *Santo Tomás — Sobre los Angeles.*—Prop. 113, art. 4.—Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los Angeles.*

(2) *Apocalipsis.*—Cap. II, v. 4.



Yo no puedo explicar cuanto me entristeció este desfallecimiento, pues ví en él el gérmen de infinidad de faltas (1).

El jóven ya no respondia con perfeccion á mis cuidados; era insensible á mis inspiraciones y descuidaba las gracias que para él yo obtenia. La vanidad corrompia lo que en él habia de más escogido, y la presuncion lo cambiaba todo en peligro.

¿Cómo pues fijar en la oracion este espíritu indócil? Cómo hacer amar la virtud á este corazon que ya no se mortificaba? La frivolidad sonreia á su indolencia y no tenia placer sino en las cosas viles. Cualquier pensamiento cristiano lo abrumaba. Los perfumes de Jesucristo no lo atraian ya (2).

Al bien habia sucedido el mal por todas partes; las faltas veniales se acumulaban; las de una gravedad dudosa ya no causaban espanto; el crimen perdia insensiblemente el horror que á las almas delicadas inspira.

Ningun buen deseo llegaba á su término; ninguna obra de salud se llevaba á cabo (3).

Habia en este alma grandes méritos, pero ¿qué iba á ser de ellos? ¿Se daria el caso de ver al bárbaro enemigo devastar una tierra cultivada con tanto amor, apoderándose de una miés tan rica y de frutos que habian costado tan penosas labores?

¡Véase pues donde conducen la infidelidad á la gracia y el desprecio de un amor de preferencia!

Mis primeros dolores fueron las primeras alegrías de Satan (4).

## CAPÍTULO XXVI.

### LA AMENAZA.

El árbol habia trasformado ya su precioso jugo en un vano follaje.

Era estéril en suelo fecundo: la maldicion no podia tardar en descender, yo veia ya el hacha levantada y el horno en ignicion (5).

Yo pedí gracia, supliqué y ofrecí un cultivo más perfecto.

(1 y 2) San Andrés de Cesárea.—*Comentarios sobre el Apocalipsis*.

(3) San Juan Climaco.—*Escala del Cielo*.

(4) San Nilo.—*Carta al obispo Aristóbulo*.

(5) San Lúcas.—*Cap. III, v. 9*.



A mis instancias se concedió una próroga. Cuánto hice para sacar provecho de ella! qué tentativas, qué esfuerzos! (1).

Pero por parte del jóven no encontré sino distraccion y ligereza, molicie y disgusto. Si le tendía la mano me rechazaba, si le mostraba la verdadera via cambiaba de direccion, si le llamaba huia de mí (2).

Ah! si me hubiese sido posible hacerle abrir los ojos ¿no se hubiese estremecido? Una nube negrísima llevando en su seno el rayo, se cernia sobre su cabeza é iba aumentando cada vez más; bajo sus piés se abria un inmenso abismo.

Pero él se obstinaba en no oír y en no ver. Irritado por el desprecio que de sus gracias se hacia, el divino Maestro era cada dia menos pródigo, y estaba próximo á realizar la más terrible de sus amenazas, su corazon se sublevaba é iba á lanzar de su seno aquel alma tibia (3).

El jóven, temiendo las persecuciones de mi cariño, procuraba sustraerse de ellas, pero mientras más excitaba mi desconfianza, más ardiente era mi celo.

Mi deber era el protegerlo en las vias en que Dios lo llamaba, pero no el sostenerlo sobre todos los precipicios en que le agradara aventurarse. Su presuntuosa audacia alejaba mi concurso, ó hacia ilusoria mi intervencion. (4).

Y Satan atento siempre á su objeto, ponía en práctica una paciencia digna de mejor causa. No queria herir en la frente á una conciencia que hubiese protestado de seguida, sabia adurmiéndola, preparar el golpe decisivo.

## CAPÍTULO XXVII.

### LA CAIDA.

Todo habia concurrido á preparar la caida y esta al fin tuvo lugar.

Entonces oí una voz infernal gritar llena de arrogancia: «Fuera »de aquí Dios del Cielo del Calvario y de la Cruz... fuera de aquí» (5)

(1) San Pantaleon.—*Discurso sobre San Miguel.*

(2) Juan Lopez.—*Compendio de la doctrina de los Santos Padres.*

(3) Apocalipsis.—Ch III, v. 16.

(4) San Bernardo.—*Comentarios sobre el salmo 90.*

(5) San Ambrosio.



»No, decía Satan, yo no he creado este alma, yo no la he rescatado, yo no he tomado por ella un cuerpo humano, sufriendo humillaciones y padeciendo el dolor.

»A mí no se me ha visto para obtener su amor tender mis brazos á las cuerdas, presentar mi mejilla á las bofetadas, derramar la sangre de mis venas, experimentar todos los horrores de la agonía y bajar al sepulcro (1).

»Yo no tengo un Cielo que ofrecerle, ni una corona, ni un trono. Yo no la he hecho sino mal, no ambiciono sino su pérdida, no la reservo sino tormentos.

»Y sin embargo se entrega á mí, me escoge por dueño y me prefiere á su soberano bienhechor (2).

»¡Triunfa pues, odio mio! Ya está en mi poder el alma querida por Dios!

»Ah! si el fuego que me devora pudiera apagarse, lo extinguiría sin duda el torrente de lágrimas que yo le haré en su día derramar!

»Pero las lágrimas que corren durante la vida me son muchas veces funestas. Sepamos pues aguardar las que vendrán después de la muerte. Contentémosnos hoy con cegar á la víctima.»

Y al dirigir á los cómplices de su furor esta impudente alocucion, Satan no tenia para aquel alma sino felicitaciones, cuya ironía no podia aquella comprender.

El libro de la vida se habia abierto y la mano de la incorruptible justicia habia borrado en él un nombre.

A la vista de esto, era preciso ser inmortal como yo lo soy para no morir de dolor.

Numerosas voces habian exclamado con espanto enderedor de mí... «Huyamos, huyamos, salgamos de aquí» (3).

Y como el humo hace huir un enjambre de abejas y como la infeccion disemina una bandada de puras palomas, así el olor del pecado que se desprendia del corazon del culpable habia puesto en fuga los espíritus bienaventurados (4).

Solo yo á pesar de mi repugnancia habia permanecido á su lado, velando y orando.

(1 y 2) San Cipriano.—*Sobre las buenas obras y la limosna.*

(3) Flavio Josepho.—*De la guerra y de los Judtos.*

(4) San Pedro Damian—opúsculo 23.—*Vida de la venerable viuda Sentitis-Boll.*



## CAPÍTULO XXVIII.

### LAS LÁGRIMAS.

Suspendido sobre el abismo no sostenia al pecador sino el frágil hilo de la vida. Se dormia en el tiempo con riesgo de despertarse en los fuegos eternos.

Jamás igualó la tristeza de los profetas á mi tristeza, jamás sus lágrimas fueron tan amargas como las mías.

«Tan unidos antes ¿estaremos ya separados para siempre? El que debia ser un noble compañero de gloria no será ya sino un cobarde desertor? Despues de haber sido su protector ¿me verá obligado ahora á ser su acusador y su juez? En vez de asociarlo á mi felicidad, ¿deberé luego pedirle cuentas de mi amor hácia él? Tendré que recordarle mis beneficios para reprocharle su ingratitud? (1)

«Satan mi vencedor! Aquel á quien yo aplasté el dia de su sublevacion y á quien despues he humillado tantas veces! ¿Llevará él al fin el fruto de la victoria definitiva, congratulándose con haber obtenido el último triunfo?

«Veo subir al cielo bañados sus ojos de lágrimas á los ángeles que han asistido al juicio de los réprobos. Se han visto obligados á abandonar á los demonios las almas y los cuerpos de aquellos, y esto ha sido una doble alegría para el Infierno (2).

«Hemos querido salvarlos, dicen aquellos ángeles y ellos han rehusado obtener la salvacion. Dejémoslos en las tinieblas de su condenacion y celebremos el reino de la justicia, allí donde fueron desconocidas las primicias concedidas por la misericordia. Vos sois justo ¡oh Señor! y vuestros juicios son equitativos (3).

«¿Llegará el instante en que yo seré tambien uno de esos ángeles y mi soliloquio será como el de ellos severo y desconsolado?

«Vé ahora pues, tú, el guia que excitabas la envidia de tus

(1) Origene.—Comentario sobre los N.—San Agustín.—Tratado contra Julian.

(2) San Antonio —Sueño teológico—3.ª parte.—Vida de San Andrés Salus.—Boll.

(3) Jeremias.—C. I. l. v. 9 y sus comentarios.—Tobias.—C. III. v. 2.



»hermanos. Presenta la corona que tus manos tejieron, enumera los tesoros que tu celo acumuló, proclama al incomparable niño á quien tienes el honor de dirigir, forma pues tan bellos proyectos para el porvenir!

»¡Cuadros encantadores, ricas perspectivas, magníficas esperanzas!.. todo desvanecido cual efimero sueño»...

Así pues me expresaba en mi dolor.

## CAPÍTULO XXIX.

### LOS HIERROS DEL CAUTIVO.

El orgullo y la vergüenza, la audacia y el temor, la fuerza y la pusilanimidad todo eran armas en las manos de Satanás, para impedir que aquel alma volviese hasta Dios. Las facultades propias y los talentos abandonaban á su señor natural y obedecían al usurpador. Los piadosos recuerdos que en la memoria vivían se debilitaban y dejaban el puesto á los recuerdos malignos; los cuadros que la imaginación se forjaba, no las animaba sino el espíritu impuro; al través de sus bellos rayos veía la inteligencia flotar las sombras y el corazón acostumbrado á nobles latidos, comenzaba ya á humillarse (1).

Desde que tenía las alas mutiladas, el águila sabía posarse ya sin el aire puro y sin el sol. En vez de tomar de nuevo su noble vuelo, se arrastraba en el fango.

Esclava ya este alma no hacía nada por sí misma. Pensaba, meditaba, combinaba. ¿Para quién era el fruto de tantas preocupaciones y fatigas? Para el vil tirano á quien se había entregado (2).

Y cuando en medio de estas bajezas los remordimientos se hacían sentir, el demonio se apresuraba entonces á tranquilizar al culpable diciéndole:

«Te alarmas muy pronto; desprecia esos vanos escrúpulos. Tu conciencia se hará así tu verdugo. Qué ¿es tan gran mal el violar un precepto que contraria las más dulces inclinaciones? ¿Merecen pues tal respeto unas leyes tan incómodas?»

(1) San Agustín — *Libro de las proposiciones*.— Prop. 23. Procopio de Gaza. — *Comentarios sobre el Exodo*.

(2) San Ambrosio. — *Comentarios sobre el salmo 118*. — Procopio de Gaza. — *Comentarios sobre Isaias*.



Y en la ocasion de cometer una falta, Satan pretendió destruir en aquel alma el edificio de la fé, haciéndole poner en duda dogmas y deberes. Se esforzaba en conducirla hasta aquel abismo del mal á donde llega el impío cuando lo desprecia todo (1).

A pesar de cuanto yo á la vista tenia, yo no podia desesperar. Veia manchado aquel cristal tan puro en otros dias, pero aun no estaba roto. Un milagro podia devolverle su brillo y que de nuevo reflejara en él la divina imágen.

## CAPÍTULO XXX.

### RECURSO AL CIELO.

Y llamé en mi ayuda y conjuré á que se unieran á mí todos los ángeles del Cielo (2).

«Ángeles de los santos penitentes, prestad á vuestro hermano »la voz que apacigua la cólera de Dios, el acento que conmueve »su corazon.»

«Ángel de Agustín, tú que conocistes estas tristezas, tú que »pasástes por estos dolores compadécete de mi pena y vuela á »mi socorro.»

«Ángel que libertáste á Pedro de su prision, ven á romper es- »los hierros más funestos aún; el apóstol estaba cautivo por Je- »sucristo, pero el pecador está esclavo por Satanás.»

«Ángel que arrolláste al perseguidor de Saulo sobre el camino »de Damasco, ¿no podrás tú llevar tambien tembloroso y some- »tido hasta los piés de su Dios este corazon tan rebelde á los »estímulos?»

«Ángel que sacáste á Lot del lugar maldito, arranca este alma »al pecado: pesa sobre este un fuego más terrible que los de »Sodoma.»

«Ángeles de la guarda de los virtuosos compañeros que deplo- »ran su conducto, invitadlos á rogar á Dios por el desgraciado »jóven ¿el celo no es pues la corona de todo amor verdadero?»

«Ángeles de la familia, unid vuestros esfuerzos, para traer de »nuevo hasta Dios, al que creció entre vosotros, vivió en vuestra

(1) *Proverbios* — Cap. XVIII. v. 3.

(2) *Origene.* — *Homilia sobre Ezequiel.*



»compañía, recibió vuestras lecciones, recibió vuestros beneficios y fué causa de vuestras más dulces alegrías.»

«Bienaventurado Elegido que por patrono le fuistes dado, tú no has estado cual yo siempre á su lado, pero desde el seno de la gloria tú lo sigues con tu mirada y fuistes el depositario de preciosas gracias; llegó el momento de otorgarlas.»

»Dulcísima María! en qué estado se os presenta vuestro hijo! Ah! á pesar de sus errores siempre os pertenece. Todos los pecadores son vuestros. Refugio de los pecadores, interceded por él!»

»Salvador de las almas, en nombre de vuestra sangre que corre sin fruto para esta, en nombre de una inocencia cuyo recuerdo está aun reciente, locad este alma y salvadla!» (1)

## CAPÍTULO XXXI.

### VOZ DE LAS CRIATURAS.

Por el irresistible deseo que por su conversion yo tenia, hubiese removido para lograrle el cielo y la tierra.

Los objetos exteriores, las criaturas inanimadas, los más sencillos fenómenos, hablaban y se hacian elocuentes para trasmitirle mis afectuosas reconvenciones.

En medio de una tempestad una voz le decia. Ese relámpago «es la mirada de Dios, ese trueno el eco de su voz.» Él conoce tu conciencia y vé hasta el fondo de tu corazon. Si te llamára súbitamente ante su Tribunal! (2)

A la aparicion de un arco-iris, una voz le decia. «Así es como la clemencia de un padre advierte á su hijo. «Oyes su dulce llamamiento? No reconoces la sonrisa de un Dios dispuesto á apaciguarse?»

Cuando por la noche contemplaba el azul de la bóveda celeste y las estrellas, otra voz le decia. «Todo canta á Dios su cántico de alabanza, todo repite las alabanzas del Creador; solo el corazon perverso es el que enmudece.»

(1) *Vida de San Andrés Salus*.—Boll.

(2) *Vida de San Norberto*.—Boll.



Al encontrar una cruz, una voz le decía. «Esta escala del divino amor que debiera conducirte al lugar de los elegidos ¿querrás trasformarla por tu obstinacion en una barrera insuperable?»

Al toque de las campanas, una voz le decía. «¿No oyes aun ese suspiro de dolor sobre tu infidelidad? ¿Cuándo dejarán oír esas campanas el canto de alegría que cause tu regreso?»

Un árbol seco, un campo cubierto de zarzas, plantas agostadas, áridos arenales, rocas desnudas y caminos fangosos, le recordaban el deplorable estado de su alma.

El matinal rocío, el límpido arroyuelo, la fecunda lluvia, la refrescante brisa, le representaban la diversidad de gracias que su insensibilidad hacía infructuosas.

El esmalte de las praderas, la riqueza de las mieses, los tesoros de los manantiales, los conciertos de las aves y los zumbidos de los insectos les dirigian justos reproches.

Por todas partes, de la tierra y de los cielos oía que unas voces misteriosas decían á su oído. «Ingrato; nosotros somos los beneficios del Dios á quien has ultrajado.» «¿Hasta cuándo nos harás tú que sirvamos á un esclavo del demonio y nos subyugarás á sus caprichos?»

## CAPÍTULO XXXII.

### LLAMAMIENTO PATERNAL.

Y el jóven habia puesto grande distancia entre su padre y él. Un mensajero de rápidas alas las estrechaba sin embargo.

Mientras que podia creerse abandonado al culpable, recibia por mi mediacion continuos socorros. Jamás fuí yo el confidente de una bondad más conmovedora y nunca ví mejor la ternura que habia en el corazon de un padre.

Este incomparable sentimiento se acrecentaba con los obstáculos y la ingratitud con que era correspondido, hacía más reflejar aun los atributos divinos.

Porque era en nombre del padre celestial que yo presentaba ante los ojos del pródigo, el risueño cuadro de los parages que habia abandonado. Yo hacia presente á su imaginacion el árbol



á cuya sombra jugó siendo niño, el jardín que le ofreció sus flores, el arroyo que bañaba el verde musgo y el techo que cobijó estas inocentes alegrías.

Era el Padre celestial quien por mi conducto y con mi voz le decia.

» ¿Qué dia puedes señalar que fuera de severidad y rigor? qué momento no te trajo sino testimonios de amor? Será preciso recordarte estas caricias, estas efusiones, esta inagotable indulgencia por tus primeras infidelidades?»

» Aquella abundancia en que vivias, aquella solicitud de tus servidores, aquel afecto de la familia ¿son pues tus agravios? ¿Prefieres esos harapos, esa esclavitud, ese desprecio y todos esos espectáculos de miseria que te rodean?

» Date prisa en volver. Los brazos de un buen padre están siempre abiertos para su hijo. Todo te llama. Aquí está el lecho en que reposabas y el rico anillo que te está destinado, el brillante vestido, el calzado de honor y el banquete de regocijo.

» Para que nuestras mañanas hallen de nuevo su frescura y nuestras veladas sus delicias no nos falta aquí sino tú. Tú solo puedes enjugar las lágrimas, despejar las frentes y volver la di-cha á todos los corazones.»

### CAPÍTULO XXXIII.

#### LA RESOLUCION.

Tanto amor debia conmover al fin un alma que habia aun permanecido buena en el fondo. El jóven habia comprendido su miseria y se avergonzaba, la esperanza le habia tendido la mano, él volveria.

Las pasiones lo retenian esforzándose en impedir su regreso y diciéndole.

«Tú quieres dejarnos? Sueño irrealizable! jamás podrás vivir sin nosotros: no te levantarás sino para volver á caer. Tan loca tentativa no será para tí sino un nuevo motivo de confu-sion» (1).

(1) San Agustin.—Confesiones, libro VIII, cap. II.



Pero yo mostrándole entonces almas de todas edades que llevaban una santa vida le decía.

«¿Y bien, tú, arrogante joven, no podrás tú hacer lo que han efectuado estas débiles mujeres, estas vírgenes, esos ancianos y esos niños? Persistes en desconocerte á tí propio? Qué pretenderás conseguir sin el socorro del Cielo? Sábetete que para obrar prodigios, no demanda la gracia, sino un franco y leal deseo de ello (1).»

Los compañeros de su infidelidad le hacían especiosas reflexiones diciéndole.

«¿Quién creerá en tu sinceridad? Quién no verá en tu proceder una bajeza? Te promete acaso tu padre su perdón? Dejará por esto de recordarte tus antiguos extravíos?»

Pero yo replicaba.

«Preciso es que conozcas mejor el corazón de un padre y no insultes su delicadeza. Cuando perdona es sin restricciones. ¿Se le ha visto acaso reprochar aun á los mayores culpables una sola falta perdonada? La indulgencia y la misericordia humanas pueden estar sujetas á recuerdos enojosos; los perdones divinos jamás.»

Y la gracia venció los últimos escrúpulos. El pecador se dijo á sí propio.

«¡Cuántos servidores tienen pan en abundancia en la casa de mi padre y yo muero aquí hambriento! Me levantaré, iré á mi padre y le diré.» «Padre mío, he pecado contra el Cielo y contra Vos, no soy digno de que me llameis vuestro hijo, tratadme como el último de vuestros servidores» (2).

## CAPÍTULO XXXIV.

### LA VUELTA.

Y lo llevé hasta el Tribunal en que se asienta la clemencia, en que reina la caridad y en que el culpable obtiene más segura absolución, mientras con más rigor se acusa.

(1) San Agustín.—*Confesiones*, libro VIII, cap. II.

(2) San Lucas.—Cap. XV.



El pecador confesó arrepentido aquellas faltas á las que habia pedido la alegría y le habian solo dado tristeza. A medida que las iba confesando se sentia consolado y derramaba lágrimas de reconocimiento.

Un ángel habia agitado las aguas de la piscina en que se hundia; en el alma del sacerdote yo habia hecho nacer un celo completamente divino, pronunciando sus labios palabras que igualaban en dulzura á las de los espíritus puros.

Cuando el ministro de la reconciliacion extendió la mano y abrió su boca para pronunciar la sentencia, estaba en su corazon la infinita misericordia.

A semejanza de Dios que por su voz las perdonaba, olvidó tambien las faltas que ya no existían, y no recordó sino la condescendencia del padre y la generosidad del hijo.

Mientras que se llevaba á cabo esta escena en el secreto del divino tribunal, habia señales de alegría en las fuentes sagradas, suspiros de amor en el tabernáculo, testimonios de impaciencia por cima de la santa mesa y misteriosas voces en todos los lugares del santuario.

Los ángeles estaban allí para felicitar al pecador, animarlo en su resolucion y asistirlo en la penitencia (1).

## CAPÍTULO XXXV.

### EL FESTIN.

El Padre Celestial no podia contener su alegría. Convocó á sus amigos, les refirió su dicha y los invitó á asociarse con él para hacer al pródigo la más bella recepcion.

Los ángeles lo vieron ir al recibimiento de su hijo, arrojarse á su cuello, inundarlo de lágrimas. Oyeron el grito de su corazon.

«Pronto, pronto, traed su túnica de otros tiempos y ponédsela; colocad en su dedo el anillo y en sus piés el calzado. Traed el becerro más gordo, matadle, comamos y regocijémosnos, pues mi hijo estaba perdido y ha sido hallado, estaba muerto y ha resucitado» (2).

(1) Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los angeles.*

(2) San Lucas.—Cap. XV.



Los ángeles obedecieron y devolvieron al jóven los atributos de su dignidad y su rango.

Aderezaron la mesa, encendieron las antorchas y entretegiéron las guirnaldas.

Y los ministros del santuario ornaron el altar del sacrificio y prepararon la víctima inmolando el cordero, que quiere darse á sí mismo por alimento.

El vino de los consuelos corrió á raudales; los alimentos deliciosos fueron traídos de las salas superiores; ya no eran algunas migajas caídas de la mesa en que se asientan los príncipes, era la universalidad de los bienes sobrenaturales.

Y el Señor dijo á sus hijos mayores.

«No os quejeis, espíritus gloriosos, si no he obrado así por ninguno de vosotros. Vosotros estais siempre conmigo y todo lo que es mio es de vosotros (1).

»Dejad á un padre tomar precauciones cuando vá á tocar las sangrientas heridas de su hijo.

»Vosotros que no experimentásteis jamás las amarguras de la ausencia, ni las privaciones de la miseria, ni los hierros de la esclavitud, ni los rigores de la desgracia, alegraos pues, y por los acordes de vuestras arpas, sed los intérpretes de dos corazones separados que vuelven á encontrarse.»

A esta invitacion del Padre de familia, los celestiales músicos prepararon su orquesta por cima de la mesa del festin, disponiéndose á cantar las delicias de la fiesta (2).

Por la conversion de un solo pecador demostraban mayor alegría que por la perseverancia de noventa y nueve justos. El hálito de la divina ternura animaba las liras y daba vida á sus arpegíos (3).

Y los ángeles cantaron sucesivamente el poder de las lágrimas y los triunfos del amor.

---

(1) San Lucas.—Cap. XV.

(2) San Lucas.—Cap. XV, v. 7.

(3) San Lucas.—Cap. XV, v. 25.



## CAPÍTULO XXXVI.

### EL PODER DE LAS LÁGRIMAS.

«Salud lágrimas benditas! Salud, origen de nuestra alegría!

» Vosotras sois más fuertes que Satan á quien arrancais sus víctimas, más poderosas que el Infierno cuyas cadenas rompeis.

» Vosotras os elevais sobre todas las criaturas y dictais leyes al Todo Poderoso.

» Vosotras habeis convertido la justicia en misericordia, haciendo de un juez irritado un padre lleno de amor.»

«Habeis ocupado el lugar de la palabra, de la elocuencia, de la súplica, de la oracion.

» Estais en los ojos del pecador más bellas todavía que un reflejo del cielo en los ojos del justo (1).

» En vosotras brillan la sangre de la Redencion, los tesoros de la gracia, las maravillas de la eternidad.»

«Vosotras abris el corazon á la esperanza, poniendo el signo de salud sobre la frente del predestinado (2).

» Vosotras borrais en el alma del culpable, la mancha que no conseguirian desvanecer todas las aguas reunidas de los rios y de los mares.

» Vosotras sois el rocío de la primavera que anuncia los gemidos de la tortolilla en los campos del divino amor» (3).

«Vosotras sois el vino que regocija á los ángeles, y la onda pura de que tiene sed el Dios de la Cruz (4).

«Derramadas en el destierro, provocais en la patria unánime alegría.

» La eterna desgracia del ángel caido, será la de no poder nunca verter una de estas lágrimas (5).

» ¡Salud oh lágrimas benditas, origen de nuestra alegría! »

(1) San Crisóstomo.—Comentarios sobre la Epistola d los Colosenses.

(2) San Agustin.—Homilla 27.

(3) Hugo de San-Cher.—Comentarios sobre el Cántico de los Cánticos.

(4) San Bernardo.—Comentarios sobre el Cántico de los Cánticos.—San Crisólogo.—Sermon 93.

(5) San Vicente Ferrer.—Sermones.



## CAPÍTULO XXXVII.

### TRIUNFO DEL AMOR.

Revístete de tu césped más bello, amarillenta pradera, produce tu más rica mies campo agostado. Recobra tus flores despojado tallo, árbol despojado plega tus ramas bajo el peso de tus frutos.

«Siempre admirable, nunca la divina condescendencia te re-  
»veló como ahora por efectos más elocuentes. En la caída no  
»dejó revivir ninguna de las faltas ya perdonadas, é hizo recobrar  
»con la penitencia los méritos perdidos.»

«El pecador siente de nuevo acariciar su frente la corona de  
»los elegidos. Puede contemplarla al dormirse por la noche, y  
»saludarla por la mañana al despertar.» «La vé flotar durante  
»sus nocturnos sueños y la halla de nuevo en sus meditaciones  
»durante el día.»

«¡Oh príncipe destronado ayer y repuesto hoy, ase con dos  
»manos tu corona real y rechaza al que quiera marchitarla ó ar-  
»rancar de ella los florones!»

«El divino pastor tiene innumerables rebaños en las verdes  
»praderas de la gracia y de la gloria. Millares de rebaños pacen  
»en los valles de la tierra. En otros más numerosos triscan y  
»juegan las blancas ovejas del cielo sobre altas colinas. Todas  
»juntas no pueden consolar la pérdida de una sola. Al perderla,  
»creyó perderlas todas. ¡Qué trasportes de alegría cuando la ha  
»vuelto á traer al redil y la vé reposar al lado de sus hermanas  
»bajo la vigilancia del cayado querido!

»Salid ahora de vuestras guaridas, mónstruos del desierto y  
»corred en la persecucion de las ovejas, no podreis saciar vuestra  
»sed en su sangre. La ternura del pastor ha sido más activa y  
»más rápida que el furor de los lobos (1).

»Ante la palabra de la divina amistad, el sello del sepulcro ha  
»volado en pedazos, la piedra se ha levantado, las ligaduras se

(1) San Lucas.—Cap. XV.



»han roto, el muerto de cuatro dias se ha levantado lleno de vida. ¡Qué himno cantan sus renovados sentidos! Resurreccion! »palabra inefable, jamás comprenderán tus dulces misterios los »que no descendieron á la tumba. ¿Comprenderán acaso mejor »los trasportes del divino amigo que recibe en sus brazos á aquel »cuya pérdida habia llorado?»

¡Oh muerte! ¿Donde está tu victoria? oh muerte ¿donde está tu influencia? Jesús ha llorado sobre Lázaro. Oh! cuánto lo amaba! (1).

## CAPÍTULO XXXVIII.

### UN SONIDO QUE SALE DEL CIELO.

Mientras que los ángeles celebraban el regreso del pecador, llegó hasta el cielo un lamento.

«No, decia una voz, yo no puedo sufrir por más tiempo dolores tan atroces. Cualesquiera que sean las delicias de la recompensa, no llegarán nunca á estar en proporcion con un suplicio semejante. Escuchad mi plegaria Dios misericordioso y apresuraos á consolar á vuestra débil criatura.»

Este lamento pasó como un suspiro al través de los cánticos de alegría, y fué directamente hasta el corazon de Dios. Nuestros conciertos no impidieron al Altísimo escuchar este suspiro y responder á él.

Mientras que nosotros proseguíamos en nuestros arpegios, Él entreabrió la puerta que veda á los hombres el escuchar los acentos de los bienaventurados.

Un solo sonido, el más penetrante de los de nuestras melodías se escapó del concierto y fué á tocar ligeramente aquel corazon que sufría.

«Basta, basta ó me muero» exclamó el siervo de Dios.

Y era que aquel sonido habia hecho entrar su alma en vibracion cual la de los elegidos, recibiendo así un goce anticipado de la infinita beatitud. El placer habia sido tan intenso, tan vi-

(1) Primera Epistola de San Pablo á los Corintios.—Cap. XV, v. 55.—San Juan.—Cap. XI, v. 26.



vo, que si el sonido hubiera continuado, el alma hubiese roto los lazos que la aprisionaban y hubiera volado hasta nosotros (1).

## CAPÍTULO XXXIX.

### EL DESPECHO DEL USURPADOR.

El cántico de los ángeles excitó el despecho de Satan. La envidia que desgarrá sus entrañas desde la exaltacion del hombre, se despertó más terrible haciéndole lanzar gritos de furor (2).

Si él sufre en presencia de un alma á quien codicia y de la que no puede apoderarse, ¡cuánto más vivo será su dolor al perder una presa que bajo su mano tenia! (3).

Con el golpe que acababa de sufrir no pudo contener más los trasportes de su rabia.

»¿Por qué lanzarme, dijo, del paraje en que yo vivia en paz?  
»¿Por qué privarme del placer que yo tenia en hacer daño? ¿No  
»podia yo esperar gozarme en ello algun tiempo más?  
»Impedirme el perder al hombre es centuplicar mi infierno» (4).

»Por otra parte ¿en qué merece ser preferida á mí este alma?  
»¿Qué títulos puede alegar para los agasajos de la misericordia,  
»mientras que yo sufro todos los rigores de la justicia? Es ella  
»más digna que yo del perdon? Ha pecado quizá menos á menudo ó menos gravemente? Que se cuenten las faltas de Lucifer y que se las gradúe! Que se compare un ligero rasgo de orgullo á todas las iniquidades humanas!

»El hombre será mil y mil veces culpable y siempre obtendrá gracia y perdon, y por una sola falta Lucifer ha sido castigado sin apelacion. ¿Donde está la equidad?» (5).

Al oír estas palabras, las voces de los espíritus bienaventurados y de las almas gloriosas se unieron en una sola y con un ruido semejante al del trueno exclamaron:

(1) *Vida de San Francisco de Asís.*

(2) *San Agustín.—Ciudad de Dios; libro XII.—Cap. 9.*

(3) *Vida de Santa Aldegunda.—Boll.*

(4) *Theophilacto.—Comentarios sobre San Mateo.*

(5) *Vida de Santa Eudoxia.—Boll.*



«¿Cuándo se ha arrepentido Satanás? ¿Cuándo ha hecho penitencia?»

Confundido por tal reproche, Satan había desaparecido (1).

## CAPÍTULO XL.

### ¡DICHOSA FALTA!

---

Desde su gloriosa rehabilitacion yo amaba á mi hermano más tiernamente aun que antes de su caída. Me pertenecía más en absoluto, puesto que me debía una vez más la vida. Yo había asistido al bautismo y á la penitencia, al nacimiento y á la resurreccion (2).

Su alma estaba adornada de perfecciones que no había tenido en los mejores días de su inocencia. Su amor entrañaba algo de más generoso, de más vivo, de más acendrado (3).

Deseoso de reparar el tiempo perdido, no pensaba sino en los medios de sacar del pasado mal el bien futuro.

Enfrente del peligro, yo le sugería mil reflexiones sobre sus imprudencias y le recordaba los tormentos porque había pasado; me bastaba una sola mirada para atraermelo, hacerle derrear lágrimas y asegurar su fidelidad (4).

Habiendo escapado desnuda y sangrienta de las garras del milano, la paloma se refugiaba al primer grito de alarma en el seno paternal; cuando para darla calor yo la cubría con mis alas, sentía como se renovaba en ella toda la belleza de su juventud.

Tomó tantas precauciones contra las sorpresas y concibió tanto horror hácia el vicio, tanto gusto hácia la virtud, que al fin me hizo exclamar. ¡Dichosa falta!

---

(1) Vida de Santa Eudoxia.—Boll.

(2) Tertuliano.—*Tratado de la penitencia*, 8.

(3) San Ambrosio.—*Sobre las lágrimas de San Pedro*.—Sermon, 47.

(4) San Agustín.—*Tratado de la correccion y de la gracia*.—Cap. 1.º—San Crisóstomo.—Sermon 107.  
—Juan Lopez.—*Compendio de la doctrina de los Santos Padres*.



## CAPÍTULO XLI.

### EL CONSEJERO.

A fin de evitarle nuevos extravíos inspiré al jóven la idea de consultarme en todo y contar siempre con mi presencia en todas sus acciones (1).

Si se le invitaba á una reunion mundana decia: «Yo no puedo ir sin vos mi celestial amigo y no me atrevo á rogaros me lleveis á ella.»

Si un mal libro caia en sus manos me decia: «¿Podré rogaros mireis con vuestra pura vista estas páginas dictadas por Satan?»

Si alentaba su pecho alguna venganza se decia: «¿No vendrá un brazo invisible á detener é imposibilitar el golpe que medito?» (2).

Si una tentacion humillante lo atacaba. «¿Me atreveria á ejecutar ante un príncipe del cielo lo que no tendria valor de hacer ante uno de mis semejantes?»

Si escuchaba una conversacion peligrosa. «¿Podré escuchar una conversacion que lastimará sin duda el corazon de mi mejor amigo?»

Si se hallaba expuesto á escandalizar al prójimo se decia: «Esto seria asociarme al misterio de los demonios y combatir el de los ángeles.»

Si se le hacian duras las dificultades del cumplimiento de su deber me decia: «Ayudadme vos que sois mi sosten, pues no quiero que tengais que ruborizaros de mi cobardía» (3).

Nada se hacia sin mi aprobacion; todo se sometía á ella. Yo reinaba en su espíritu y dirigia sus actos. Participaba de mi sabiduría y se dejaba conducir por mis inspiraciones.

---

(1) San Andrés de Cesurea.—*Comentarios sobre el Apocalipsis*.

(2) J. Marchant.—*Jardin de los pastores*.

(3) San Lorenzo Justiniano.—*Tratado de la disciplina monástica*, 8.—San Sofrónimo.—*Sobre los angeles*.



## CAPÍTULO XLII.

### EL PORVENIR.

El tiempo corria. ¿Qué perspectiva le esperaba al jóven? ¿Cuál iba á ser mi ministerio?

¿Deberia yo estar al fin al lado de un sacerdote en el altar, de un religioso en el fondo de un claustro, de un padre de familia en su hogar ó de un soldado en el campo de batalla?

Nada me habia hecho conocer el secreto y proyectos de Dios sobre este punto. Ningun accidente actual me hacia prever los sucesos futuros y *Aquel* que todo lo conoce nada habia hablado aun sobre ello (1).

No sabia yo pues por qué via debería guiar al jóven segun el proyecto del cielo, ni de qué peligros tendria que guardarle suponiendo sobre ello los más diversos casos.

El sacerdocio era el objeto de mi admiracion y de mis complacencias. ¡Qué corona no estaria reservada al fiel dispensador de las gracias divinas, al noble consocio del Redentor, al Salvador de sus hermanos!

Peró la mision del sacerdote es temible aun para los mismos ángeles; gravita sobre ella todo el peso de las almas á quienes tiene la obligacion de salvar. Si es mucho para un ángel la de dirigir una sola, ¿qué no será para otra la de hacerlo con miles? (2).

Al pasar ante el ángel de un sacerdote yo lo felicitaba y le rendia mis homenajes, no cabia desear su mision.

Cualquiera que fuese la vocacion del jóven, comprendí que debería seguirla, y que no habia medio de oponerse á ella sin correr los mayores peligros.

A más de todo ello me habia suplicado obtuviese conocimiento de la que debia ser, y yo no esperaba otra cosa sino las órdenes del Altísimo.

(1) Theodorét: *Comentarios sobre el salmo 24* —Bail. *Teol. afectiva de los ángeles.*

(2) Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los ángeles.*



## CAPÍTULO XLIII.

### LA VOCACION.

Tan conmovido cual si fuera á saber el secreto de mi propio destino, volé al cielo y penetré en el santuario.

El libro en que estaban contenidas las vocaciones humanas, estaba rodeado de ángeles que consultaban sus oráculos. Ante la mirada de aquellos se ponía en el momento preciso la página que les interesaba.

Al mismo tiempo recibían el conocimiento de la vocación que buscaban y las gracias que debían contribuir para que aquella tuviese éxito (1).

Ví algunos ángeles que estaban tristes y afligidos; solicitaban nuevos socorros para las almas infieles á las primeras gracias. El uno de ellos me dijo dolorosamente.

«Aún será posible obtener la salud para el alma que me ha sido confiada, pero ¡ay! cuán difícil le será. No tendrá ya las gracias de elección que le esperaban en la vía á que fué llamada desde luego.»

El libro se abrió en fin para mí. En la página deseada leí: «Vida santa en medio del mundo. Matrimonio cristiano.»

Todas las dificultades de conseguir la salvación con esta vocación se acumularon ante mi vista. Me aterró. Pero el Señor, con una dulzura que inspiraba la mayor confianza me dijo: «Abre tus manos.»

Se abrieron estas y el Señor derramó en ellas tal abundancia de gracias que mis temores se disiparon instantáneamente.

Entre dichas gracias, unas estaban destinadas á hacer conocer y aceptar la vocación, otras á facilitar los deberes de ella.

Así es que en secreto, en la soledad, al pié del altar y enfrente de su eternidad, fué donde el joven recibió de mí el secreto que tanto había deseado conocer.

(1) J. Marchant. *Jardin de los pastores.*



## CAPÍTULO XLIV.

### UNA ESPOSA.

Despues de haberle revelado su vocacion por el matrimonio, le hice conocer la esposa llena de modestia que el cielo le destinaba (1).

Ella habia sido desde mucho tiempo antes preparada para ello. El ángel de las santas alianzas habia establecido en nombre de Dios estas relaciones con que se atraen mútuamente dos almas virtuosas.

El ángel de la jóven y yo habiamos secundado la obra. Habiamos fomentado entre sus corazones aquella perfecta armonía que contemplábamos sin prever los consoladores resultados.

No nos apercibimos de los designios de Dios, sino despues de haber sido los ejecutores (2).

Por la santidad de sus costumbres y la pureza de su alma el jóven habia merecido aquella jóven adornada con sus bellas cualidades y sus virtudes y ella hallaba una recompensa de su inocencia en el tesoro de fe viva é inagotable generosidad que el corazon del jóven le llevaba.

¡Cuánto no hizo el demonio para impedir el cumplimiento de la voluntad de Dios! Se esforzaba en cambiarla, impulsándolo á otras uniones en las que no hubieran tenido entrada ni la gracia ni la virtud.

Unas veces hacia brillar los bienes de fortuna dejando otras entrever en perspectiva un risueño porvenir. Bajo este velo engañosador yo mostraba al jóven el abismo abierto á sus piés, diciéndole: «Mira ese mal carácter, ese corazon sin nobleza, esas »aficiones mundanas» (3).

Otras veces eran las cualidades naturales las que Satan hacia resaltar. Los dones exteriores debian triunfar de todo y procurar una dicha inalterable, pero yo decia entonces al jóven: «¿Donde están ahí la piedad, el temor de Dios, la fidelidad á

(1) J. Marchant.—*Jardín de los pastores*.

(2) Tobias.—Cap. XII, v. 3.—Humberto de Romans.

(3) San Clemente de Alejandría. *Stromates*, libro 4.





»los deberes? ¿Necesitas quizá un corazón que venga con su in-  
»diferencia á enfriar tu caridad, mejor que otro que por su vir-  
»tud te aliente?»

Otras veces eran el parentesco y la amistad los que intervenían. Ambas exaltaban una alianza que lisonjeaba su amor propio y su ambición, pero que hubieran enfriado las buenas disposiciones del alma. Un rayo de luz me bastaba para fortalecer al jóven y apartarlo de influencias poco cristianas.

Nada en suma prevaleció contra la elección de la Providencia. Si se consultaron las razones humanas, fueron en su justa medida. Las consideraciones de un órden superior lo dominaron todo. Ni el cálculo egoísta de los bienes materiales, ni el ciego atractivo de la pasión, ni la coacción tiránica de extrañas voluntades, ni ninguno de los medios puestos en obra por el demonio, impidieron la manifestación y cumplimiento de los decretos divinos.

## CAPÍTULO XLV.

### LOS TEMORES.

A la alegría que me causó un designio formado bajo tan favorables auspicios, sucedió de repente el mayor temor.

Un matrimonio se había celebrado en aquellos días, el del escandaloso amigo que estuvo á pique de pervertir á mi jóven protegido en los días de su infancia. Este fué invitado á aquel acto y asistió á él.

Se creía que eran felices los futuros esposos. Una nube de tristeza oscurecía sus almas: sus corazones estaban en pecado. Lo habían arreglado todo con cordura, todo, excepto lo esencial. Habían jugado con el sacramento de la misericordia, y venían á desafiar á Dios frente á frente. El acto santo que debía influir tan poderosamente en sus destinos de entonces y de la eternidad, iba á trocarse en un crimen (1).

En el momento en que el sacerdote pronunció las palabras de unión, descendió la bendición, pero no hallando donde posarse en aquellos corazones manchados, se volvió al cielo.

(1) Tobias, —Cap. VI, v. 16 y 17.



«No han querido mi bendicion, dijo el *Altísimo*, se alejará de ellos; tendrán pues mi maldicion» (1).

Y esta descendió; se cernió sobre los culpables y como flúido vengador corrió del uno al otro cuando se dieron sus manos penetrando hasta en la médula de sus huesos (2).

Estaban unidos, pero con aquella misma union habian recibido el principio de las más crueles divisiones. Aquellos lazos se verian un dia despojados de las efímeras flores que los hacian brillar para aparecer compuestos con las más aceradas espinas.

Las bodas coronaron dignamente el sacrilegio que acababa de llevarse á cabo. En los cantos, en las palabras, en las actitudes y en los movimientos todos no hubo sino licencia. Los demonios aplaudian; los ángeles velaban sus rostros. ¡Oh! qué tristes son las bodas de las que se excluye al Señor! (3).

Durante las largas horas de aquel dia, yo no cesaba de repetir: «Apartad Señor de aquel á quien tanto quiero y de la que le destinais una desgracia semejante.»

## CAPÍTULO XLVI.

### LA CONFIANZA.

¡Cuánto bendije al Señor! en lugar de ver realizarse mis temores, los sentí desvanecerse poco á poco.

Las astúcias del demonio sufrieron derrota. No habiendo podido hacer fracasar una alianza agradable á Dios, no pudieron tampoco desposeerla de su sublime carácter. Reservando para el último dia sus lazos más sutiles, venia á extenderlos en los principios de la nueva via. Pero no pudo lograr su objeto.

Con la oracion y no con las locuras del pecado hizo el jóven la preparacion de su matrimonio (4).

La pureza de la intencion lo habia guiado y no habia rebasado el nivel de los intereses temporales, en uno de los más grandes actos de su vida.

(1) y (2) Salmo 108.

(3) San Jerónimo.—*Carta á Helvidius*.—San Crisóstomo.—*Comentarios sobre San Mateo*.

(4) Tobias.—Cap. VI v. 22.



La preparacion inmediata fué tal como yo la deseaba. El corazon volvió á hallar en la penitencia y en las santas obras la belleza que poseyó en el dia de la primera comunión. Con más luz no tenia por eso menos inocencia.

Se aproximaba la hora decisiva y yo ya no temia. Rafael habia encadenado á Satan teniéndolo lejos de nosotros. La fiesta iba á ser tan dulce como casta. Ninguna funesta aparicion debia turbar las alegrías de ella (1).

## CAPÍTULO XLVII.

### LA ALIANZA.

Llegaron al templo puros y servientes. A su lado se arrodillaron sus ángeles. Todos nos regocijábamos al ver coaligarse las virtudes tradicionales de aquellas dos excelentes familias, que venian á hacer comunes los tesoros de sus buenos ejemplos.

Llegado que fué el momento solemne, la bendicion salió del seno de Dios. A semejanza de un rio de gracias inundó los corazones de los desposados, haciendo germinar en ellos las virtudes propias del nuevo estado en que entraban (2).

Amor y fidelidad, bondad y dulzura, dias serenos y larga vida son la reunion de bienes que componen la sola felicidad de la tierra y preparan la perfecta del Cielo (3).

Este armonizó tambien aquellas dos almas que parecieron confundirse en una sola. Las encadenó con lazos tan dulces cuanto más fuertes son. La indisolubilidad de estos, será un manantial de encantos que nunca se agotará.

Presentamos á los ángeles nuestros hermanos el acta de aquella alianza. Al ratificarla nos dieron una prueba de la parte que tomaban en nuestra alegría y del interés que los esposos les inspiraban.

Cada uno de ellos estaba deseoso de contribuir por su parte á la ventura de los esposos, y los hicieron objeto de especial felicitacion (4).

(1) Tobias.—Cap. VIII v. 3.

(2) Eclesiástico.—Cap. 39.

(3) Humberto de Romans.

(4) Tertuliano.—*Ad morem*, libro 2.



A la modesta y edificante fiesta que se siguió despues asistió el huésped divino. Habia sido invitado á aquellas bodas por medio de la oracion y la santidad y habia traido á ellas la benevolencia de que le vimos usar en las de Cana.

Los parientes y los amigos le habian hecho conocer en el templo igual deseo. Se complacia al verlos sentados en gran número ante la misma mesa y confirmaba las cordiales relaciones que se establecian entre aquellas dos familias (1).

A la mañana siguiente y para significar su agradecimiento al divino huésped, los esposos le hicieron dos visitas que le conmovieron infinito: una, en los pobres de la tierra por las limosnas; otra, en los pobres del purgatorio por el divino sacrificio celebrado con tal intencion.

## CAPÍTULO XLVIII.

### EL HOGAR.

Por una rareza ofrece la tierra al cielo un espectáculo tan bello como el de una familia inocente y piadosa.

Esta era pues un Edem que nosotros teniamos la mision de proteger contra el espíritu del mal y nuestro celo era la espada de fuego que prohibia en aquel la entrada.

Los esposos se inclinaban mutuamente al bien. Se les veia juntos en la Iglesia, en el Tribunal de la penitencia y en la Mesa eucarística. En la alegría y el dolor, durante el trabajo y el reposo, los animaba siempre un mismo espíritu. La fuerza y la gracia, la virtud y la piedad se daban en ellos la mano (2).

El paraíso habitado por ellos, iba á producir magníficas flores de inocencia (3).

Al aparecer un nuevo niño yo veia volver á comenzar las escenas de que en otro tiempo habia sido testigo y en las que habia tomado una tan dulce participacion. La jóven alma nos habia sido presentada por su ángel quien se consideraba feliz al unirse á nosotros y entrar en la familia. Familia numerosa, ángeles numerosos tambien.

(1) Humberto de Romans.

(2) Tertuliano. — *Ad morem*, libro 2.

(3) San Clemente de Alejandria. — *Pedagogo*, libro 2.



Nosotros no eramos extraños en el hogar que á aquella albergaba. Se nos reconocia y formábamos parte de su modo de ser. Se nos bendecia muy á menudo, se nos consultaba y se nos daban gracias (1).

La familiaridad de nuestras relaciones reportaba ventajas á nuestros amigos y no atraia inconvenientes para nosotros. Podiamos así otorgarles nuestras virtudes, sin correr el peligro de contraer sus defectos. ¡Dichosa pues tal amistad! (2).

Su sociedad adquirió pronto el carácter que distingue la de los ángeles. Todo estaba basado en el cariño (3).

Por la caridad, el hermano cubria con un velo de oro las imperfecciones de los suyos y al través de dicho velo no se veia sino el bien.

El padre y la madre cifraban su ventura en su propio afecto y su amor se asemejaba al nuestro: lo que ante todo amaban en sus hijos, eran sus almas.

## CAPÍTULO XLIX.

### LA ESCALA.

Una escala formada de luminosos rayos estaba suspendida entre el cielo y el techo del hogar que abrigaba á aquella familia.

Dia y noche se veian en dicha escala, diferentes espíritus superiores que venian á visitarnos. La casa de nuestros amigos les ofrecia un descanso predilecto. La consideraban como un puerto al que descendian, para participar de nuestras alegrías y aumentarlas (4).

Para atraer tan amables huéspedes no se omitia nada, sino que al contrario se apartaba con el mayor cuidado cuanto pudiera lastimar sus miradas.

La desobediencia, el orgullo, las malas palabras ó las acciones desarregladas los hubiesen alejado (5).

(1) San Lorenzo Justiniano.—*Plática sobre San Miguel.*

(2) San Bernardo.—*Comentarios sobre el salmo 90.*

(3) Pedro de Blois.—*Plática sobre San Miguel.*

(4) *Vida de San Antonino.*—Boll.

(5) San Nilo.—*Carta á Teodoro.*—San Bernardo.—*Sermon sobre San Miguel.*



La pureza de costumbres, la castidad en las palabras, la sumision, la humildad y la buena inteligencia les hacia olvidar el cielo.

Para reprimir una falta ó recordar el cumplimiento de un deber, bastaba con que la boca del padre dijera:

«¿Quieres tú, hijo mio, que se quede desierta la casa y nos privemos de la sociedad de los buenos ángeles? Sábeta que con los ángeles poseemos todos los bienes y que sin ellos estaríamos expuestos á todos los males» (1).

«Si el cielo viniese á tocar la tierra y si pareciera á nuestros ojos confundirse con esta casa bendita, seria porque la virtud y la inocencia lo atraerian.»

## CAPÍTULO L.

### LA CANASTILLA.

Quando mañana y tarde los miembros de aquella familia se arrodillaban, no formando sino un alma y un corazon para rogar á Dios, nosotros tambien nos prosternábamos en adoracion (2).

Uniamos nuestros acentos al de aquel bello conjunto de voces graves é infantiles.

Ningun individuo faltaba á la piadosa corona. Aun el ángel mismo del que dormia en su cuna, se unia á nosotros y oraba por su hermanito (3).

Los demonios intentaban turbar este santo ejercicio, viniendo á posarse sobre la cabeza, la boca y los ojos de nuestros amigos. Entonces la fatiga, el sueño, el disgusto ó locas ideas detenian la accion del corazon, pero nosotros espantábamos los tentadores y el fervor volvía á aparecer (4).

Recojiamos con gran cuidado las plegarias. Estas eran para nosotros cual flores que nacidas en el alma, se abren exteriormente por medio de la palabra. Haciamos de ellas una canastilla.

(1) Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los angeles*.—San Bernardo.—*Sermon sobre San Miguel*.—Luis de Blois.—*Retiro del alma fiel*.

(2) San Nilo.—*De la oracion*.—Luis de Blois.—*Apéndice á la vida ascética*.

(3) San Bernado.—*Meditaciones*.—Cap. VI.

(4) Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los angeles*.—*Vida de San Macario de Egipto*.—Boll.



Las que no habian sido marchitas por ninguna distraccion, ni manchadas por ningun sentimiento profano, las que estaban frescas y puras, intactas y completas obtenian el puesto de honor.

Para relevar estas flores cogidas en los valles del destierro, tomábamos de las más ricas del jardin de la patria. Las flores del cielo venian á unirse con las de la tierra y comunicaban á estas sus emanaciones y sus bellezas (1).

Colmados como estábamos de los bienes de la gloria, no teniamos que pedir para nosotros, pero ¡con qué alegría pediamos para los que nos eran tan queridos! Teniamos la misma necesidad de alabar en nuestro nombre, como de pedir en el de nuestros hermanos. Sus enfermedades, sus dolores, sus peligros eran nuestro patrimonio. Efecto de un trueque conmovedor, nos daban sus miserias y les conferiamos nuestros privilegios.

Embellecida pues por nuestro fervor y sostenida por nuestras manos, la canastilla era aceptada como procedente de nuestros amigos y les obteniamos los favores que demandaban (2).

Cuando tres veces al dia ó más frecuentemente aun se dirigian á María, saludándola con las palabras de Gabriel, nosotros recogiamos aquellas piadosas saluciones y se las ofreciamos.

María entonces se inclinaba con la expresion del amor más tierno. Para esta embajada procedente de la tierra volvía á desplegar la sonrisa con que en otros tiempos recibió la del cielo. Así ella acogía al humilde niño como en aquellos acogió al glorioso arcángel. Su emocion era la misma que experimentó el dia en que le fué anunciado que seria la madre de su Dios.

## CAPÍTULO LI.

### LA BENDICION.

Nos daban fe de su confianza, por su diligencia en reclamar nuestra ayuda (3).

Antes de emprender un trabajo importante, en el momento

(1) San Juan Climaco.—*Escala del Cielo*.

(2) Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los ángeles*.—*Vidas de Santa Dorotea, San Arrigius y San Annowaredh*.—Boil.

(3) San Bernardo.—*Sermon sobre San Miguel*.



de abordar una obra difícil, en la víspera de un viaje peligroso, cada uno venia á prosternarse ante su ángel diciéndole: «No comenzaré esto sin que antes no me háyais otorgado vuestra bendición» (1).

Nos pedian esta por la mañana á fin de que la jornada fuera feliz y nos la demandaban por la noche con objeto de que su reposo estuviera exento de peligro.

Y no era solo á sus ángeles á quienes se dirigian, recurrian tambien á los de sus bienhechores, á los de sus amigos y sus enemigos y sobre todo á los de los pecadores á quienes deseaban el arrancarlos del mal y traerlos al bien (2).

A la voz del padre ó en su nombre, yo bendecia muchas veces á la familia ó uno de los miembros de ella que él me habia designado (3).

Ellos no tenian tanta alegría en recibir, como nosotros en darles ¿cómo rechazar su plegaria y engañar su confianza, cuando nos hablaban con tanto amor?

Nuestra bendicion era una felicitacion del corazõn; ella encerraba los votos que haciamos por el éxito de sus proyectos y el cumplimiento de sus deseos.

Tambien les deseábamos la prosperidad espiritual: «Que los vicios sean extirpados, que las virtudes florezcan, que las gracias corran abundantemente, que haya en las almas riqueza, vigor y belleza» (4).

Les deseábamos la prosperidad material en cuanto esta pudiera contribuir á su salvacion: «Que los cuerpos estén fuertes y sanos; que los campos se cubran de miêses, que la sabiduría presida á todos los proyectos y que todo obtenga los mejores resultados» (5).

Al desear á nuestros amigos esta doble prosperidad se la demandábamos á Dios. Dios no dejaba nunca de conceder su benevolencia á los que veia en posesion de la nuestra. Nuestros votos atraian los favores divinos.

---

(1) Marchant.—*Jardin de los pastores*

(2) *Práctica de San Vicente de Paul, del P. Baltasar Alvarez, de M. Olier.*

(3) *Génesis.*—Cap. 48, v. 16.—J. Marchant.—*Jardin de los pastores.*

(4) Humberto de Romans.

(5) San Remi.—*Comentarios sobre la Epistola á los Efesios.*



## CAPÍTULO LII.

### EL TRABAJO.

Nadie estaba ocioso en aquella casa; cada uno llenaba la tarea que la obediencia le habia impuesto, y la continuidad de ocupaciones protegia la virtud. La familia era una reunion de fieles obreros, trabajando para Dios, bajo la direccion de los ángeles y con el concurso de estos (1).

Desde que Dios creó la tierra, el hombre fué el encargado de explotarla.

Los espíritus puros son invisibles cultivadores, en colaboracion con los hombres (2).

Al mover los globos celestes, al presidir la armonía de los elementos, al arregar las estaciones, al derramar la lluvia y el rocío, al dispensar la luz y el calor, nosotros éramos los encargados de hacer germinar los granos, crecer las plantas, abrirse las flores y madurar los frutos (3).

Ha sucedido algunas veces que los ángeles han tomado cuerpo humano y han venido al lado del hombre ó en su puesto á cultivar su campo, guardar su rebaño, edificar su casa, guiar su barco (4).

Por estas excepciones hechas en favor de algunos santos, Dios hacia ver que ningun trabajo era indigno de las más nobles criaturas.

Trabajando bajo la custodia de los ángeles y viéndose en medio de ellos, el padre de familia amaba su condicion. Toda ocupacion se ennoblecia á sus ojos, haciéndosele agradable. Nunca se le vió desanimado ni abatido.

Un dia de gran trabajo, el tentador le dijo con ironía: «¿Quieres venderme una gota de tu sudor?»

—Llegas demasiado tarde le respondió aquel justo, no tengo una sola gota de que poder disponer.—A más, las he puesto

(1) San Agustín.—*Soliloquios*, 26.

(2) Origéne.—*Tratado contra Celso*.

(3) Cosmas Indicopleuste.—*Topografía cristiana*, lib. 2.—Bail.—*Teología afectiva de los ángeles*.

(4) *Vidas de San Isidoro, de San Félix de Valois, de San Ramon Nonnato*, etc.—Boll.



á tan alto precio, que aunque tuvieras todos los tesoros del mundo, no tendrías suficiente para pagar la más pequeña de ellas (1).

Aquellas gotas de sudor habían sido vendidas desde hacía mucho tiempo. Yo había sido el promovedor y el agente del contrato. Yo tenía en la mano el vaso de oro que Dios me había dado para recogerlas durante el trabajo (2).

Al finar cada día, yo las soplabá con mi aliento y se convertían en perlas y joyas, que yo me apresuraba á engastar en la corona que esperaba en el Cielo á aquel buen siervo.

## CAPÍTULO LIII.

### EL DESCANSO.

Nuestros cuidados no se limitaban solo á proteger el trabajo diario; se redoblaban durante el reposo de la noche.

Si el padre de familia no vió nunca su sueño interrumpido por los fulgores de un incendio, si sus hijos se hallaban cada mañana respirando salud é inocencia, debían dar gracias por ello á los ángeles de su guarda (3).

Cuando las tinieblas envolvían la tierra y nuestros amigos se dormían, también lo hacían con ellos su prudencia y su fuerza. — Los sentidos abrumados entonces por los trabajos del día, cesaban de velar. — La plaza estaba abierta, Satan podía entrar.

Este amigo de la noche que se multiplica en la sombra para inspirar los más criminales pensamientos, aguzar los puñales y encender las antorchas, venía á revolotear por cima del lecho en que la virtud reposaba.

Hasta en el sueño venía á atormentarle y hacerle sentir su pernicioso influencia (4).

Bastaba nuestra luz para contener la potencia del maldito; rechazábamos los peligrosos fantasmas evocados por él en medio de los sueños, combatiendo sus efectos por celestiales imágenes.

(1) *Vida de San Francisco de Asís.*

(2) San Bernardo.—*Sermon sobre San Miguel.*

(3) J. Alvarez.—*Tratado sobre la vida religiosa*, lib. 1.

(4) San Agustín.—*Sermon*, 4.



¡Cuántas desgracias alejábamos de aquellos techos que ya mirábamos como nuestros!

A pesar de su amor por nosotros y nuestra vigilancia por ellos, Dios pudiera haber permitido algún accidente, pero sin lo segundo y lo primero, nuestros hermanos no hubiesen podido defenderse contra el demonio un solo instante (1)

Bajo la protección de nuestras alas, el reposo de la noche pasaba sin riesgo. La ofrenda que se había hecho á Dios, imprimía en el alma un impulso hácia la vía meritoria, en los momentos en que el cuerpo sin acción, se entregaba á un sueño necesario y reparador (2).

## CAPÍTULO LIV.

### SURSUM CORDA.

Oíamos señales de alegría salir de la casa habitada por la inocencia y escuchábamos en los aires voces angélicas exclamar: «Este es el día del Señor.» Era domingo.

Los brazos cesaban y todo el trabajo se suspendía. Desde la media noche anterior á la siguiente todo debía reposar.

Los ángeles que conducen los astros no tienen necesidad para alabar á Dios de suspender la acción exterior de aquellos. Nuestros amigos aunque podían asociar á su alabanza las preocupaciones materiales, necesitaban dedicar algunos días toda su atención, á gozar del espectáculo que se ofrecía á su fe, y llenar los deberes que se les habían impuesto.

En el día del Señor la atmósfera adquiría para ellos un tinte más celestial y la naturaleza les hablaba con una voz más conmovedora. En aquella verdura y aquellas flores, en aquellas nubes y aquella luz, todo tenía otra vida. Cada objeto exhalaba un incienso más puro y por todas partes se oían misteriosos conceptos que gritaban: «Los corazones al Cielo.»

Nuestras inspiraciones les descubrían en el menor de los objetos creados, un medio de elevarse hácia el Autor de todas las cosas.

(1) San Bernardo.—*Comentarios sobre el salmo 90.*

(2) J. Alvarez.—*Tratado sobre la vida religiosa*, lib. 2.



En cada flor del valle se ostentaba un recuerdo piadoso. Ya era la Flor de la Cruz, ya el sueño del Cielo, ya la corona de los Angeles, los ojos de la Virgen, la sonrisa de María niña, el Ave, la sangre de Jesús, etc., (1).

La voz del pajarillo tenia tambien su lenguaje para hablar de su Dios. La alondra al subir hácia el cielo para cantar en la region azulada su accion de gracias, llamaba hácia allí sus miradas y sus pensamientos.

En la pendiente de un ribazo, entre la espesura de un vergel, á orillas de un arroyo y en la cima de una montaña, ellos respiraban un ambiente perfumado, que procedia de las colinas del Cielo.

El mundo material era para ellos un manuscrito divino del que conocian el origen y la autenticidad. Nosotros les enseñábamos á extraer la parte espiritual que cada fenómeno ocultaba. Nosotros les ayudábamos á leer en el firmamento y en los astros como asimismo en la tierra y sus flores, los brillantes caracteres trazados por la mano del Todopoderoso.

Pero si sus ojos hubiesen estado por completo abiertos para la luz y para la gloria, hubieran visto la campiña más ricamente esmaltada y los aires surcados por más armoniosas legiones, presenciando el como los ángeles iban no solo de un polo á otro polo, sino de estrella á estrella y de un sol á otro sol, para llenar los espacios con sus esplendores y con sus cánticos (2).

## CAPÍTULO LV.

### EL DIVINO SACRIFICIO.

En el dia del Señor, la ley del reposo desterraba las obras profanas y la ley del culto llamaba las obras santas. Estas venian á agruparse en derredor de la obra por excelencia, del divino sacrificio.

En el momento en que el Salvador iba á ofrecerse en holocausto, nuestros amigos obedeciendo un precepto tan querido

(1) Nombres populares que se han dado á diversas flores.

(2) San Ambrosio.—*Comentarios sobre San Lucas*.—*Vida de San Colombano*.—Boll.



para sus corazones, se apresuraban á ir á la Iglesia, lugar de cita entre el Cielo y la tierra.

Al entrar en ella, nos inclinábamos ante el sacerdote que se disponia á subir al altar, despues ante los espíritus guardianes de aquel santo lugar.

Cuando el representante de Jesucristo, avanzaba hácia el nuevo Calvario, los ángeles le precedian, otros le seguian y todos ellos le asistian en sus augustas funciones (1).

Nosotros llevábamos hasta el mundo invisible las oraciones de los hombres y sus cánticos. Alternábamos con ellos en la plegaria y en la alabanza. Como ellos y por ellos repetiamos gimiendo: «Señor, tened piedad de nosotros» y nuestra voz tomando pronto su vuelo cantaba cual en Bethlén: «Gloria á Dios» en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena «voluntad.»

Al pronunciar el nombre de Jesús, todas las gerarquías doblaban la rodilla. Los demonios errantes sobre la tierra ó encadenados en el abismo, la doblaban tambien á su pesar y por la fuerza (2).

En el momento en que se iba á cumplir el gran acto de la Consagracion, el sacerdote invitaba á los asistentes á dar gracias en union de los ángeles y á unirse al Redentor, se inclinaba entonces profundamente y decia: «Santo, santo, santo!» y todo el cielo prosternado repetía: «Santo, santo, santo es el señor Dios de los Ejércitos»! (3).

Entonces de cada coro celestial llegaban nuevos espíritus, para ofrecer como nosotros á su Eterno Padre el tierno cordero que quita los pecados del mundo. A la vista de este único objeto de todas sus complacencias, el Altísimo no se revestia sino de clemencia y bondad (4).

Nosotros nos dirigiamos al Salvador y le deciamos: «Gracias» para los que habeis honrado con vuestro amor, hasta el punto «de sacrificaros por ellos en la Cruz» (5).

---

(1) *Vidas de Santa Catalina de Bolonia, de San Félix de Valois, de San Ignacio de Antioquia.*—Boll.

(2) *Vida de Santa Francisca Romana.*—Boll.

(3) *Filipo el Solitario.*—*Carta al monge Callirus.*—*Vida de Santa Catalina de Bolonia.*—Boll.

(4) *San Crisostomo.*—*Tratado sobre el sacerdocio*, lib. 6.º—*San Gregorio el Grande.*—*Dialogos*, lib. 4.—*San Ambrosio.*—*Comentarios sobre San Lucas.*—*Vida de Santa Verónica.*—Boll.

(5) *San Crisóstomo.*—*Sobre la incomprendibilidad de la naturaleza de Dios.*



Se abrian entonces todos los tesoros de la misericordia y se nos otorgaban. El Domingo recogia en el santo sacrificio toda la santidad que debia trasmitir á los demás dias de la semana, cual el corazon envia á todos los miembros del cuerpo la sangre y la vida.

## CAPÍTULO LVI.

### LOS PROFANADORES DEL DOMINGO.

---

La fidelidad de nuestros amigos no dejó de ponerse á prueba tambien. Tuvieron mucho tiempo ante su vista una familia de profanadores que se olvidaban de la Iglesia en el dia del Domingo, entregándose á un trabajo culpable.

¿No prosperan tanto como vosotros estos? les decia Satanás: «Sus campos son tan fecundos como los vuestros; sus prados están tan verdes; sus rebaños tan sanos; sus fuentes tan abundantes; sus viñas tan productivas;» «¿sus fisonomías no expresan el mismo contento que las vuestras y no les sale todo cual á vosotros á medida de sus deseos?»

«Cesad de cansaros; entrad pues en posesion de un dia que sacrificais á una quimera.»

Nuestros amigos no podian como nosotros ver claramente los secretos de la soberana justicia ni comprender los misterios de sus obras; pero la intensidad de la fe que poseian y la luz que les comunicábamos, bastaban para ponerlos á cubierto de estas mentiras.

A sus ojos la casa profanadora enviaba hácia el cielo el sombrío vapor que provoca el castigo, del mismo modo que la casa de la devocion hacia subir hasta él el agradable incienso que atrae la bendiccion (1).

Pero la bendiccion y el castigo no venian á dejar sentir solamente sus efectos sobre un pedazo de tierra para fecundizarlo ó hacerlo estéril. Se dirigian á las almas, produciendo ó efectos más excelentes ó más funestos.

---

(1) Rupert.—Comentarios sobre el Apocalipsis, lib. 5.



En la eternidad era donde se castigaban los crímenes ó se recompensaban las virtudes.

El padre de familia vió entonces con los ojos del espíritu caer sobre un país ó lugar de la tierra innumerables azotes; vió las tormentas aniquilar las mieses, los vientos podrir los frutos, las epidemias destruir las existencias más sólidas, las tumbas abrirse por todas partes.

«Mira, le dije, lo que deja tras sí el sopro vengador al extenderse sobre el suelo en que reina la profanacion. Es Dios quien toma de la vida ó de los bienes del hombre lo que le ha sido rehusado ó arrebatado. En ellos sin embargo prevalece la misericordia; pues esos azotes son advertencias y castigos á la vez, y en prueba de ello, vuélvete y mira.»

El padre de familia dirigió entonces su vista al punto que yo le indicaba y vió la Justicia divina en pié, blandiendo un arco y dirigiendo el dardo sobre el pecho de un hombre colocado enfrente. Léjos de huir, aquel desdichado afectaba indiferencia y parecia no sospechar el peligro.

Y era que la prosperidad é impunidad temporales cubrian sus ojos con una venda. Mientras más tardase el dardo en ser despedido por el arco, más terrible seria su efecto. La herida se haria incurable, el dolor eterno. Tal es la suerte del profanador que queda impune en vida (1).

Al mirar todo esto, el padre de familia, lleno de compasion, repitió las sábias palabras que habia oido á sus padres y debia legar á sus hijos.

«Es una locura negar á Dios lo que pide ó pedirle lo que no se digna otorgar.»

## CAPÍTULO LVII.

### LA PARTE DE DIOS.

La parte de Dios y de los pobres estaba siempre comprendida en la propiedad de nuestros amigos. Pendia del árbol, se balanceaba en la espiga, corría en la vid, germinaba en el suelo. Nos-

(1) San Jerónimo.—San Crisóstomo.—*Vida de Santa Genoveva.*—Boll.



otros la veíamos siempre en la leche que daba la oveja, en la miel que la abeja producía, en la lana del cordero, en el tallo del lino.

Mientras que bajo el hospitalario techo el indigente calmaba su hambre, calentaba sus miembros, se abrigaba con un nuevo vestido ó descansaba de sus fatigas, su ángel se deshacía en acción de gracias y cantaba el himno de reconocimiento (1).

¡Cuántos ángeles de la guarda pasaron así y pudieron admirar la fe cristiana y la bondad de corazón que á aquella familia distinguía!

Sucedió un día que un forastero pareció tener empeño en ser causa de una generosidad tan viva. Apenas se alejaba volvía de nuevo con diferentes y nuevas lamentaciones. El socorro que entonces se le otorgaba, léjos de disminuir era cada vez más abundante. De repente la fisonomía del forastero se hizo luminosa, sus vestidos resplandecieron, dos magníficas alas se desplegaron y aquel ángel remontó su vuelo yendo á contar en el Cielo lo que había acontecido en la tierra (2).

Pero no eran solo los hombres y sus ángeles los que venían á llamar á la puerta de aquella casa; Jesucristo mismo pasó un día sus umbrales. Era él quien en las personas de los pobres era recibido, alojado, alimentado, vestido, aliviado, consolado (3).

Nuestros amigos no se engañaban en ello, pues si su casa estaba varios días sin que llegase á ella el divino visitante se entristecían: «Ya no recurre á nosotros, se dijeron, quizá lo habremos ofendido.» La llegada de un pobre los tranquilizó (4).

La práctica de una caridad semejante irritaba á Satanás. Trató desde luego de desvirtuarla haciendo penetrar en ella el veneno del amor propio ¡qué de insinuaciones con tal objeto! ¡qué astucias tan sutiles desplegó! pero los amigos de Dios permanecieron siempre tan humildes como afectos.

Esperó también desanimarlos haciendo intervenir falsos indigentes. Él mismo se atrevió á representar este hipócrita papel,

(1) *Vida de San Ambrosio de Sena.*—Boll.

(2) *Vidas de San Gregorio el Grande, de San Zito, de San Ailo, de San Eduardo, etc.*—Boll.

(3) *San Mateo.*—Cap. XXV.

(4) *Vida del venerable Luis de Blois.*



pues habiendo dado el padre de familia su limosna á un desconocido, éste, arrojando sus harapos y presentándose vestido de seda y oro gritó con una voz formidable.

«Sábetete que has dado tu limosna á Satanás.» Lo he hecho por amor de Dios: «respondió el padre de familia, y en su mano es donde ha caído mi óbolo.»

## CAPÍTULO LVIII.

### EL VALOR DE LA LIMOSNA.

El socorro que se otorgaba al pobre, nos proporcionaba un espectáculo conmovedor.

El Salvador aparecía en medio de sus ángeles y mostrándoles el pedazo de pan, el vaso de agua, la moneda ó el pedazo de paño, les decía:

«Mis siervos han hecho conmigo esta liberalidad» (1).

Dichos objetos, vistos á la luz del mundo, eran vulgares y comunes; contemplados con la del Cielo eran ricos y brillantes; la caridad les comunicaba su valor. La lana de las ovejas se convertía en vestidura real, el vaso de agua se convertía en una copa encantada, el humilde denario se trasformaba en una pieza de oro, el pedazo de pan emulaba la blancura y suavidad del maná angélico.

Pero con los testimonios de respeto y de afecto que son la limosna del corazón hacían al divino pobre más sensible aún. ¡Qué trasportes de alegría nos hacía ver cuando enseñándonos la cicatriz de su pié ó de su mano nos decía:

«Aquí han impreso sus labios» (2).

Grande era nuestra gloria y nuestro orgullo al oír pronunciar por el Salvador y ante la corte celestial unos nombres tan queridos y ver que todas las miradas se dirigían hácia nosotros.

«¡Qué bello es, decíamos entonces, el bendecir á Dios en su gloria y cantar sus alabanzas en la patria; pero cuánto más es el asistirlo en su desgracia y consolar sus dolores en el destierro!»

(1) Sulpicio Severo. — *Vida de San Martín de Tours.*

(2) *Vidas de San Jerónimo Emiliani, de San Juan de Dios* — Boll.



La parte reservada á Dios en aquellos campos atraía sobre ellos las bendiciones y alejaba los estragos. Los ángeles apartaban con un movimiento de sus alas las tempestades y purificaban el aire con su aliento. Salvando la parte de Jesucristo, salvaban la de la familia.

Pero aquellos favores que atraía la limosna y que Dios rehusaba algunas veces por motivos de un género superior, eran casi un pequeño adelanto. La deuda no debería ser pagada sino el último día, cuando el Soberano Juez convocase las naciones para que cada uno obtuviese el premio ó castigo de sus obras.

Nuestro deseo más vehemente era el ver multiplicarse las deudas divinas. Como fieles agentes que éramos, escribíamos en el gran libro los menores actos de misericordia y caridad.

## CAPÍTULO LIX.

### LA PRUEBA.

La planta que cultivábamos presentaba un fenómeno maravilloso. Mientras que á los ojos de los ángeles y por la parte del cielo se coronaba de flores, á los ojos de los hombres y por la parte de la tierra se erizaba de espinas.

Si las espinas eran largas, aceradas y desgarrantes, las flores eran vivas, brillantes, perfumadas. Espinas y flores estaban alimentadas por una misma sávia y tenían la misma primavera. Esta planta se llamaba la Virtud cristiana (1).

Cuando nuestros amigos sentían la punta de las espinas, se veían tentados por romperlas; nosotros se lo impedíamos; hubiesen hecho morir las flores.

«Es bueno, les decíamos, que el destierro no tenga muchos encantos, pues si así fuera, no se suspiraría ni se desearía tanto la patria ausente.»

Semejantes á los arbustos de oriente que no prodigan los perfumes ocultos bajo su corteza hasta que se hiere esta, así sus corazones no debían exhalar el aroma de su virtud, sino en el seno de la prueba.

---

(1) Pensamiento expresado por Pío IX en Gaeta.



Deseando ver tal virtud aumentar y purificarse, nosotros pedíamos para ellos al Señor esas dos especies de bendición que nunca dejaron de desear los santos; pena y sufrimiento por un lado, paciencia y amor por otro.

La tribulación que Dios iba á enviarle era una señal de su predilección. Con tanta razón como Rafael á Tobías nosotros podíamos decirle: «Porque sois agradables á los ojos de Dios es »por lo que debéis sufrir la prueba de la tentación» (1).

En los hombros del padre de familia yo coloqué una cruz; la besó, dió gracias á Dios que se la enviaba y confió en mi ayuda para no sucumbir bajo el peso de aquella. Yo me constituí desde luego en su Cirineo.

La piedra opresora del sufrimiento no extrajo de su corazón sino el óleo de la perfecta resignación, sin mezcla alguna de la grosera espuma del blasfemo (2).

Jamás estuvo tan noble y tan bello. La prueba por que pasaba le habia dado una semejanza tal con el Redentor como no vimos nunca en los más sublimes espíritus (3).

¡Qué dulce nos era realizar con otros lo que no podíamos hacer con nosotros mismos!

«Sufrir, ¡decíamos, sufrir por Dios! ¡oh! ¡Qué dichosos son »los que gozan de este privilegio! Nosotros somos agraciados »diariamente Señor, y nada hacemos en cambio; ¡nosotros es- »tamos confundidos por el exceso de vuestra bondad y no po- »demos daros un testimonio de nuestra gratitud por el sacrificio »y el dolor!» Si os tendemos la mano para ofreceros lágrimas, no son nuestros ojos los que las han derramado; si llevamos algunos suspiros á vuestros piés, no han salido aquellos de nuestros corazones; si os presentamos algunas gotas de sudor, no han sido recogidas de nuestras frentes; si depositamos en el altar del sacrificio una gota de sangre, no ha salido esta de nuestras venas. En los holocaustos del sufrimiento solo hemos visto al hombre y á Dios; el ángel no fué nunca víctima (4).

---

(1) Tobías.—Cap. XII, v. 13.

(2) San Crisóstomo.—San Agustín.

(3) Rossuet.—*Sermon sobre los ángeles de la guarda.*

(4) San Bernardo.—*Sermon sobre San Miguel.*



## CAPÍTULO LX.

### LOS ÁNGELES DE LA FAMILIA.

Cuando se confían al seno de la tierra semillas de diversa especie, no reciben estas sino un mismo sol y un mismo rocío. Cada flor sin embargo que se produce, tiene su especial perfume y colores.

Así sucedía con los numerosos hijos de aquella familia. Lactados por el mismo seno, mecidos sobre las rodillas de una misma madre, formados por una comun educacion, revelaron sin embargo diferentes aptitudes. El espíritu de Dios haciéndose sentir en diferentes sentidos, produjo la diversidad de sus vocaciones.

Los ángeles guardianes vieron dibujarse por esto sus respectivas misiones.

La distancia que entre los hermanos puso la voluntad divina á medida que fueron avanzando en edad, no nos separó; permanecimos unidos y fuimos el lazo que los impidió aislarse unos de otros.

Bajo la vista divina podían corresponderse por nuestra mediacion, trasmitiéndose las prendas de su afecto. La mútua comunicacion que de sus bienes espirituales se hacían, no sufría nada con la distancia, era pronta, instantánea.

Existía una dulcísima relacion entre los ángeles de la familia; lo que interesaba á uno era también del interés de todos. Nos consultábamos muchas veces sobre los medios de proveer al bien general y á las necesidades particulares.

Yo, como ángel del padre, no podía ser extraño ni á sus hijos ni á sus ángeles. Las emociones de mis hermanos eran mis emociones, sus alegrías, mías también, sus tristezas mis tristezas. Jamás mi corazón cesó de latir al par de los suyos.

## CAPÍTULO LXI.

### LOS POEMAS.

Cada uno de nosotros escribía el poema de la vida sobrena-



tural de un alma. Existia pues el del padre, el de la madre, el de los hijos, el del siervo (1).

Nuestros amigos proveian por sus virtudes al asunto de nuestros relatos y cánticos; de nuestra pluma surgia la celestial poesia que le prestaba á aquellos su belleza. Un pensamiento, una palabra, un suspiro, una lágrima, el menor movimiento era precioso para nosotros; nuestro era el cuidado de tallar la joya, pulimentarla y engastarla, donde pudiese más lucir su brillo (2).

La gracia divina era el germen de todo bien. Ella sola fecundaba las almas y hacia salir de ellas sus bellezas. ¡Con qué solicitud disponiamos nosotros los corazones para que siguiesen aquellas inspiraciones! (3).

Al escribir el poema, nosotros estampábamos en él la sencilla piedad de la infancia, la ardiente generosidad de la juventud, la incorruptible fidelidad de la edad madura, la dulce resignacion de la vejez (4).

Su perfeccion no dependia ni de la distincion exterior de la vida, ni de su duracion. Nacia solo de sus méritos ante Dios. Bastaba para suministrar materia á una obra maestra un pequeño número de bellos días; largos y escasos años hubieran constituido la indigencia.

¡Cuántas páginas deplorables en los dias ociosos! En los mejores de penitencia corregiamos, borrábamos y dábamos luz al bien segregado del mal. No todos los ángeles tienen la fortuna de que sus protegidos en la tierra les dejen llenar una mision consoladora, pues mientras una vida humana es una série de bellas acciones, otra es un tejido de crímenes. Las hay llenas de aspiraciones generosas y de magnánimos esfuerzos y otras que no entrañan sino estériles deseos ó cobardes veleidades.

El poema en cuya última página se haya consignado una orgullosa rebelion será condenado por la inexorable justicia y entregado á los demonios para que sea objeto de sus burlas eternas.

Aquel á quien corone una humilde sumision será exaltado

(1) Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los ángeles.*

(2) San Jerónimo.—*Comentarios sobre el Eclesiástico.*—San Basilio de Cesarea.—*Homilía sobre el ayuno.*—San Bernardo.—*Meditaciones.* 6.

(3) Ricardo de San Victor.—*Comentarios sobre el Cántico de los Cánticos.*

(4) *Vida de San Juan de Dios.*—Boll.



por la misericordia; el ángel que lo escribió lo recitará solemnemente en la asamblea de los elegidos en honor del que fué héroe de aquella epopeya.

Aquella historia de toda su vida, dictada por el justo al ángel de su guarda, será la fortuna que le acompañará fuera del mundo visible (1).

Quando al sufrir el último naufragio, nade hácia la celestial orilla, por cima de su cabeza y bajo las alas de su ángel verá el poema de su vida, es decir su tesoro, su gloria, su inmortalidad.

## CAPÍTULO LXII.

### EL ÁNGEL DEL NIÑO ELEGIDO.

#### I.

Una desgracia ha acontecido, se decía, un golpe terrible ha herido á los amigos de Dios.

La muerte acababa de arrebatárle el niño más pequeño y no se veía sobre las rodillas de la madre, sino un cuerpo inanimado.

Al través de aquellas imágenes de duelo, el ángel de su guarda habia contemplado un espectáculo dulcísimo, viendo la mano de Dios sacar de la tierra aquella jóven planta y llevarla al Cielo.

La tempestad la hubiese tronchado algun dia; los hombres no preveían esto, pero *Aquel* que está presente á todo, lo hizo saber al ángel que la cultivaba. Para salvarla, Dios se habia apresurado á ponerla al abrigo. Al borde de las vivas aguas del paraíso la planta viviria en una primavera eterna.

La madre derramaba lágrimas, pero la Iglesia, cubierta con sus blancos ornamentos de alegría cantaba: «Niños, alabad á Dios (2).

Y los del cielo repetían unánimes el coro que se compuso para cada uno de ellos: «Ha sido llevado, por temor de que la malicia

(1) Apocalipsis.—Cap. XIV, v. 13.

(2) Salmo 112, v. 4.



»no corrompiera su espíritu ó que la vanidad no sedujera su alma» (1).

Y mostrando sus virtudes nacientes, al par de sus rápidos progresos en el bien, añadían: «En pocos días ha hecho una larga carrera» (2).

Los ángeles acudieron en gran número para recibirle, conduciéndole al grupo de santos inocentes que jugueteaban con sus coronas y sus palmas ante el altar del Cordero (3).

Al verlo el Salvador exclamó: «Dejad que ese niño se acerque á mí» y le prodigó sus caricias, sus abrazos y sus bendiciones (4).

## II.

A penas entró en el Cielo aquel niño siempre agarrado á la mano de su ángel y casi tan bello como él, dirigió la vista á la tierra para ver á su padre, su madre y sus hermanos.

Estos enterraban su cuerpo llorando. Si Dios se lo hubiese permitido, le bastaba el haber hecho ver á aquellos el resplandor que le envolvía, para que todas las lágrimas se hubiesen enjugado.

Venia algunas veces á ocupar su puesto en el hogar de la familia á la que llevaba tesoros de gracia. Era el nuevo santo de ella y uno de sus protectores. Constituía su gloria y su ornamento (5).

Léjos de haber perdido su afecto hácia su familia, se habia hecho aún más vivo. Una lágrima en los ojos de su madre, una gota de sudor en la frente paternal, una nube de tristeza que cubriera el rostro de sus hermanos, le conmovía y eran objeto de las más dulces efusiones.

Estaba entre ellos y los oía cuando hablaban de él, cuando recordaban su sonrisa y su candor y cuando decían:

«Hoy tendría tal edad. Se parecería á tal niño; alabaría tal accion; se alegraría de tal suceso; participaría de tal favor. ¡Qué

(1) Sabiduría.—Cap. IV, v. 14.

(2) Sabiduría.—Cap. IV, v. 13.

(3) Santa Teresa.—*A una madre que habia perdido su hijo*.—San Francisco de Sales.—*A otra madre en igual caso*.—El poeta Prudencio.—*Himno*.

(4) San Marcos.—Cap. X, v. 14, 15.

(5) *Vida de San Gregorio Nacianzeno*.—Boll.



dolor el de no verle más! Pero está en el seno de Dios y podrá hablar con sus ancianos abuelos que lo habrán sin duda reconocido, aunque él no los vió en la tierra.»

Dirigida por el ángel de su guarda una mano escribió sobre su tumba (1).

## ¡DE ESTOS ES EL REINO DE LOS CIELOS!

Los pajarillos preferían para jugar, formar sus conciertos y construir el nido de sus pequeñuelos, el paraje que formaba la sombra que cubría aquellos restos de la inocencia.

En medio de los arbustos que allí entrelazaban sus ramas, el más pequeño de sus hermanos había sembrado algunas violetas y las cultivaba. Entre estas nació un bello lirio que se reprodujo después cada primavera (2).

## CAPÍTULO LXIII.

### EL ÁNGEL DE LA DONCELLA.

#### I.

El ruido de una hoja que el viento movía, una voz que en la noche se escuchase, un fantasma creado en la soledad hacían palidecer á la doncella. Su ángel no la tranquilizaba por esto. Es, se decía, una timidez y un temor preservadores (3).

El día en que el demonio de la vanidad quiso empañar aquel alma, la halló cerrada completamente para el acceso de las li-sonjas y las mentiras.

El pudor brillaba en su frente, la modestia cubría su pecho, la sabiduría se albergaba en su corazón y ninguna palabra frívola salía de sus labios (4).

Una sensibilidad exquisita distinguía su piedad y el candor daba á su virtud los caracteres más tiernos.

(1) *Vida de Santa Agata.*—Boll.

(2) *Vidas de Santa Aurea y sus compañeras; de San Guillermo niño; de Santa Agata; de San Hildegarde.*—Bolandistas.

(3) *San Ambrosio.—Comentarios sobre San Lucas.*—San Bernardo.—*Comentarios sobre el texto.*—Missus est.

(4) *Tertuliano.—Tratado del velo de las vírgenes y del adorno de las mujeres.*





El espíritu impuro se creyó con derecho á aquel corazón sensible y afectuoso; escogió una flecha acerada, la mojó en el veneno de su malicia y la lanzó. Bajo aquel cuerpo débil y delicado encontró un alma de diamante desde donde la flecha embotada vino á tierra sin efecto. Al saturar aquel alma con los fuegos de la caridad, su ángel la había hecho invulnerable.

La doncella despreciaba la belleza corporal que tan á menudo es objeto de las complacencias del demonio, pero se desvivía por adquirir la espiritual que es la que produce la imagen de Dios cuidadosamente conservada. Huía de todo cuanto pudiera alterar esta imagen, desposeyéndola del polvo y no dejando de hacer todo cuanto pudiera realzar más su esplendidez y brilló con toda la belleza ingénita en las almas santas (1).

En los rasgos de su fisonomía se veía á su ángel, como igualmente en sus ojos y en su apostura. Atraía é inspiraba el respeto, purificaba las miradas ó las obligaba á cambiar de dirección. Estaba en relación con los ángeles de Cecilia, de Inés y de Tecla, heroínas todas del amor divino (2).

Jesús dijo al ángel: «Este corazón me agrada, quiero poseerlo por entero; tú eres quien debes preparar su próxima unión conmigo.»

## II.

Bien pocas son las almas que oyen el secreto divino y no menos las que lo buscan y se hacen dignas de él.

«Este es, dijo el ángel á la doncella, una perla que el mundo desprecia y que yo estimo más que el universo; que las almas corrompidas pisotean y que los corazones puros adquieren á costa de toda clase de sacrificios, que los impíos consideran como objeto vano, quimérico, inútil, mientras que los santos lo denominan el honor del cuerpo, la gloria del alma, la riqueza de la Iglesia, la gala de sus ángeles, el adorno de los favoritos de Dios (3).

«Esta perla no está oculta en el seno de los mares, no se es-

(1) *Vida de San Gregorio Nacianzeno*.—Boll.

(2) San Ambrosio.—*De las Virgenes*, lib. 2.—*Vidas de Santa Ida niña, de Santa Osanna*.—Boll.

(3) San Atanasio.—*De la Virgindad*, lib. 2.—San Jerónimo.—*Tratado contra Joviniano*, lib. 2.



»conde tampoco en las entrañas de la tierra, está en medio de los hombres, y los colma de bienes que estos desconocen.

»Adivina pues quien es esta incomparable perla y dime cual es su bello nombre.»

La doncella nombró entonces la virginidad; la habia reconocido por esos atributos especiales que no son comunes á ninguna virtud.

Al verla, nació en ella un vehemente deseo de poseerla.

Su ángel entonces, para hacer más vivo este deseo, añadió:

»Vés en esa pradera tres divisiones? en la una pacen los rebaños, la otra está llena de animales inmundos; la otra se halla intacta.»

»La primera representa un suelo que comienza á reverdecir pero no tiene el encanto que la daría la variedad de flores; semeja un corazon ligado por los vínculos del matrimonio.

»El aspecto de la segunda es triste y afflictivo, carece de césped y frescura; representa la imágen de un corazon dominado por las pasiones impuras.

»La belleza de la tercera no se ha marchitado con nada. Sus plantas son altas y tiernas, sus flores brillantes y perfumadas, sus frutos sabrosos y abundantes; simboliza pues al corazon consagrado á la virginidad.

»Contempla bajo este aspecto á la virginidad y juzga si es digna de poseer tu corazon» (1).

La doncella entonces resolvió no tener otro esposo que Cristo.

### III.

El ángel fué el paraninfo de esta alianza que se llevó á cabo en medio del mundo pero léjos de los ojos profanos. Todo se efectuó en el secreto del corazon. Los espíritus puros celebraron solos las invisibles bodas; presentaron á la desposada un velo adornado de lirios y el Salvador puso en su dedo el anillo de oro (2).

A juicio de los mundanos, su vida no debia ser sino una viu-

(1) *Vida de San Martin de Tours.*—Sulpicio Severo.

(2) *Vidas de Santa Ángela, de Santa Inés, de Santa Ida, de Santa Aldegunda, etc.*—Boll.



dez perpétua, á juicio de los ángeles se deslizaria en la más próspera union.

La vírgen no tuvo otro deseo que el servicio de su esposo y los intereses de su gloria (1).

Si su ángel hacia dirigirse su vista á algunas páginas en que se referian las conquistas de la Cruz, ella entonces suspiraba con la ventura del sacrificio; si llegaba á su conocimiento un ultraje hecho á la virtud, deseaba espiarlo con su sangre.

Jesús era ciertamente bien digno de una fidelidad semejante. ¿No la habia escogido por esposa y no le habia dado participacion en su herencia?

Ella no habia olvidado el día en que se le apareció, teniendo en la mano una corona de espinas y otra de flores y la preguntó: «¿Cuál de las dos prefieres?»

«Como vos ¡oh Jesús! respondió ella, yo ceñiré en la tierra la diadema de dolores. En el cielo únicamente y por vuestra infinita misericordia, la de gloria.»

Los esfuerzos del mundo y los de Satanás no pudieron conmover su constancia. En presencia de personas que pudieran atraerla su ángel la decia:

«¿Qué esposo fué tan rico y tan bello, tan fiel y tan bueno como el que has elegido? ¿Qué otro te asegurará no dejar nunca ni aún con la muerte á la que entregó su corazón?»

«Jesús es el occéano y origen de todo amor verdadero, ¿dejarás tú ambos por una gota de cieno que luego se evapora?»

#### IV.

Las palabras del ángel no dejaban de conmover el alma de la vírgen, produciendo en ellas pensamientos luminosos y generosos sentimientos:

«Tú no estarás aislada. La virginidad es fecunda; ninguna madre tuvo hijos más numerosos que la esposa de Cristo. Los hijos del divino Maestro serán tus hijos. Tú tendrás por familia los desgraciados» (2).

---

(1) San Agustín.—*Tratado sobre la virginidad.*

(2) San Agustín.—*Confesiones*, lib. 8.—Cap. XI.



Y á la vírgen agradó este lenguaje. Si habia un enfermo que visitar, un indigente á quien socorrer, un ignorante á quien instruir, un pecador á quien retirar del abismo, decia: «véase un don que se me envía, reconozco en estas almas los regalos de mi esposo.

Una ternura más que maternal la llevaba hasta los abandonados para hacerle considerar los sacrificios heróicos, como si fuesen otros tantos actos sencillos y comunes. Libre de todo lazo terrestre, se dejaba guiar por un amor superior, acudia á toda miseria humana y se entregaba sin descanso á los ejercicios de Caridad. Cual dulce oveja del cielo se olvidaba de sí misma y se hacia abrigar por los demás con el rico vellon de sus obras (1).

Su maternidad como procedente de su union con Jesucristo no tenia nada natural. Pertenecia á un órden más elevado y se derivaba de la gracia; era pura, constante, invencible. Su carácter era divino y no agotaban sus efusiones los beneficios.

A semejanza de tantas otras que la habian precedido en los mismos caminos, debia la vírgen decir en su día:

«¿De donde me vienen estos hijos? ¡Esta es la familia que me dá la virginidad! ¡Oh mi celestial esposo, con qué generosidad habeis obrado conmigo y qué corona de honor me habeis formado! Yo lo comprendo ya hoy, si las uniones temporales pueblan la tierra, la union espiritual hace aun más, pues adopta á los que el mundo rechaza, confiriéndoles títulos de nobleza y poblando los cielos (2).

## V.

El valor desplegado en vida por la vírgen, merecia á su muerte una recompensa especial. Dárselo todo á Dios y nada á las pasiones, encadenar las fuerzas de un cuerpo rebelde para asegurar el triunfo de la ley; permanecer incorruptible y pura dentro del cieno que mancha y corrompe, adelantarse á las maravillas del último día y establecerse desde el primero en la condicion de los espíritus, tal es la mision de la virginidad (3).

(1) *Vida de San Adelardo*.—Boll.

(2) *San Cipriano*.—*Tratado sobre la disciplina y conducta de las Virgenes*.

(3) *San Agustin*.—*Tratado sobre la Virginidad*.—Cap. XIII.—San Basilio.



¿Qué valor humano podrá llenarlo? ¿Qué virtud profana se atreverá á aborarlo?

Hay tres especies de valor que Dios recompensa en la eternidad con un signo distintivo; el valor del doctor, el del mártir y el de la vírgen.

Este signo consiste en un brillo accidental que emana del cuerpo y del alma y que se llama aureola (1).

Color luminoso ó luz coloreada, la aureola es blanca en las vírgenes, roja en los mártires, verdosa en los doctores (2).

La aureola del doctor se compone de radiosas estrellas, la del mártir de brillantes pedrerías, la de la vírgen de graciosas flores.

Las vírgenes tienen en su mano lirios, los mártires palmas, los doctores laureles (3).

Coronada así con su aureola y llevando su lirio, la Vírgen aquella fué llamada hasta el carro triunfal de su esposo; vino luego á unirse á nuestras filas y comenzó su carrera á través de los cielos, siguiendo por todas partes al Cordero divino y cantando como nosotros el cántico reservado á las Vírgenes y á los ángeles (4).

## CAPÍTULO LXIV.

### EL ÁNGEL DEL SOLDADO.

#### I.

El soldado amaba á su patria. Aquella tierra en que se llevó á cabo el destino temporal de sus antepasados, donde se levanta el triunfo de su honor, donde se conservan sus memorias, donde reposan sus restos, donde se habla su lengua, donde reinan las leyes y donde vive su fe, era una tierra tan querida para su corazón, que sin emoción no podía oír repetir las glorias de ella.

La había hecho el anticipo de sacrificarla su vida. La defendería al precio de su sangre. Era una madre que lo había lle-

(1) Santo Tomás.—*Suplemento*, prop. 96, artículo 11.

(2) Enriquez.—*Tratado sobre el fin del hombre*.—Cap. XXVII, §. 3.

(3) Dominico de Soto.—*Sueño cuarto*, disertación 49.

(4) Apocalipsis.—Cap. XIV. v. 3 y 4.



vado en su seno, que lo habia criado, que le habia dado un nombre del que estaba orgulloso. Podia pues contar con él y disponer de su brazo.

Pero la patria de la tierra no le haria olvidar la del cielo, para esta era la preferencia que su superioridad reclamaba.

La una tiene jefes que perecen, la otra un monarca inmortal; en la una existen los decretos de un dia, en la otra leyes inmutables; en la una hay una bandera glorificada por la espada, en la otra un estandarte que ha hecho ilustre la virtud; en la una existe un pasado profano, en la otra tradiciones sagradas; en la una existen las cenizas inanimadas de los abuelos, en la otra sus almas vivientes; en la una las coronas se marchitan, en la otra los laureles siempre están verdes; la una posee el tiempo, la otra la eternidad.

El ángel enseñó al soldado sus deberes hácia las dos patrias, manifestándole que el hacer traicion á la una, no fué nunca el medio de servir á la otra. Le hizo conocer tambien el consorcio de la santidad con el valor, de la libertad con la obediencia, de la pureza con el honor.

De este modo engendró en el soldado los más bellos sentimientos. Su alma no tuvo nada de grosero, ni brutal. La inocencia de su corazon se leia en la serenidad de su frente. Se hubiera dicho que era uno de esos espíritus que bajo apariencia de brillantes campeones, envió Dios en otro tiempo para dar valor y libertar á su pueblo (1).

## II.

Pronto tuvo que marchar al combate. El anuncio de que este iba á tener lugar no le sobrecogió.

Tan luego como se oyó la señal de él, los ángeles de los héroes cristianos, vinieron á cernerse, por cima del campo de batalla, para aplaudir los actos de valor (2).

Cuando el cuerpo de un héroe caia por tierra, su alma volaba hácia los innumerables testigos de su sacrificio. Todos lo aco-

(1) Segundo libro de los Macabeos.—Cap. XI, v. 8.

(2) Segundo libro de los Macabeos.—Cap. V, v. 2.—Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los ángeles*.



gian honrosamente y lo felicitaban por haber arrostrado la muerte. Aquel que en vida lo habia inspirado y sostenido, lo acompañaba por todas partes. Era él quien lo conducia ante el equitativo juez de las intenciones y de los actos, ante el magnifico remunerador de todas las virtudes (1).

Pero cuando recibia un impío el golpe mortal ¡oh qué espectáculo! « ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! » exclamaba entonces su ángel, huyendo del teatro del duelo. Los demonios solamente tenian el derecho de reclamar un alma, que por una loca inconsecuencia se habia rehusado por sí á la patria del cielo, consagrándose á la de la tierra.

Mientras que en esta se aclamaba la gloria de aquel alma y entre los hombres se le otorgaba los honores de la inmortalidad, se veia abrumada por un peso de ignominia al hallarse condenada á una muerte sin fin ante el Tribunal de Dios.

Oh! ¡cuánto hubiese preferido entonces que su cuerpo, su nombre, su sacrificio, hubiesen quedado perdidos é ignorados entre los mundanos y se le hubiera erigido en cambio un trono entre las almas puras! Por no haber llevado más alto aún su mirada y su ambicion, habia hecho sin fruto el más grande de los sacrificios.

El ángel no vió en este primer combate coronar á su jóven héroe, la muerte le perdonó, pero no fué sino para reservarle otros peligros y por ende otros triunfos.

Los asaltos que durante la paz deberia sufrir no debian ser menos terribles para su virtud. Al rechazarlos, mereció un laurel más noble que el que obtuvo al romper las líneas enemigas. La más bella de sus victorias no fué aquella en la que compartió con sus compañeros de armas la gloria del vencedor, sino la que supo obtener sobre sí mismo y sus pasiones.

El ángel de la patria profesaba singular afecto á este soldado y á su ángel. Gracias á ellos y á sus semejantes pudo conducir á su sublime fin la grande é ilustre nacion que habia ensalzado.

---

(1) Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los Angeles.*



## CAPÍTULO LXV.

### EL ÁNGEL DEL RELIGIOSO.

#### I.

A aquel niño tan apacible le dijo un día su ángel de la guarda.

«Ven á la soledad y bajo los muros de un claustro; allí es donde te quiere Dios y donde su voz te llama.»

—«¿Encerrarme allí por toda la vida? exclamó el niño:

—»Nada te extrañe, respondió el ángel, pues las palomas de la celda renuncian á posarse aun sobre un mundo manchado; pero no temas, este nido de amor no está tan bien cerrado aquí abajo, sino para estar mejor abierto allá arriba (1).

—»¡Pero no tener comunicacion alguna con mis semejantes!

—»Tú no romperás tus relaciones con los hombres sino para tenerlas más íntimas con los espíritus bienaventurados. De la celda no está léjos el cielo (2).

—»Pero la obediencia me parece tan ruda!

—»Por la obediencia adquirirás tú alas como las nuestras y estarás pronto y ligero para cumplir la voluntad de Dios.»

¿Y quién no se asustará ante tal desprendimiento?

—Tú renunciarás hasta á la posesion de un átomo de polvo, pero poseerás en cambio, como nosotros, á Aquel de quien son todos los mundos.

—«La castidad es el privilegio de los menos.

—»Dios la otorga á aquellos á quienes con el más tierno amor quiere. Por su posesion tú te retraerás de toda atraccion carnal y vendrás á colocarte en medio de nosotros, para que no te atraiga sino nuestro centro comun que es la santidad infinita (3).

—»¿Pero la oracion será mi ocupacion de día y noche?

—»Tú no dejarás de tener siempre en tus manos el arpa de

(1) Santo Tomás de Villanueva.—*De expectatione parlus.*

(2) El bienaventurado Guigues, cartujo.—*Carta á los hermanos del Monte-Dios.*

(3) Tertuliano; *ad morem*, libro 1.—San Crisólogo.—*Sermon* 143.—Pedro el Chantre.—*Verbum abbreviatum.*



»David para lanzar los demonios y llamar á Jesús con todas sus alegrías y sus delicias. En el cielo nosotros alabamos continuamente á Dios y esta alabanza nos es tan dulce que sin ella no podríamos ser dichosos (1).

— »¡ Qué grosero es este sayal!

— »No lastimará sino los ojos á los que tú no debes agradar. A los de los ángeles tú llevarás los brillantes vestidos de aquellos lirios celestiales que eclipsan por sus esplendores las magnificencias de todos los Salomones.

— »En esta regla no hay sino severidad y rigor.»

— »Pero es un modelo de gran virtud y de alta perfeccion. ¡ Cuántas almas ha hecho dignas del Cielo! »

— »Entonces, será pues la vida de los ángeles la que yo deberé llevar.»

— »Tú vivirás con nuestra vida; tú adquirirás nuestra fuerza y nuestra belleza, tú formarás parte de esos ángeles terrestres á quienes tan á menudo visitan sus hermanos del cielo. Tu vida será cual un límpido arroyuelo que corre sobre un lecho de azul y de estrellas y cuyas orillas están revestidas de odoríferas flores (2).

## II.

El claustro se abrió al novicio. Los primeros días no le ofreció sino consuelos. La oracion, el silencio, el trabajo, el alejamiento del mundo, todo le agradaba. Pero Satan debía tambien hacer su oficio.

Llegó un momento en que todo le pareció cubierto con un negro crespon. Todo era sombrío, lúgubre, desesperante y el jóven se dijo:

« ¿Por qué sujetarme á un género de vida para la que no siento ningun atractivo? ¿Acaso no se puede uno salvar en el mundo tan bien como aquí? ¡ Si aun se me animara! pero hasta me parece que Dios mismo es el que me rechaza y me advierte el dejar esta casa. »

(1) San Crisóstomo.—Comentarios sobre el salmo 41.

(2) Raudoin de Cantorbery.—De la vida cenobítica.—Santiago Alvarez.—De la vida religiosa, lib. 1., cap. XII.—San Jerónimo.—Carta d Eustochium, 22.



—«Tranquilízate, le dijo con dulzura su ángel de la guarda. »Reconoce en estos pensamientos los últimos esfuerzos de Sata-nás. Preciso es que tema tu presencia en el claustro, para que »así te excite á dejarlo. Mantente firme: Dios te habló por la »boca de los que le representan, esto debe bastarte» (1).

El jóven se mantuvo en su celda y esta fué despues para él un delicioso paraíso.

En el momento en que pronunció ante Dios sus juramentos, algunos partidarios del mundo le tuvieron lástima, pero los ángeles aplaudieron y envolvieron esta ceremonia con inusitada pompa.

Al mirar la alegría de aquellos se hubiera dicho que el jóven religioso había entrado en alguno de sus coros, para ser el adorno de ellos y que las gerarquías sagradas contaban con un ángel más (2).

### III.

Aun fué atormentado el religioso algunas veces por la tentación, pero se había ya aguerrido y ganaba tantas victorias, como combates tenía que sostener.

Le sucedió un día que experimentó algunos momentos de envidia á consecuencia de una preferencia con que sobre él se distinguió á uno de sus hermanos. «Su ángel de seguida colocó »ante los ojos de su espíritu un monton de oro por un lado y »por otro algunas piezas.» «Compara, le dijo, lo que habeis »dejado cada uno en el mundo; mira cuanto sobrepuja el sacri- »ficio de tu hermano al hecho por tí y cuán inferior eres á él »en méritos» (3).

La ambicion turbaba á veces su reposo. Se sorprendia al considerar en su imaginacion los bienes que hubiera podido adquirir en medio de los hombres por un trabajo perseverante. Su ángel entonces le hizo ver en medio de un rayo de luz un átomo oscuro que se desvaneció en el momento: «Mira, le dijo, ese es »el valor del Universo para un alma inmortal.»

(1) *Vida de Santa Opportuna.*—Boll.

(2) *Vida de la Bienaventurada Baptista de Varano, de Santa Jueta.*—Boll.

(3) *Vida de San Colombano.*—Boll.



Se quejaba de su esterilidad; el ángel le dijo: «Cuando el divino maestro huyó á través del desierto, dichosos los que no dejaron de seguirle; así le probaron que sus aspiraciones eran puras y que no tenían otra mira que él. Para estos fueron más tarde, su predileccion y sus caricias.»

Por impedírsele una enfermedad deploró en otra ocasion no poder ir á coro para cantar el oficio divino. Esta pena fué del agrado de su ángel, quien le dijo: «Yo estaré en tu puesto para ofrecerte el incienso de la oracion.»

A fin de inspirarle un horror más vivo hácia la tentacion, el ángel quiso enseñarle al mismo tentador; hizo aparecer á Satanás en un ligero relámpago que surcaba la nube: «Oh! la muerte primero antes que tal espectáculo! exclamó el religioso. «Y sin embargo, añadió su ángel, tú no has podido verlo tal cual es, la rapidez de su paso no ha podido hacerte apreciar bien su horrible fealdad:» No importa, contestó el religioso, antes que volverlo á ver así, consentiria en andar desde ahora hasta el juicio final sobre un lecho de carbones encendidos» (1).

#### IV.

Su santa vida fué un gran socorro para muchas almas que vivian en el mundo. Millares de voces hacian eco en su celda y de todas partes volaban ángeles portadores de gritos de angustia.

El ángel de la guarda les distribuia los favores obtenidos por aquel humilde siervo de Dios. En los dias de abatimiento y negligencia, el ángel entristecido no podia otorgar sino un débil socorro, pero en los de fidelidad y fervor su alegría era grande, pues podia dar con largueza.

Pronto contempló el fruto de sus méritos aquel religioso.

Una noche la tempestad rugía en el mar. Una flota entera veia próxima la muerte, pero el jefe exclamó: «Confíemos, ya es media noche, es la hora en que el religioso se levanta para ir á coro; antes de partir le he rogado interceda por nuestra espe-

---

(1) *Vidas de Santa Catalina de Bolonia, de Santa Brigida.*—Boll.



dicion.» A los primeros albos de la aurora, la flota dispersada pudo reunirse, ningun barco habia perecido (1).

La virtud de un justo corria un peligro inminente. El mundo iba á presenciar un gran escándalo. Satanás estaba contentísimo; en sus oraciones, el religioso pidió por las almas atribuladas: el peligro pasó!

Otra alma habia resuelto poner fin á su vida en alas de su desesperacion; iba á desafiar á aquella justicia ante la que no se atrevia á humillarse. ¿Qué mano la detuvo?—la que desde el fondo de la celda se tendió hácia Dios.

Un pecador próximo á caer en la eternidad rechazaba las ternuras de la misericordia. Su ángel habia recogido durante su larga vida todo lo que hizo bueno, pero era poco, frente á un monton de crímenes. De repente cayeron en la balanza las mortificaciones y los ayunos y aquel alma debió su salvacion al ángel de la celda.

Una madre agonizaba. Pobres huérfanos ¿qué será de vosotros? Todos se agrupan en derredor de ella sin otro recurso que sus lágrimas. ¿Quién impedirá la muerte? ¿Quién les conservará aquella mano para conducirlos, aquellos ojos para velar por ellos, aquel corazon para amarlos? Angeles de aquellos niños, recoged sus suspiros y sus ayes, volad hácia la celda y volvereis trayendo el consuelo y la alegría.

## CAPÍTULO LXVI.

### EL ÁNGEL DEL SACERDOTE.

#### I.

El levita habia crecido á la sombra del santuario. Un honor insigne le estaba reservado y la familia iba á recibir abundantes bendiciones.

Desde el instante en que nació, los ángeles habian conocido que lanzaria en la Iglesia un dia un vivo resplandor. Vinieron

---

(2) Guillermo el Breton.—Filipida, 4.—*Vida de San Colombano*.—Boll.



pues á reposar bajo el techo que abrigaba su cuna, cantaron su bautismo y predijeron su santidad (1).

El designio de Dios comenzaba á revelarse.

La madre de aquel jóven iba á comprender ya la vision que en otro tiempo tuvo.

El ángel que debia conducir á su hijo se le apareció, llevando un velo sembrado de flores.

La madre vió entonces aquel velo volar léjos, extenderse y cubrir las llanuras, los bosques y las montañas. «Tu hijo florecerá para el cielo, le dijo el ángel, y numerosas almas le deberán su salvacion (2).

El dia en que fué revestido del sacerdocio y colocado entre los príncipes del pueblo de Dios, vimos á su ángel caer el primero á sus piés y besarle las manos.

Aquellas manos que acababan de recibir un carácter sagrado, eran más resplandecientes que las nuestras; iban á ejercer funciones más sublimes y á derramar mayores tesoros. Con el poder de tocar y llevar las cosas santas habian recibido la virtud de santificar y bendecir las profanas.

En el nuevo sacerdote su ángel de la guarda saludó á su superior en poder y dignidad. Al salir del santuario le cedió la delantera con humilde deferencia. Se creia muy honrado con aproximarse y sostener á aquel á quien veia hecho un Dios en la tierra, otro Jesucristo, á aquel cuya palabra iba á hacer bajar á Dios á la tierra y á hacer subir las almas hasta el cielo (3).

A una dignidad tan alta debia corresponder una vida más perfecta; el ángel redobló sus cuidados.

Las imperfecciones inherentes á la humanidad y que quedaban en el sacerdote, no lo desanimaron, sabia bien que le serian útiles.

Sometido á esas debilidades desconocidas entre los ángeles, el sacerdote estaria en mejor estado para compadecer las de los pecadores.

Los ángeles sentirian quizá ante estas que la indignacion dominaria á la pasion, pero el sacerdote no tendria más que

(1) *Vidas de San Moschua, de San Keintegemo, de Santa Gudula.*—Boll.

(2) *Vida de San Colombano.*—Boll.

(3) San Bernardo.—*Discurso sinodal.*—San Francisco de Asis.—*Opúsculo*, 22.



considerarse á sí propio para que todo fuera en él bondad y dulzura.

Las llaves del Cielo están bien colocadas en las manos de un hombre (1).

## II.

Cuando el ministro de Jesucristo subia á la cátedra de la verdad, el celo de su ángel estaba en su corazón y animaba sus palabras.

Los ángeles de los fieles escuchaban y le enviaban miles acciones de gracias (2).

Cuando se sentaba en el divino Tribunal para absolver á los pecadores y volver á colocar sobre la frente de estos la corona que habian perdido, la admiración de su ángel hacia que exclamara: «¿Quién sino Dios puede perdonar los pecados, haciendo »puro lo que antes no estaba?» (3).

Cuando cual trono viviente llevaba el sacerdote en triunfo al Rey de los Cielos y distribuía á las almas el maná de la Eucaristía, su ángel no le acompañaba sino tembloroso y rodeado de otros ángeles (4).

Cuando recibía un niño á la entrada en la vida y lo revestía de inocencia ó cuando asistía á un anciano en su partida de la tierra, suministrándole la santa unción, su ángel se poseía de tal gozo, que celebraba todas aquellas maravillas (5).

Pero cuando en presencia de la corte celestial que con sus luces lo inundaba, consagraba el sacerdote el Cuerpo y Sangre del Salvador, profiriendo en nombre de Dios estas palabras: «Este es mi cuerpo, y este es el cáliz de mi sangre» su ángel entonces como aterrado, se inclinaba hasta el suelo, no atreviéndose á levantar los ojos; pues ni á los querubines ni á los serafines vió nunca á tal altura (6).

(1) *San Crisóstomo.—Sobre San Pedro y Elias.*

(2) *San Bernardo.—Comentarios sobre el Cántico de los Cánticos.—Vidas de San Basilio, de San Ambrosio, de San Sebastian, de San Vicente Ferrer, de San Bernardino de Feltre.—Boll.*

(3) *Job, Cap. XIV, v. 4.—San Marcos, Cap. II, v. 7.—Filipo el Solitario.—Carta al monje Callirus, 3.*

(4) *San Nilo.—Carta á Anastasio.*

(5) *San Gregorio Nacianzeno.—Sobre el bautismo.*

(6) *San Bernardo.—Instructio sacerdotalis.—San Crisóstomo.—Tratado sobre el sacerdocio, lib. 3 y Homilia, 83.*



III.

El ángel del sacerdote veía en lontananza los ángeles de otras Naciones (que estaban aun sentadas en la sombra de la muerte) dirigirse hácia él con una expresion de dolor y gritar: «Socorro» (1).

Para responder á los deseos de aquellos ángeles, trasmitió al corazon, cuya generosidad conocia, una imágen tan viva de esta desgracia, que lo compelió á consagrarse á la salvacion de aquellos infieles (2).

Hizo más: provisto de un dardo agudo en cuya punta brillaba un fuego divino, atravesó aquel corazon, haciendo nacer en él las irresistibles angustias del cielo (3).

En pocos dias aquel santo sacerdote fué trasformado en ferviente apóstol y su ángel le dijo «vamos».

En derredor del barco que debia conducirlos, vinieron á revolotear millares de espíritus, haciendo que con su aliento se hinchasen las dichosas velas, calmando las olas y cantando.

«Levántate é ilumínate, Jerusalém, porque tu luz llega y la gloria del Señor ha aparecido sobre tí.»

Al mirar estas innumerables coronas, que se llevaban á aquellas almas sujetas á la esclavitud, Satanás se conmovió.

Convocó todos sus poderes, les ordenó detuvieran la empresa y la sepultaran en una catástrofe.

La noche, los vientos, el rayo, todo se unió á su voz, todo se confundió, produciendo la horrible tempestad. El cielo y las aguas luchaban furiosos y en medio de sus rugidos se oían los accesos de una risa infernal.

Más de una vez estuvo el barco á pique de ser sepultado, pero los brazos tutelares se lo impidieron. A despecho de los demonios, los ángeles directores de los elementos, restablecieron en estos la calma y la serenidad y los pasajeros entonaron el himno de salvacion (4).

(1) Actas de los Apóstoles.—Cap. XVI, v. 9.

(2) San Jerónimo.—Comentarios sobre Isaias.—San Nilo.—Carta de Meletius.—Vidas de San Vicenciano, de San Patricio, de San Pablo de Leon.—Boll.

(3) Vida de Santa Teresa escrita por la misma santa.

(4) Actas de los Apóstoles.—Vida de San Filano.—Cap. XXVII.—Boll.



#### IV.

Cuando el mensajero de salud abordó la orilla, los ángeles del pueblo infiel volaron á recibirle.

«Bendito sea, dijeron, el que viene en nombre del Señor.»  
«¡Será nuestro consuelo y nuestra ayuda, nos abrirá los corazones que nos estaban cerrados, nos hará conocer á los que nos ignoraban y hará fecundo nuestro ministerio!» «Cuántas almas arrancadas á Satan y llevadas á los brazos de su Dios por el concurso del ángel y el sacerdote!»

En el momento en que fué por primera vez ofrecido el divino sacrificio, una luz celestial envolvió aquel país. Los poderes tenebrosos se agitaron é hicieron temblar el suelo. Su poder acababa de ser herido de muerte. Jesucristo inauguraba su reino.

Una mano sacerdotal ayudada por mil manos angélicas habia levantado en el corazon de aquel imperio la escala de los elegidos. Vimos desde luego subir por ella las almas de algunos niños, despues las de algunos ancianos, posteriormente las de toda edad y rango.

Cuando el apóstol dirigia su carrera al través de aquellos pueblos idólatras, los ángeles lo conducian hasta aquellos que habian observado la ley natural ó eran los que menos se habian separado de ella, pareciendo dispuestos para el bautismo ó la penitencia. Bajo las inspiraciones de la casualidad, era la providencia quien se constituia en guia (1).

«¿Quién eres tú que luchas solo contra el mundo y triunfas?» exclamó Luzbel.» «Mi nombre es Légion, respondió el apóstol, devolviendo á Satan su palabra misma.» «Tú no me ves más que á mí, débil y frágil instrumento, pero conmigo están los ángeles de mis padres, de mis amigos y los de todas las almas á quienes he venido á salvar.»

El demonio creyó haber hallado el secreto de una brillante victoria. Intentó llevar hasta sus adversarios el golpe decisivo por medio de una persecucion hábilmente preparada. Su furor le engañaba. Iba sin quererlo á hacerse el ejecutor de los votos

---

(1) *Vida de San Colombano* — Boll.



de aquellos y se hallaba en la víspera de su más vergonzosa derrota.

## V.

El ángel de su guarda dijo al apóstol. «¡Qué dicha para tí si »regando con tu sangre la vid que has plantado, pudieras darla »así un nuevo desarrollo! El apóstol se llenó de alegría» (1).

A la hora marcada en los decretos divinos para los preparativos del sacrificio, fué preso y encerrado en un calabozo.

La admiracion de su ángel no tuvo límites. No podia venerar lo bastante la cadena que comprimia aquellos miembros. Llevada por Jesucristo le parecia más brillante que el oro, era à sus ojos un lazo de honor, un espléndido adorno, una incomparable prueba de amor; hubiese querido cambiarla por sus alas (2).

Romper aquellos hierros y abrir aquellas puertas, le hubiese sido fácil como lo era á los ángeles libertadores, pero preferia ver cómo en aquella cautividad corrian horas fecundas en méritos y en gloria. Sondeaba la profundidad de las heridas, mesuraba la intensidad de la sed y del hambre y seguia con ojo atento los progresos del dolor (3).

A fin de sostener el valor de su héroe, multiplicaba sus consuelos. Iluminaba el calabozo con resplandores que hacian transparentes las paredes de él, inundándolo al par de perfumes que no se conocian en las flores de la tierra. Cantaba acompañándose con el son de sus vibrantes alas, produciendo una armonía que evitaba el desfallecimiento á aquella alma sufrida (4).

Cuando el confesor recitaba los salmos de la cautividad y el dolor, los ángeles le respondian con los de la redencion y de la felicidad (5).

La víspera de su inmolacion, el sacerdote tuvo un inmenso pesar. Por una vez más hubiese querido ofrecer la Santa Victima

(1) San Agustin.—*Prefacio del comentario sobre el salmo 40.*—Tertuliano.—*Apologetica* 30.—San Epifanio, lib., 2.—*Contra los hereges.*

(2) San Crisóstomo.—*Comentarios sobre la Epistola á los Efesos.*—*Vidas de San Felix de Nola, de San Julian, de Santa Restituta, de San Mayeul.*—Boll.

(3) *Vidas de San Victor, de San Eleuterio de Tournai, de San Alejandro papa.*—Boll.

(4) *Vida de San Vicente de Zaragoza, de San Romano, de San Lorenzo, de San Vito, de San Teopompe.*—Bollandistas.

(5) *Vida de San Teógeno, de San Anastasio Magundat.*—Boll.



y proveerse del pan de los fuertes, pero estaba tendido en la desnuda tierra y no tenia para hacer el sacrificio ni materia, ni altar.

El ángel acumuló entonces las maravillas puestas en obra para otros amigos de Dios y en medio de un globo de luz, se le apareció trayendo en la mano un pan blanco como la nieve y vino en una copa de oro (1).

«¿Pero y el altar? ¿dónde está el altar?» preguntó el sacerdote: «Ahí está, respondió el ángel, está preparado y brillante con rubíes y diamantes; Jesús mismo lo ha elegido. ¡Qué más rico altar que un pecho adornado de sangre y heridas!»

El ángel depositó entonces el pan y el vino sobre el pecho del confesor. Este pronunció las palabras sagradas y recibiendo de manos del ángel el pan de vida y el cáliz de salvacion añadió (2):

«Ahora debo yo ser molido como el trigo candeal, para convertirme en un pan digno de Jesucristo. ¡Dichosa y mil veces bendita la mano que me separe de este mundo para proveer á Jesús! será culpable al darme tal dicha, pero yo rogaré tan ardentemente al Dios de las misericordias que me concederá el poderla besar un dia en el cielo» (3).

## VI.

En las alturas en que están diseminados los astros aparecieron varias nubes de espíritus puros. Tenian los ojos fijos sobre aquella isla oscura hasta entonces y que acababa de iluminarse. Un calvario estaba preparado. Todo el cielo bajó hasta él (4).

El ángel sostenia al confesor y llevaba su corona. Los mártires triunfantes inclinaban hácia él sus palmas en señal de fraternidad y Jesús en medio de ellos abria los brazos para recibirlo (5).

Cuando la sangre salió, recogieron las gotas una infinidad de manos y formaron un tesoro que seria en su dia la riqueza del pue-

(1) *Vida de San Clemente de Aneyre.*—Boll.

(2) *Vida de San Luciano, sacerdote de Antioquia, de San Zozimo.*—Boll.

(3) *Vida de San Ignacio de Antioquia.*—Boll.

(4) *Vida de San Colombano.*—Boll.

(5) *Vidas de San Julian, de San Andrés Salus, de San Timoteo, de Santa Maura.*—Boll.—*Vidas de San Trifon y de San Respicio; Dom. Ruynard.*





blo parricida. Esta sangre se derramará sobre las almas, cual lluvia de gracias y bendiciones, para convertirlas y salvarlas. Tal será la venganza del mártir (1).

Al exhalar éste el último suspiro, un relámpago salió de las nubes y descendió á los abismos; Satanás estaba destronado. La férrea barra saltó hecha pedazos. El pueblo á quien por tanto tiempo habia aplastado el pié maldito, iba ya á respirar cual maravilloso óleo aquella sangre que habia centuplicado en los corazones los ardores del fuego divino (2).

Los ángeles dejaban oír un canto triunfal: «¿Quién es el que viene cubierto con una túnica de púrpura y adornado de brillantes heridas? ¡Qué hermoso está ese soldado que ha vencido al infierno, que ha dado un reino á su príncipe y que llega ahora cargado de despojos! La iglesia que ha fundado ese apóstol es digna de su madre, lleva el sello del sacrificio y de la inmolacion» (3).

Y otros ángeles que rodeaban al mártir añadían: «Príncipes del Cielo, abrid las puertas de la Ciudad Eterna. El nuevo triunfador hará que sus victorias sirvan para la restauracion de la celestial Jerusalem. Los vacíos que existen en vuestras filas serán cubiertos. A los espíritus malignos sucederán en el amor las almas convertidas por el celo del sacerdote» (4).

Algunas quejas se mezclaron con los himnos y los cánticos, «diciendo ¿y por qué á nosotros tambien no nos habeis dado un cuerpo? ¿Por qué el hombre solamente gozará de la dicha de morir por vos?» (5).

Pero á estas voces respondió otra diciendo: «Por el hombre solo fué por quien Dios murió, el hombre solamente debe morir por su Dios» (6).

A mil leguas de aquel calvario llenaba los corazones un prodigio.

En el hogar paternal habia quedado silencioso y mudo desde su partida el psalterio con que el futuro mártir se acompañaba,

(1) San Agustin.—*Del sermón sobre la montaña*, lib. 1.

(2) San Agustin.—*Comentarios sobre el salmo 4*.

(3) Isaias.—Cap. LXIII.—*San Efren. Elogio de los mártires*.—San Cipriano.—*Exhortacion á los mártires*.

(4) Salmo 23.

(5) Miguel Vivien.—*Tertullianus predicans*.

(6) San Astéro.—*Elogio del mártir San Focas*.—Tertuliano.—*Tratado de la Resurreccion*. 3.



cuando hacia el encanto de su familia, entonando cánticos santos. Este psalterio tocó por sí solo con extremada dulzura oyéndose una voz celestial que decía.

«¡Dichosos los santos que han seguido las huellas del corde-ro! sus almas se regocijan en el átrio sagrado. Y por que han derramado su sangre por Jesucristo reinarán eternamente en su gloria» (1).

## VII.

El sacerdote podía contar en su diadema tantas piedras preciosas como almas habia salvado. Estas almas lo saludaron con alegres aclamaciones diciéndole.

«Gloria al apóstol, al confesor, al pastor, al mártir» (2).

Mientras que en el seno de Dios se le coronaba, su memoria y sus restos recibían en la tierra los honores que solo la Iglesia puede dispensar.

Sobre los piés del divino Maestro, el amor habia roto el vaso de perfumes y estos se habian extendido para continuar exhalando su suavidad al través de las edades (3).

El tirano que habia hecho subir aquel mártir al cielo, le rehusó un lugar en la tierra, ordenando que se trasportara su cuerpo léjos y sobre la mar, para ser sepultado en las olas.

Se le vió entonces en el horizonte cual un sol que sale de entre aquellas lanzando sus primeros rayos.

Los ángeles le volvieron á traer á la orilla, agitando sus alas en derredor de él y cantando la victoria de la que habia sido el instrumento (4).

Aquellos homenajes advirtieron á los hombres, quienes á su vez vinieron á honrar dichos augustos restos, los que exhalaban tal virtud divina, que inspiraban la santidad y obraban milagros.

La tumba que los recibió se hizo pronto gloriosa. Se la vió subir, agrandarse, extenderse y trasformarse en una vasta iglesia que permaneció bajo la advocacion del mártir.

(1) *Vida de San Dunstan.*—Boll.

(2) *Vida de San Guillermo, abad.*—Boll.

(3) *San Pascasio Radbert.*—*Comentarios sobre San Mateo.*

(4) *San Teodoro Studita.*—*Discurso sobre la armonía de las órdenes celestes.*—*Vidas de San Clemente de Aneyre, de San Agatanga, de San Tirso, de San Andeol, de San Julian sacerdote.*—Boll.



Bajo el altar del sacrificio reposan sus santas reliquias. En el trascurso del tiempo, cada día viene el Salvador á inmolarse sobre el del sacerdote inmolado por su Dios.

El mártir vivirá en la memoria de sus neófitos. Estos referirán su historia á sus hijos, haciéndoles llevar su nombre. Les enseñarán á rogar, á bendecir y á celebrar cada año su triunfo. Su recuerdo vivirá lleno de amor hasta la más remota posteridad (1).

## CAPÍTULO LXVII.

### EL ÁNGEL DE LA MADRE.

Debilitada por la edad y viendo próximo su fin, la madre bendecía á Dios por los favores que le habia concedido en sus hijos. Su ángel convocó en derredor de ella los ángeles de la familia y les preguntó cuales habian sido hasta entonces las alegrías de su ministerio. Cada uno respondió haciendo el elogio de su pupilo.

El ángel del elegido más pequeño desplegó el vestido de inocencia, el de la Virgen hizo brillar las rosas del divino amor, el del soldado mostró la bandera noblemente defendida, el del religioso habló del cielo sobre la tierra, el del sacerdote tendió la mano hácia el altar de la Consagracion, hácia la escala de salvacion, hácia el calabozo, hácia el Calvario.

«Gracias, hermanos bien amados, les dijo con dulcísima sonrisa el ángel maternal. Esos son mis tesoros, los que acabais de ostentar.»

¿Cómo componer para una madre su corona de gloria sin mezclar en ella algunos rayos tomados á las de sus hijos? ¿No es ella el tallo sobre el que han florecido aquellas y no han recibido de ella el primer perfume de su santidad? (2).

Así se lo prometió á Dios antes del nacimiento de aquellos, se los consagró al bautizarlos, y no dejó posteriormente de renovar esta ofrenda tan querida para su fé (3).

(1) Eclesiástico.—Cap. XLIV.

(2) Santa Teresa.—*Libro de las Fundaciones*.—Cap. XX.

(3) *Vida de San Gregorio Nacianzeno*.—Boll.



«Yo la he visto gozando con sus alegrías, sufriendo con sus dolores, llorando con sus lágrimas y viviendo en ellas más que en sí misma.

»Así fué como los preparó para que llenasen los sacrificios que vosotros les hicisteis llevar á cabo y de los que ella debe ser partícipe. Ella fué el libre instrumento de que se sirvió la gracia para que se efectuasen las obras que os han maravillado» (1).

«¡Qué dulce es, mis bien amados hermanos, oiros celebrar la gloria de la madre de familia! Pronto, ante Dios, yo apelaré á vuestro testimonio; cuando se me interrogue sobre su vida, yo dejaré que hablen por mí los ángeles de sus hijos. Estos y sus virtudes serán las pedrerías y las joyas con que irá adornada al entrar en los cielos» (2).

Aquel ángel era el que yo más amaba y del que lo fuí yo también. Encontraba en mí el ángel de Jacob y yo veía en él el de Rachel.

## CAPÍTULO LXVIII.

### EL ÁNGEL DEL SIERVO.

Bajo los groseros vestidos de un pobre siervo, su ángel nos hacia ver el brillo sobrenatural que poseía su alma. Era sin duda pura y bella la virtud que la adornaba, pero no la habia adquirido sin trabajo.

Un dia le dijo Satan ¿Por qué son ellos los señores y tú no eres sino el siervo? «¿Y por qué en el cuerpo los ojos no son sino los ojos, y las manos no son sino las manos?» respondió aquel hombre sencillo inspirado por su ángel. En otra ocasion quiso inclinarle á cometer una infidelidad, «nadie le vé, le dijo, estás solo, nadie podrá sospecharlo.» «¿Y desde cuándo está sin vista el ojo que vela desde el fondo de la eternidad?» respondió el siervo inspirado de nuevo por su ángel.

Viendo Satanás que aquella virtud era inquebrantable trató de inspirarle la vanidad y le dijo con su pérfida voz.

(1) San Pedro Damian.—*Sermon 17.*

(2) San Jerónimo.—*Carta á Eustochium.*



«Tú eres humilde, piadoso, dócil y fiel en todo; hay pocos  
»siervos tan perfectos como tú; hace mucho tiempo que llevas  
»una vida santa; yo soy un ángel enviado por Dios para felici-  
»tarte por tus victorias sobre el demonio y hacerte ver la mag-  
»nitud de tus méritos» (1).

Para hacerle conocer aquel lazo, el ángel de su guarda hizo aparecer ante el alma del siervo un espejo en el cual se veían las infidelidades que durante su vida había cometido y las imperfecciones que aun le quedaban; el siervo entonces tuvo horror de sí mismo y se apresuró á decir á aquel pícaro desenmascarado ya.

«Bello ángel, os han engañado: esas señas que os han dado  
»no son las mías; yo no soy sino un miserable pecador» (2).

Satán huyó y el buen siervo recibió de su ángel el testimonio de su más dulce afecto.

Poco cuidadoso de los conocimientos profanos de los que su humilde condicion lo alejaba, había hecho sin embargo en la ciencia de la salvacion progresos admirables. Con su ángel por maestro y su crucifijo por libro de estudio, había adquirido la práctica de las más sólidas virtudes.

De esta escuela y de este libro fué donde sacó sus últimos consuelos. Cuando llegó la muerte lo encontró escuchando á su ángel y con la cabeza inclinada sobre la imágen de Jesús en la cruz.

Jamás ningun rico indiferente tuvo en sus exequias tan valioso cortejo; el ataud iba rodeado de ángeles que repetían estas divinas palabras:

«¡Alégrate buen siervo! Porque has sido fiel en tan poco, te  
»confiaré bienes más considerables. Entra pues á participar de  
»la alegría de tu Señor» (3).

## CAPÍTULO LXIX.

### LOS ÁNGELES SUPERIORES.

Nuestro ministerio de ángeles de la guarda no habían suspen-

(1) *Paralipómenos de San Pacornio y de San Teodoro.*—San Juan Climaco.—*Escala del cielo.*

(2) *El libro de la doctrina de los Santos Padres.*

(3) San Mateo.—Cap. v. II.—San Crisólogo.—Sermon 415.—*Villa de San Reynier.*—Boll.



dido en modo alguno nuestras relaciones con nuestros hermanos en el cielo, por el contrario las habia hecho más frecuentes. Debiamos siempre recurrir á su mediacion no solo para nosotros mismos, sino tambien para las almas á quienes guiamos.

En la vasta jerarquía en que Dios formó los espíritus, las ilustraciones se transmiten desde los más elevados á los más inferiores. El Redentor es el origen. Corre aquella desde su corazón al de María, desciende por los Serafines, los Querubines, los Tronos, las Dominaciones, las Virtudes, las Potestades, los Principados, los Arcángeles y los Angeles llegando así hasta el hombre (1).

Todo está ligado en esta sublime intendencia, y de esta suerte formamos nosotros la providencia viviente de Dios.

Los hombres consideran con admiracion el manantial de donde emana la gracia y ven salir de él la belleza, la vida, la salud, pero ¿piensan en el brillante canal por el que llegan hasta ellos estas aguas tan fecundas?

¡Qué admiracion para el padre de familia el dia en que llega á conocer esta inmensa cadena cuyo primer anillo está en el corazón de Dios y el último en la mano que le tiende su buen ángel! (2).

Si no existieran estas relaciones entre la tierra y el cielo ¿qué sería de los hombres?

El demonio no tendría necesidad de violentos asaltos para adquirir las almas á quienes asedia; la esterilidad y el hambre las haria pronto su presa.

Alejar á los ángeles del mundo inferior, sería despojarle de su gloria y su ornamento.

En vez de resplandecer de luz y de vida solo existirían en él las tinieblas y la muerte. Los hombres dejarían de tener las magnificas elevaciones que los espíritus puros presiden y no pensarían sino en abismarse en los ántros de la materia (3).

Sin los ángeles no tendría el mundo exterior ni poesía, ni grandeza y en ninguna parte de él se podría saludar la esperanza. Esto lo sabe bien el que por todas partes siembra el des-

(1) Nicéas Choniate.—*Tesoro de la verdadera fe*, lib. II.—Cap. 60.

(2) San Hilario.—*Comentarios sobre el salmo 118*.

(3) San Clemente de Alejandria.—*Stromates*, 4.—San Ambrosio.—*Comentarios sobre S. Lucas*.



structor racionalismo en que están envueltas gran número de almas. Él no destruye las realidades espirituales y sobrenaturales, pero vela la vista de ellas é impide á los corazones elevarse.

## CAPÍTULO LXX.

### LA FAZ DIVINA.

Nuestras funciones tampoco nos alejaban de la faz divina; la teníamos siempre presente y por los destellos de su luz, veíamos todo lo que existe (1).

Todas nuestras acciones se llevaban á cabo bajo la inspiración de Dios. Atravesando los inmensos espacios del infinito, subíamos, bajábamos y dirigíamos con toda libertad nuestro vuelo.

La patria nos comunicaba sus encantos aun en el mismo lugar de destierro en que seguíamos á nuestros amigos.

No habia distancia que fuese impracticable para nuestra vista, ningun obstáculo la detenía, ninguna sombra la turbaba, ninguna multiplicidad la dividía, ningun detalle dejaba de percibir.

No existía sobre la tierra gusanillo alguno, grano de arena, ni gota de rocío, cuyo fin no nos fuera tan conocido como el de los mundos.

Ni el cielo igualmente presentaba palma alguna, corona ó joya de cuya historia no hubiésemos sido testigos y de la que siempre teníamos un recuerdo halagüeño.

Los cuidados con que envolvíamos á un alma, no nos impedían oír los celestiales conciertos de los ángeles, ni dejar de tomar parte en ellos, como tampoco nos imposibilitaba de asistir al triunfo de los justos y aplaudir en ellos. Del mismo modo veíamos subir las oraciones de los hombres y admirábamos la distribución de las gracias.

El cielo, la tierra y el infierno estaban perfectamente perceptibles ante nosotros; conocíamos detalladamente el secreto de la lucha, el castigo y la recompensa. La claridad que en la creación derrama la faz divina no se velaba para nuestros ojos.

(1) San Mateo.—Cap. XVIII, v. 10.—San Gregorio el Grande.—*Morales*, 2.—Santo Tomás.—*Sobre los ángeles*, prop. 112. art. 3.



Los hombres en su presente condicion no pueden concebir la existencia de un privilegio semejante. Solamente la gloria puede otorgar al espíritu la fuerza y lucidez bastantes para adquirir la percepcion clara y simultánea de las cosas.

## CAPÍTULO LXXI.

### LA VEJEZ.

Mientras que cada miembro de aquella familia seguia el camino para que fué llamado por Dios, se hacia el vacío en derredor del jefe de aquella. Los contemporáneos de su infancia habian desaparecido, él solo estaba allí cual restos de una época ya pasada.

Un amigo sin embargo estaba á su lado, un amigo ya antiguo aunque lleno de juventud y era el que Dios le habia dado al entrar en la vida, el que veló en su cuna y tuvo siempre presente en cada uno de los instantes de su carrera en el mundo.

Mi amistad afecta á su alma no se habia amortiguado por los estragos acaecidos al cuerpo.

Los años y las enfermedades no habian hecho en ella mella alguna. El alma del anciano se conservaba tan sana y vigorosa como el primer dia. Yo veia en ella un mirar puro, un oido tan delicado, una frente tan serena, un corazon tan tierno como antes.

Los cuidados que yo le habia prodigado, hicieron acrecer mi interés; me era tanto más querida cuanto me habia costado el conservarla, pues yo no queria haberla prodigado en vano mis larguezas. ¿La abeja no ama más su tesoro cuando ha conseguido formarlo despues de haber volado mucho tiempo entre las flores? (1).

Yo fortificaba al amigo de Dios contra el desaliento y la melancolía; cuando la tierra se hacia sombría para él y no le ofrecia sino objetos perecederos, yo le hacia ver entonces los esplendores del cielo atrayéndole hácia lo que nunca tiene fin.

Mi presencia disipaba las sombras que pudieran envolverle,

---

(1) Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los angeles.*



consolándole en su desamparo; aquella ocupaba el lugar de sus parientes y amigos y yo era para él todo un mundo.

No me era dado pensar en su próxima entrada en la gloria, sin experimentar una vivísima alegría. No se me hacia tarde sin embargo el ver la llegada de su última hora. ¡La vida es un gran bien para los que la pasan en amistad con Dios! Por medio de una larga vida puede un alma virtuosa aumentar indefinidamente sus méritos y conseguir sobrepujar á los ángeles. Estos, para merecer, solo tuvieron un instante (1).

## CAPÍTULO LXXII.

### LA ENFERMEDAD.

Dios quiso purificarle aun más por el último sacrificio, á fin de otorgarle una recompensa mayor aún. La enfermedad vino á visitarle.

No me separé de la cabecera de su lecho. Mi puesto era cerca de la hoguera donde iban á consumirse el resto de sus imperfecciones.

Mientras que yo le compelia á unir sus padecimientos con los del Salvador, él vió con los ojos del alma cómo bajaban del cielo varios ángeles y se colocaban rodeando su lecho. Uno tenia en las manos la cruz, otro la lanza, otro los clavos, otro las espigas, otro la caña, otro la columna, otro las cuerdas (2).

Al ver estos santos instrumentos que llevaban los ángeles con tanto respeto, experimentó una emocion tan viva por los divinos dolores, que desee sufrir él tambien su pasion.

Sin aminorar el valor del holocausto, yo atemperé sin embargo la amargura del cáliz.

«Valor, le dije, gracias á las flaquezas y á la enfermedad, tu cuerpo vá á convertirse de nuevo en polvo, el muro que te separa de la patria se conmueve y cae. ¿Te quejarás acaso si te causa una molestia momentánea el paso por la brecha? Dichoso navegante, ¿escogerás para entregarte á la tristeza la hora

(1) Santo Tomás de Villanueva. — *Sobre los ángeles*, 62, art. 3.

(2) *Vida de Santa Lidivina*. — Boll.



»en que vás á llegar al puerto? ¿No es acaso el momento de en-  
»jugar tus lágrimas y entonar el cántico de alegría?»

Estos pensamientos caian tan dulcemente en su corazon que parecian nacer en él y que los tomaba como suyos propios.

De este modo yo me convertia en instrumento de la divina misericordia á fin de hacer menos duro el lecho en que reposaba. Mi compasion y mi solicitud acrecian y se multiplicaban con sus dolores (1).

## CAPÍTULO LXXIII.

### EL ANUNCIO DE LA PARTIDA.

Una noche y mientras yo me dedicaba á consolar aquellos, observé en la casa de Dios que varios ángeles extendian en el suelo del santuario violetas, lirios y rosas.

«¿Qué haceis, bienaventurados hermanos? les pregunté ¿y qué  
»significa ese espectáculo?

—»Pronto, me respondieron, celebraremos aquí una fiesta y  
»hacemos los preparativos para ella» (2).

Entonces comprendí para quién estaba reservada aquella fiesta y la parte que yo habia de tomar en ella; debia celebrarse entre las lágrimas de la tierra y las alegrías del cielo.

Habia llegado el momento de otorgar al anciano un favor que Dios reserva solo para sus íntimos amigos.

Hasta entonces habia sido un beneficio la incertidumbre que tenia de no saber el dia en que finaria su carrera; esto lo habia inclinado más á la vigilancia y el fervor, haciéndole santificar todos los dias de su vida, por si cada uno de ellos pudiera ser el último.

Saber en la víspera el dia fijo de su partida, era ciertamente una gracia que se le concedia; fijando así su mirada sobre un punto fijo y cercano ¿qué no obtendria pues? ¿cómo se desprenderia de todo lo terrenal? ¿Qué pesar no tendria por sus faltas! ¡y qué ímpetus de amor!

(1) Salmo 40, v. 4. - San Pantaleon.—*Plática sobre San Miguel.*

(2) *Vida del Bienaventurado Roberto Cistercién.*



«Le revelé al fin el dia y la hora en que se romperian los la-  
»zos de su cautividad.»

«¡Cuánto me complacen, dijo, las palabras que escucho! ire-  
»mos pues á la casa del Señor» (1).

## CAPÍTULO LXXIV.

### LA SÚPLICA.

Tan luego como ya no pudo hablar con su Dios, yo debí ha-  
cerlo en su lugar y en su nombre. Cuando estaba aun en la lo-  
zania de su edad y lleno de vigor habia hecho á mi corazon la  
siguiente súplica.

«Querido ángel de mi guarda, yo no sé en qué tiempo, ni de  
»qué manera moriré, es posible que sea de repente ó que antes  
»de exhalar el último suspiro me vea privado de inteligencia.  
»¡Cuántas cosas desearia yo sin embargo decir á Dios en las puer-  
»tas de la muerte!»

«Ageno hoy á toda preocupacion yo te suplico, mi buen án-  
»gel, te encargues de hablar por mí en aquel terrible instante.  
»Dirás pues al Señor.

»Que quiero morir en el seno de la Iglesia Católica, Apostóli-  
»ca, Romana, donde desde Jesucristo á hoy han muerto todos  
»los Santos y fuera de la cual no hay salvacion posible.

»Que impetro la gracia de participar de los méritos infinitos  
»de mi Redentor y que deseo espirar besando con mis labios la  
»Cruz que su divina sangre regó.

»Que detesto mis pecados porque le desagradan y que por su  
»amor perdono á todos mis enemigos del mismo modo que de-  
»seo ser yo perdonado.

»Que muero voluntariamente porque *El* así lo ordena y que  
»me abandono con entera confianza en su adorable corazon, es-  
»perándolo todo de su infinita misericordia.

»Que en mi invariable deseo de conseguir entrar en el cielo,  
»estoy dispuesto, con ayuda de la gracia, á sufrir cuanto le plazca  
»á su soberana justicia.

(1) Salmo 121.—*Vidas de San Menelao, de San Estéban de Sabaite, de San Pablo de Leon, de San Cedo.*—  
Bolandistas.



«En fin que le amo ante todo, sobre todas las cosas y por sí propio y que desco y espero amarle con sus elegidos, sus ángeles y la Bienaventurada María por toda la Eternidad.»

«No rehuses pues, mi buen ángel, de ser así mi intérprete con el Señor, asegurándole cuales son mis sentimientos y mis aspiraciones» (1).

Mi corazón y mi voz se aunaron para repetir á Dios en el momento designado esta bella protesta. Dios la acogió, cual si en aquel momento hubiese salido del alma del moribundo.

## CAPÍTULO LXXV.

### EL ÚLTIMO ASALTO.

Viendo Satán llegado el momento de terminar su lucha conmigo, desarrolló un encarnizamiento desesperado (2).

¿Qué le importaba hasta entonces el haber sido vencido siempre y cubierto de vergüenza? Si podía triunfar en el último combate ¿no se consolara de sus derrotas anteriores?

No habiendo podido hacer naufragar el barco cuando atravesaba los pasos difíciles y bogaba entre los arrecifes de la costa y la furia de alta mar, venia á esperarlo á su entrada en el puerto (3).

Habia pues acumulado todos los medios de que disponia, á fin de dar el más terrible de sus asaltos.

Para secundarle acudieron á su mandato mil legiones de tenebrosos espíritus. Dió en estos la preferencia á los que en mayor escala habian atormentado al buen cristiano durante su vida, así sabrian mejor lo que debian hacer (4).

«Tened presente, les dijo, las faltas en que le hicisteis caer. »Exageradlas á sus ojos tanto como entonces las aminorásteis. »Trasformad en crimen lo que entonces le sugerísteis como asunto baladí. Atormentadle y abrumadle con el peso de estos tristes recuerdos. Oprimido como está por su enfermedad no os

(1) San Carlos Borromeo.—*Súplica al ángel de la guarda.*

(2) Juan Lopez.—*Compendio de la doctrina de los Santos Padres.*

(3) San Crisóstomo.—*Comentarios sobre el texto: Vni Dominum.*

(4) Juan Lopez.—*Compendio de la Doctrina de los Santos Padres.*



»opondrá grande resistencia. Nuestras armas son el desaliento y  
»la desesperacion, en ellas habeis de fundar la victoria. Id y  
»excedeos. El que consiga su perdicion, tendrá la satisfaccion de  
»torturarle en el Infierno.»

Y cual bandada de ignobles buitres que pasan como relámpagos por cima de claros arroyos de risueñas campiñas y doradas miéses, para caer sobre inmunda presa sumergida en infecto pantano, asi los demonios, recorriendo toda la extension de aquella bella vida, haciendo desconocer el bien creado por la energía de la virtud, vinieron á dar doble valor al mal que la flaqueza engendrara (1).

Algunos pensamientos de desaliento hicieron mella en el moribundo. El que habia llevado una vida santa despues de haber llorado en el acto algunas faltas, oyó dia y noche voces amenazadoras que decian: «Desgraciado de tí, serás reprobado; ni un solo pecado te fué perdonado.»

## CAPÍTULO LXXVI.

### LA CONFIANZA.

Pero en medio de aquellas tinieblas yo tranquilicé al justo diciéndole:

«Deja rugir á los demonios y continúa teniendo confianza.  
»¿Para quiénes fueron los dolores y la muerte del Redentor sino  
»para los que con fé pidan socorro y se apliquen los efectos de  
»aquellos? ¿Piensas acaso que una mano y un corazon atravesados por tu amor podrán rechazarte si á ellos acudes? (2).

»El recuerdo de tus faltas debe humillarte, pero no abatirte.  
»Depositálas en el seno de la misericordia y cuenta con la indulgencia de un Dios que tanto estima á los corazones arrepentidos. Si temes no haber sido demasiado severo en tus acusaciones, registra de nuevo los más secretos pliegues de tu conciencia y la última absolucion lavará de una vez las últimas manchas.

»¿Deploras no haber expiado lo bastante las faltas perdonadas? La penitencia viene á tí por sí misma, mírala en el do-

(1) San Basilio de Cesárea.—*Homilía sobre la envidia.*

(2) Juan Lopez.—*Compendio de la doctrina de los Santos Padres.*



»lor que experimentas; ha sido elegida por tu Salvador, debe  
»por lo tanto ser tambien de tu eleccion; sufre y espera; espera  
»porque sufres.»

Y dirigió entonces su mirada á las llagas de Jesús y oyó la voz que dijo al amigo de toda la vida más que de un solo momento: «Hoy serás conmigo en el Paraíso» (1).

De este modo lo adherí á esa cadena que desde el cielo llega hasta los elegidos de la tierra y que se llama la esperanza. Abrazándola con toda fe, se atrevió á decir al tentador (2).

«En vano, bestia cruel, vienes á engañar mi alma; por ningun título te pertenece.

»No hallarás nada en mí que sea presa de tu malicia. Yo soy de mi Dios, de su misericordia y de su amor, soy de Él y seré por toda la eternidad» (3).

## CAPÍTULO LXXVII.

### LA EXTREMAUNCION.

Aquel cristiano moribundo era un atleta que sostenia su último combate. Para colocarlo á la altura de su mision la Iglesia le confirió la Extremauncion.

El sacerdote dijo al entrar: «La paz sea en esta casa y en los que la habitan; que los malos espíritus se alejen y que acudan los buenos ángeles; que el ángel custodio de esta casa destierre de ella el temor y la confusion» (4).

Por la imposicion de las manos que se hace en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, el ministro de los divinos consuelos rechaza la influencia de Satán. Invoca en seguida los ángeles, arcángeles, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, para que otorguen su proteccion al moribundo.

Como ángel custodio de aquella morada al mismo tiempo que del Jefe de ella, yo convoqué los ángeles de la familia. Todos

(1) San Lucas.—Cap. XXIII, v. 43.

(2) San Crisóstomo. — *A Teodoro.*

(3) *Vida de San Martin de Tours.*—Sulpicio Severo.

(4) Ceremonias de la Extremauncion.





volvieron con alegría á reunirse bajo aquél techo que fué asilo de tan bella virtud, trayendo en nombre de los hijos, preciosos socorros para el moribundo.

Sobre cada órgano y cada sentido se trazó el signo de la cruz. La virtud de este signo aniquila los últimos vestigios de los pecados cometidos con la vista, el oído, el olfato, el gusto, la palabra y el tacto.

En esta operacion admiramos de nuevo las dulzuras de la divina misericordia. Esta no dejaba de sorprendernos por la variedad y eficacia de los medios que empleaba. Era inagotable en sus recursos y los adaptaba á cada una de las necesidades del alma. Al repartir sus tesoros, tenia á la vista la coleccion completa de las flaquezas humanas.

La cruz era para los demonios ora una muralla que cubria al justo y le permitia desafiarlos, ora una espada cual la que al través de las edades les hizo tan sangrientas heridas, ora el invulnerable martillo que aplastó sus cabezas de serpiente, ora el lazo en que se vieron cogidos creyendo coger al Hombre Dios.

Continuaban rugiendo, pero sus rugidos no revelaban sino la impotencia. Tan audaces se habian mostrado antes como temerosos ahora. Principiaron á temblar desde el momento en que aquel alma se fortaleció y los amenazó. Atrevidos ante los débiles, serán siempre cobardes ante los fuertes (1).

## CAPÍTULO LXXVIII.

### EL VIÁTICO.

---

No satisfecho aun el Redentor con haber puesto al moribundo fuera del alcance de Satán, quiso ser por sí mismo su fuerza y defensa.

Aquel á quien habiamos visto constituirse en Dios del inocente, del pecador, del penitente y del justo, llevó hasta lo sumo sus bondades, siéndolo del cristiano moribundo.

Seguido por varios ángeles que llevaban antorchas encendidas, dejó su Tabernáculo, salió de su templo, atravesó las calles

(1) Salmo 88.



y recorriendo los senderos, llegó hasta aquella humilde morada, con objeto de visitar á aquel amigo de quien recibió el primero visitas tan cordiales.

La mirada que le dirigió nos pareció dulce como el amor, tierna como la compasion, indulgente cual la misericordia. Ante aquellos príncipes del Cielo que formaban su eucarístico séquito, se dignó manifestar su afecto hácia aquel hombre que habia estado oculto en la sombra de una sencilla vida.

No solamente le ofreció la asistencia de sus ministros ó el sosten de su brazo, sino que á más le dijo.

«Abreme tu corazon; en el seno de tu cuerpo y de tu alma es »donde quiero alojarme, tú no irás sin mí, pero yendo conmigo »irás sin temor; el que se alzare contra tí conocerá bien pronto »que se trata de Dios.»

El divino Viático proveyó al viajero de luz, de paciencia, de valor, de todo lo que podia desear y de todo lo que podian sus enemigos temer.

Los demonios no pensaron ya en abordarle de nuevo. Veian oculto en aquel pecho su dominador y su juez; se veian desarmados y se confesaban vencidos (1).

Yo gozaba al ver los espantos de estos y la confianza del anciano.

«¿Qué temes ya? le dije, tú llevas en tu seno al Señor de la »vida y de la muerte, al Rey del tiempo y de la Eternidad.»

## CAPÍTULO LXXIX.

### LA PARTIDA.

Aquel alma debia al fin partir:

Vosotros los que la amais quedaos ahí! «no podreis seguirla »con la mirada, ni conocer la direccion que tomará. Tampoco »ella podrá por su parte enviaros señal alguna que exprese su »alegría ó su angustia ¡oh soledad! ¡oh espantoso aislamiento!

Pero no, la soledad y el aislamiento no son sino imaginarios. Ese alma no está condenada á franquear sola y sin guía aquella

(1) San Crisóstomo.—Comentarios sobre el salmo 41 y Homilía 61.—Vida de San Macario.—Boll.



temible entrada. La espera un compañero, el de toda su vida, el que le habia ayudado á salir de pasos tan difíciles (1).

«Alma á quien amo como á una hermana, dame tu mano. No te abandonará hoy ciertamente el ángel que siempre te estuvo consagrado. Yo conozco ese camino que vás á emprender, yo lo he recorrido á menudo cuando llevaba hasta Dios tus plegarias ó cuando te traía las gracias de Dios» (2).

Y aun continué hablándole. «Silencio! gritó de pronto el moribundo, ¿no oís esa armonía y esos cánticos?»

Los asistentes guardaron silencio y escucharon, viendo entonces las desfallecidas manos del moribundo tratar de elevarse hácia el cielo y oyéndole murmurar.

«Yo te saludo, ángel de mi guarda y te doy los buenos dias de la eternidad; yo os saludo, María, madre mia y Jesús mi Redentor y bienaventurados elegidos que formais la corona de mi Dios; yo os saludo y os doy los buenos dias de la eternidad!» (3).

Y allí cesaron sus palabras pero su mirada se hizo fija y pareció seguir una aparicion (4).

Los asistentes se aproximaron con religioso respeto y admiraron entonces la calma que tenia su semblante, la sonrisa de sus labios, la belleza sobrenatural de sus facciones; temieron turbar su éxtasis, nadie se atrevió á respirar y esperaron. Y él esperó tambien, pero ya en la otra orilla. Su alma deslizándose dulcemente al través del polvo que la revestia, emprendió su vuelo en direccion á los espíritus puros.

## CAPÍTULO LXXX.

### LA LLEGADA.

Y á penas exhaló el último aliento y desgarró su velo ¿dónde se vió el alma del anciano? en los brazos de su ángel custodio;

(1) San Bernardo.—*Comentarios sobre el salmo 30.*

(2) Tobias.—Cap. V, v. 7 y 8.—Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los ángeles.*—San Bernardo.—*Comentarios sobre el Cántico de los Cánticos.*

(3) *Vidas de San Sérvulo, de Santa Verónica.*—Boll.—*Vida de Santa Redempta.*—San Gregorio el Grande, *Diálogos Muerte de Luis XVII de Beauchêne.*

(4) *Vida de San Silvino.*—Boll.



por primera vez me aparecí á él tal cual soy y le dí el ósculo fraternal.

¡Qué dulzura saboreó en mi presencia! Mi santidad, mi grandeza, mi crédito con Dios eran para él motivos de consuelo. Ya no se consideraba sino indisolublemente unido á mí.

Desde que dimos los primeros pasos en la Eternidad, nos vimos rodeados de gozosos coros que nos dieron la bienvenida, felicitándonos por nuestras victorias. Estrechaban en derredor nuestro sus brillantes círculos, preludiaban en sus arpas y proyectaban una luz que nos envolvía en una aureola comun (1).

Los apóstoles llevaban en su frente aquella real majestad que herirá los ojos en el último día, cuando cual augusto Senado se sentarán al lado de Jesucristo, para juzgar al Universo (2).

Los mártires avanzaban como un ejército de vencedores y se distinguían por sus vestidos más blancos que la nieve y por sus cicatrices más resplandecientes que el sol.

Los confesores reproducían por los diferentes matices de su belleza, la infinita variedad de sus virtudes y se ordenaban en aquella pureza perfecta, representada por los lirios con que iban coronados.

Las vírgenes aplaudían con sus manos y lanzando exclamaciones de alegría, recitaban el cántico del Cordero al contemplar aquel alma salvada por su divina Sangre.

A la cabeza de las legiones celestiales, estaba el arcángel Miguel como Jefe de los ejércitos de Dios y primer introductor de las almas de los justos en la eternidad; llevaba en una mano su flamígera espada y en la otra el Estandarte de las divinas Victorias.

Recibidos por aquel bello cortejo á la entrada del mundo invisible, no tuvimos que atravesar ninguna region tenebrosa, ni lazo, ni enemigo alguno hallamos en la ruta.

Satán y sus satélites despues de haber observado de léjos las peripecias de la agonía, huyeron exclamando: «Otro alma más que gozará de la gloria inaccesible á los demonios» (3).

---

(1) *Oraciones para la recomendacion del alma.*—*Vidas de San Evinita niño, de San German de Capua, de San Aidan, de San Pourcen, de San Estéban de Grammont, de San Luis de Tolosa.*—Boll.

(2) *Oraciones para la recomendacion del alma.*

(3) *Oraciones para la recomendacion del alma.*



## CAPÍTULO LXXXI.

### EL JUICIO.

Yo presenté aquel alma á mi juez, este le tendió la mano: «Alma bien amada, no temas; reconoce al Señor á quien has servido tan fidelísimamente y del que te has hecho acreedora. Tú me has preferido á todo en la vida, podré pues desconocerle en la eternidad?» ¡Amor por mi buen Salvador! «exclamó entonces aquel alma echándose á los piés de Jesús» (1).

Dócil á mis lecciones habia hecho de su juez su mejor amigo, no tenia pues que temer de él ningun rigor. Al Redentor no supera nadie en generosidad.

El demonio se presentó sin embargo, no para perder un alma ya en posesion de su salvacion, sino para hacer más brillante aun su justificacion; era preciso que el impostor fuese confundido otra vez más. Abrió pues el libro de la muerte. ¡Qué placer tuvo en ser acusador de faltas cometidas por su maléfica suggestion! No se hizo cargo que borradas ya aquellas, no podian ser motivo de condenacion (2).

Yo abrí despues el libro de la vida: el nombre de aquel alma brillaba con caracteres inmortales. Sus virtudes y sus obras habian sido en aquel libro consignadas cuidadosamente. Sus faltas no aparecian en él sino rescatadas por la divina sangre. No se conservaba el recuerdo de ellas, sino para hacer resaltar más la misericordia de que fueron objeto. El divino juez no las recordó, sino para confirmar el perdon que sobre ellas otorgó (3).

La balanza estaba preparada. En el platillo del bien yo coloqué todos los tesoros de virtud que habia acopiado. Satán colocó inútilmente en el opuesto las malas obras: El bien arrastró al segundo, el mal perdonado no tuvo nunca peso (4).

Dichoso yo al ver coronado mi celo, no me limité solo á re-

(1) San Agustin.—*Conferencia con Maximino*.—Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los angeles*.—Godefroid, Abad.—*Homillas*.

(2) San Hilario.—*Comentarios sobre el salmo 118*.—Raul Ardent.—*Sobre los angeles*.—*Vidas de San Antonino, de San Vivencio, de Santa Veronica, de San Felix capuchino, de Santa Maria de Antioquia*.—Boll.

(3) *Vida de San Juan de Pulsano*.—Boll.

(4) *Vida de Santa Isabel de Sconange*.—Boll.



chazar injustas acusaciones, sino que exallé las virtudes de mi cliente, haciendo ver lo grande y bello de la recompensa que merecia; consagrado como me hallaba enteramente á sus intereses que como míos consideraba y conociendo por otra parte la indulgencia y la bondad del divino Juez, hice brillar en mi discurso toda la elocuencia de mi corazon (1).

Yo no tenia necesidad de esclarecer nada al que es la luz por esencia, ni inspirar sentimientos favorables al que es origen de todo amor, pero *El* mismo habia querido reservarme el honor y la alegría de obtener un aumento de gloria para un alma que me era tan querida.

La sentencia fué pronunciada al fin, sentencia de bendicion que al dar al cielo un elegido llevó á mi interior un aumento de dicha.

## CAPÍTULO LXXXII.

### EL PURGATORIO.

Pero una ligera mancha habia sido descubierta por el ojo de Dios. ¡Es necesario estar tan puro para presentarse ante la divina pureza! El alma, pues, de aquel justo no podia llegar hasta su trono sin haber antes pasado por el lugar de expiacion; yo la llevé hasta él y al llegar leyó la consoladora inscripcion que domina la entrada y que dice (2):

#### «MANSION DE LA ESPERANZA.»

Segura ya de la gloria eterna y devorada por la caridad, el alma aceptó sin temor las penas que le habian sido impuestas y llena de amor y por sí misma entró en el crisol. Tampoco hubiese querido, aunque le hubiera sido posible, ir á gozar de la plena Vision divina, sin haber satisfecho antes á la Soberana justicia (3).

(1) Juan Lopez.—*Compendio de la doctrina de los Santos Padres.*—Boudon.—*Devocion á los nueve coros de los Angeles.*

(2) *Vida de Santa Francisca Romana.*—Boll.

(3) Luis de Blois.—*Retiro del alma fel.*—*Vida de Santa Gertrudis*—Boll.



Las llamas del Purgatorio no son oscuras como las del Infierno sino claras y brillantes; su brillo no es de tal forma sino para las almas que las habitan; causan sin embargo agudos dolores y yo debia mitigar en lo posible la potencia de estos (1).

El maligno espíritu que como acusador habia asistido al juicio, nos siguió hasta la entrada de aquel lugar; allí se detuvo y empezó á burlarse de la expiacion porque iba á pasar aquel alma (2).

Yo combatí los efectos de aquella horrible vision, haciéndome presente y multiplicando los testimonios de mi amistad (3).

Por medio de secretas inspiraciones impulsé á los vivos para compadecerse del alma cautiva. Los ángeles de la familia me secundaron, obteniendo los socorros de limosnas y oraciones. Los del cielo respondieron á mis súplicas, invitando á las almas consoladas en otro tiempo, para pagar su deuda de reconocimiento.

Tantos sufragios me abrieron los manantiales de la sangre divina que hice derramar para que sirviera de fresquísimo rocío (4).

Aquel alma debia sufrir algun tiempo aun, pero sus llamas se apagaron de repente.

En la copa en que yo vertia aquel consuelo habian caido hasta llenarla algunas gotas de una sangre expiatoria. ¿De donde procedia aquella sangre? Habia sido recogida muy léjos, en la cumbre de un calvario y bajo la cuchilla de un instrumento de muerte; era la sangre de un mártir.

¡Vuelve pues á tu origen sangre generosa! y que el padre tan digno de este nombre sea rescatado por la superabundancia de méritos de su glorioso hijo.

## CAPÍTULO LXXXIII.

### EL TRIUNFO.

Al salir de las llamas yo recibí aquel alma ya purificada y le mostré el cielo.

(1) *Vida de Santa Francisca Romana.*—Boll.

(2) *Vida de Santa Margarita de Cortona.*—Boll.

(3) J. Marchant.—*Jardin de los Pastores.*—Boudon.—*Devocion d los nueve coros de ángeles.*

(4) *Vida de Santa Catalina de Bolonia.*—Boll.



Los bienaventurados vinieron á nuestro encuentro (1).

Un solo ángel bastaría para llevar en su mano todos los mundos reunidos; para llevar un alma el Señor envió sin embargo millares de ellos, queria honrarla y exaltarla en su asuncion.

Cada uno de ellos estaba deseoso de tocar el noble peso (2).

Muchas almas que debian su salvacion á las oraciones y á los ejemplos del nuevo triunfador, le daban las gracias y echaban á sus piés sus coronas.

Una de ellas manifestó en magníficos trasportes, los testimonios de su gratitud y era que le habia debido el beneficio de haber hecho buena la primera comunión; al entrar en el cielo supo que sin aquel beneficio hubiera vivido en el pecado y no se hubiese salvado.

Pero ¿de quién son esos brazos que estrechan al anciano, esos acentos que le llaman, esos corazones que se confunden con el suyo?

Los reconoce sin trabajo alguno.

«Salud, niño mio! dice, salud mártir mio!

»Gloria á vos padre querido! padre del mártir y del niño.»

¡Qué dicha para los miembros de una familia al hallarse en el seno de Dios!

¡Y qué consuelo para mí al conducir hasta el reposo eterno y entre los que amaba á un alma á quien por tanto tiempo yo habia guiado entre los peligros y tribulaciones de la vida! Despues de haber gozado con sus lágrimas ¡cuán dulce me era el participar de sus alegrías! (3).

## CAPÍTULO LXXXIV.

### EL ÁNGEL APÓSTATA.

El trono que aquel alma debia ocupar fué destinado primitivamente á un ángel. Habiéndose hecho indigno de él en el dia de la prueba, nosotros dedicamos á aquel alma que recogia su herencia todo el amor que hubiésemos tenido por él. Este hu-

(1) Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los ángeles.*

(2) San Crisóstomo.—*Homillas sobre el Rico.*

(3) Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los ángeles.*



biera entonado el cántico de libertad, ella cantará el del rescate; el concierto no será menos completo al ser más variado (1).

Pero el espíritu excluido de aquel trono era el que habia perseguido con tanto encarnizamiento á aquel alma, adhiriéndose á todos sus pasos en la vida, cual la sombra al cuerpo y haciendo esfuerzos inauditos para perderla.

Mas se le escapó al fin y la vió sustraída para siempre á sus tentaciones; iba á reinar en la gloria, mientras él era rechazado hasta el abismo y entre el abismo y la gloria existe el caos insondable.

La envidia se retorció violentamente en sus heridas y el apóstata experimentó dolores que nunca hubiese podido sospechar (2).

Los últimos acentos emanados del cielo y que oyeron sus oídos fueron los siguientes, dirigidos por mí.

«Sí, miserable! hemos triunfado de tu malicia y la victoria no tiene represalias.

»El Señor se ha inclinado y tomando el oscuro átomo de polvo lo ha colocado en el puesto del astro, el oscuro átomo de polvo ha brillado, ha llevado la luz, ha sido *Lucifer*.»

«En cuanto á tí, astro destronado, ya no anunciarás más el día. Las tinieblas serán tu vestido y tu morada. No llevarás en tí sino la noche y tu nombre será *Noctifer* (5).

»Saluda pues la corona que lleva en la frente este alma debida á la humilde sabiduría, y vé á recibir en el fondo de los infiernos la confusion debida á tu orgullosa locura.»

## CAPÍTULO LXXXV.

### LA PRIMERA MIRADA.

Unánimes aplausos saludaron nuestra llegada, prolongándose especialmente en el coro en que el alma vino á ocupar su puesto sentándose á mi lado.

Angeles y almas la felicitaron por su exaltacion. Los que

(1) Santo Tomás.—*Sobre los ángeles*, p. 108, art. 8.—San Bernardo.—*Comentarios sobre el Cántico de los Cánticos*.

(2) *Vida de Santa Aldegunda*.—Boll.

(3) Pedro de Blois.—*Plática sobre San Miguel*.



eran superiores se inclinaron por amor ante ella, los inferiores se consideraban felices al verla tan honrada.

¿Cuáles fueron sus impresiones á la primera mirada que dirigió en su derredor hácia el infinito? Parecía querer sondear las profundidades, iba descubriendo lo que á cada paso le revelaba nuevos secretos (1).

¡Qué admiracion demostró al ver este mundo glorioso en que con tanta variedad están distribuidos los coros y las jerarquías! El cielo era ante sus ojos una rosa de incomensurable magnitud cuyas hojas son los elegidos, el tallo el Redentor y Dios la sávia ó la vida.

¡Qué trasportes de alegría cuando vió acudir hasta ella los que habia conocido y amado durante su peregrinacion ó que le estuvieron ligados por la sangre ó por la amistad!

¡Qué emocion cuando llegó hasta los piés de aquella incomparable Reina tan superior á todos por su dignidad y su gloria y tan unida á cada uno por su condescendencia y bondad!

¡Qué éxtasis cuando percibió los rayos divinos que parten de las cicatrices de Jesús y que le envuelven en una inmensa nube de luz!

¡Qué vida en fin la de aquel alma trasportada de repente al centro del infinito, donde por primera vez gustaba y en su mismo origen, tanto gozo y delicias!

Solamente una lengua podrá expresar con toda precision y verdad todo lo que dicha alma sintió en aquellos instantes, solo la lengua de Dios que se habla á sí mismo interiormente por su espíritu y por su Verbo.

## CAPÍTULO LXXXVI.

### LAS EXEQUIAS.

Desde las alturas en que triunfaba el alma de aquel nuevo bienaventurado, yo presenciaba los honores que en la tierra se hacian á su cuerpo. Asistí á las santas ceremonias de la Iglesia y las presidí. Yo habia bendecido la cuna, debia pues bendecir la tumba (2).

(1) San Bernardo.—*De la Consideracion*, lib. V.—Cap. 4.

(2) *Vida de San Simeon Stilita*.—Boll.



Desde que el anciano dejó de vivir, las lágrimas acrecieron y las campanas dejando oír sus plañideros tañidos, despertaron en los corazones un sincero dolor. No se compadecía al justo, pero se echaba de menos su presencia; el duelo era general y cada uno se creía sufrir un dolor propio (1).

Cerca de mí comenzaron las conversaciones íntimas. «Ya no existe! Qué pérdida! ¿No es verdad que nunca hubiera debido morir? Si ese no se salva: ¿Quién se salvará? En vez de rogar por él, deberíamos invocar su protección.»

Los confidentes de sus virtudes secretas abrieron por primera vez su boca y refirieron lo que el silencio y la modestia habían encubierto hasta entonces.

Pero ¡cuán incompletas me parecieron aquellas alabanzas y cuántas revelaciones más hubiese podido yo hacer! Lo que ante los ojos de Dios era más perfecto estaba oculto para los de los hombres. El mundo conocerá en su día las riquezas de aquella noble vida.

No se sabía como calificar aquella bellísima muerte. Era el fin de un bello día? No, era el de una hermosa noche y el principio del solo día verdadero; un apacible sueño aquí abajo seguido de un glorioso despertar allá arriba.

Los ángeles quisieron asociarse á los hombres en el homenaje que estos tributaban á la virtud. Por cima de la casa en que aun estaban los restos de aquel justo, vino á revolotear una preciosa bandada de pajarillos, que entonaron una melodía de incomparable dulzura, acompañada de un alegre batir de alas. Jamás ojo alguno admiró tan brillantes colores como los de aquellas avecillas, ni trinos tan suaves deleitaron los oídos. Cuando las gentes acudieron, temióse que volaran, pero solo describieron en el aire un gracioso círculo y volvieron de nuevo á cantar sobre el techo querido.

Pronto se echó de ver de donde venían y cual era su patria; cuando hubieron llenado su misión de cantar en las exequias del amigo de Dios, revolotearon un instante sobre la tierra que cubría el cuerpo y partieron de repente hácia el Cielo (2).

---

(1) *Vida de San Adelardo abad, de Corbie.*—Boll.

(2) *Vidas de San Simeon Stilita, de Santu Isabel de Hungría, de San Jorge de Clermont.*—Boll.



## CAPÍTULO LXXXVII.

### EL CUERPO DEL ELEGIDO.

Yo amo el polvo que perteneció á mi elegido; fué una parte de su ser y no podria serme indiferente. Como noble instrumento de sus méritos seguirá el destino de su alma y participará de él. Yo velaré por él y seré su protector y su vengador, inspirando temor á los audaces que quieran profanarle y colmando de favores mil á los que le veneren (1).

Hasta el dia de la Resurreccion estará confiado á mi custodia; el sello que lleva es indeleble; por todas partes yo reconoceré siempre aquellos átomos que fueron los holocaustos de la caridad, de la castidad, de la penitencia y por los cuales los Sacramentos hicieron llegar hasta el alma la vida sobrenatural de la gracia (2).

En el seno de la tierra y en los abismos de los mares, sobre las alas de los vientos ó en los perfumes de las flores, yo los sigo con mi mirada. Ora suban en la sávia de las plantas, ora vengán á abrirse á los rayos del sol, ya duermen escondidos bajo lechos vegetales ó se mezclen con las áridas arenas, siempre tendrán para mí la misma excelencia.

Satán huye de ellos: les hieren la vista como al pájaro de la noche los luminosos rayos y le queman cual vivas centellas si sobre ellos pone el pié.

Exhalan un olor que atrae á los ángeles llenándoles de gozo, eleva los corazones de los hombres y los hace mejores. Aquellos miembros que en vida estuvieron sujetos á las flaquezas, poseen hoy despues de la muerte la virtud de rechazarlas (3).

Yo bendigo á Dios que se digna honrar de este modo el polvo de mi elegido en el mismo tiempo en que su alma está por humillacion en el purgatorio.

En el último dia cuando venga el fuego á regenerar al mundo y se dejen oír los sonidos de la trompeta, tendré que llenar un

(1) San Teodoro Studita.—*Sobre el conjunto de las órdenes celestiales.*—*Vidas de San Constantino de Pérona, de San Vicente de Zaragoza.*—Boll.

(2) San Ambrosio.—*Sermon 93.*

(3) San Crisóstomo.—*Sobre San Julian y sobre los Macabeos.*



dulce deber. Separaré del monton de cenizas el polvo que es objeto de mi culto y formaré de él un cuerpo que Dios revestirá de gloria (1).

La Soberana bondad volverá á trazar sobre él en luminosos rayos, la historia de las virtudes que formaron mi alegría, adornándole con perfecciones que no tenia antes de la prueba. Se hará ligero, sutil, diáfano, incorruptible; no tendrá que temer ni debilidades ni senectud; la eternidad no conoce ni vejez, ni decadencia.

El esplendor del cuerpo entonces será para el elegido un complemento de su gloria, le hará experimentar una dicha desconocida para los espíritus puros; al mismo tiempo que con los ojos del alma considere la humanidad del Salvador, la contemplará tambien con los ojos corporales y esta nueva vista será el origen de nuevos goces.

Desde el seno de Dios el alma vé en la tierra su compañero de peregrinacion y aspira á unirse á él de nuevo, pero en este deseo no brilla la impaciencia, ni amortigua en nada su felicidad (2).

## CAPÍTULO LXXXVIII.

### LA ETERNA UNION.

Mientras que esperamos la confirmacion de nuestra gloria en el último dia, gozamos ya de una dicha inalterable é infinita.

¿Quién podrá definir las dulzuras de una union formada en la vida para continuar durante la eternidad? (3).

No teniendo ya que llenar con aquella alma el ministerio de salvacion, no dejo de darle testimonios continuos de mi afecto. Con mis caricias contribuyo á aumentar su felicidad; yo me complazco en sentarme en su mismo trono y en ceñir su misma corona, formando con el alma un solo espíritu y un solo corazon (4).

Yo desarrollo ante sus ojos el plan de la Providencia en la

(1) Santo Tomás.—*De la causa de la Resurreccion*, p. 78, art. 3.

(2) Luis de Blois.—*Retiro del alma fiel*.

(3) Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los ángeles*.

(4) Santo Tomás.—*De los ángeles*, p. 168, art. 8.—Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los ángeles*.



obra de su santificacion y le pinto el cuadro conmovedor de mis esfuerzos, para haberla mantenido en el bien.

Ella me responde asegurándome que aquel dichoso pasado está siempre presente en su memoria y que aquellos dulces recuerdos exhalan un perfume que respira aun con delicia (1).

No pocas veces y durante estas agradables conversaciones, nos abrazábamos ambos bajo la presión del divino impulso de la caridad, recibiendo nuestros corazones los efluvios de una penetrante alegría, que era un rocío celestial.

Del mismo modo en los jardines de la tierra, ven los hombres bajo el bienhechor soplo de las brisas, darse dos flores el ósculo de paz y mezclar sus tesoros.

Nos parece y creemos que amando á Dios en nosotros y nosotros amando á Dios, se aumenta sin cesar la beatitud de este inefable amor (2).

Por la mútua union del ángel y del hombre en los cielos, á Dios solo se debe eternamente honor, gloria y bendicion!

**FIN.**

---

(1) Santo Tomás de Villanueva.—*Sobre los ángeles, Blot.*—*An ciel on re reconait*, carta 6.ª

(2) Santo Tomás de Villanueva.—*Plática sobre San Miguel.*







## ÍNDICE DE MATERIAS.

	Páginas.
Dedicatoria al Excmo. Sr. Arzobispo de Granada. . . . .	3
Opinión de los periódicos extranjeros sobre la obra. . . . .	5
Prólogo del Traductor. . . . .	7
Censuras emitidas. . . . .	10
Aprobaciones obtenidas. . . . .	11
Prefacio del autor. . . . .	12
CAPÍTULO I.—La Esperanza. . . . .	13
CAP. II.—La Primera vista. . . . .	14
CAP. III.—El Bautismo. . . . .	15
CAP. IV.—La Cuna. . . . .	16
CAP. V.—El hermano menor. . . . .	17
CAP. VI.—La Vision. . . . .	18
CAP. VII.—Los colaboradores. . . . .	19
CAP. VIII.—La Libertad. . . . .	20
CAP. IX.—El Santuario. . . . .	21
CAP. X.—Las Primicias. . . . .	22
CAP. XI.—La Serpiente. . . . .	23
CAP. XII.—Los Accidentes. . . . .	24
CAP. XIII.—La Leccion. . . . .	25
CAP. XIV.—Los Preparativos. . . . .	27
CAP. XV.—Una sombra dispada. . . . .	28
CAP. XVI.—El bello dia. . . . .	29
CAP. XVII.—El portador de Cristo. . . . .	30
CAP. XVIII.—La presentacion á Maria. . . . .	31
CAP. XIX.—El aire natal. . . . .	32
CAP. XX.—El Escudo. . . . .	33
CAP. XXI.—El Leon infernal. . . . .	34
CAP. XXII.—El ángel de las tinieblas. . . . .	35
CAP. XXIII.—Las Victorias. . . . .	36
CAP. XXIV.—La Fidelidad. . . . .	37
CAP. XXV.—El desfallecimiento. . . . .	38
CAP. XXVI.—La Amenaza. . . . .	39
CAP. XXVII.—La Caida. . . . .	40
CAP. XXVIII.—Las lágrimas. . . . .	42
CAP. XXIX.—Los hierros del cautivo. . . . .	43
CAP. XXX.—Recurso al cielo. . . . .	44
CAP. XXXI.—Voz de las criaturas. . . . .	45
CAP. XXXII.—Llamamiento paternal. . . . .	46
CAP. XXXIII.—La Resolucion. . . . .	47
CAP. XXXIV.—La Vuelta. . . . .	48
CAP. XXXV.—El Festin. . . . .	49
CAP. XXXVI.—El poder de las lágrimas. . . . .	51
CAP. XXXVII.—Triunfo del amor. . . . .	52
CAP. XXXVIII.—Un sonido que sale del cielo. . . . .	53
CAP. XXXIX.—El despecho del usurpador. . . . .	54



CAP. XL.—Dichosa falta.. . . . .	55
CAP. XLI.—El Consejero. . . . .	56
CAP. XLII.—El Porvenir. . . . .	57
CAP. XLIII.—La Vocacion. . . . .	58
CAP. XLIV.—Una esposa. . . . .	59
CAP. XLV.—Los Temores. . . . .	60
CAP. XLVI.—La Confianza. . . . .	61
CAP. XLVII.—La Alianza. . . . .	62
CAP. XLVIII.—El Hogar. . . . .	63
CAP. XLIX.—La Escala. . . . .	64
CAP. L.—La Canastilla. . . . .	65
CAP. LI.—La Bendicion. . . . .	66
CAP. LII.—El Trabajo. . . . .	68
CAP. LIII.—El Descanso. . . . .	69
CAP. LIV.—Sursum Corda . . . . .	70
CAP. LV.—El divino sacrificio. . . . .	71
CAP. LVI.—Los Profanadores del Domingo. . . . .	73
CAP. LVII.—La parte de Dios. . . . .	74
CAP. LVIII.—El valor de la limosna. . . . .	76
CAP. LIX.—La Prueba. . . . .	77
CAP. LX.—Los ángeles de la familia. . . . .	79
CAP. LXI.—Los Poemas . . . . .	
CAP. LXII.—El ángel del niño elegido. . . . .	81
CAP. LXIII.—El ángel de la doncella. . . . .	83
CAP. LXIV.—El ángel del soldado. . . . .	88
CAP. LXV.—El ángel del religioso. . . . .	91
CAP. LXVI.—El ángel del sacerdote. . . . .	95
CAP. LXVII.—El ángel de la madre. . . . .	104
CAP. LXVIII.—El ángel del siervo . . . . .	105
CAP. LXIX.—Los ángeles superiores . . . . .	106
CAP. LXX.—La Faz divina . . . . .	108
CAP. LXXI.—La Vejez. . . . .	109
CAP. LXXII.—La Enfermedad . . . . .	110
CAP. LXXIII.—El anuncio de la partida. . . . .	111
CAP. LXXIV.—La Súplica. . . . .	112
CAP. LXXV.—El último asalto. . . . .	113
CAP. LXXVI.—La Confianza. . . . .	114
CAP. LXXVII.—La Extremauncion. . . . .	115
CAP. LXXVIII.—El Viático. . . . .	116
CAP. LXXIX.—La Partida. . . . .	117
CAP. LXXX.—La Llegada. . . . .	118
CAP. LXXXI.—El Juicio . . . . .	120
CAP. LXXXII.—El Purgatorio . . . . .	121
CAP. LXXXIII.—El Triunfo. . . . .	122
CAP. LXXXIV.—El Angel apóstata . . . . .	123
CAP. LXXXV.—La primera mirada . . . . .	124
CAP. LXXXVI.—Las exequias . . . . .	125
CAP. LXXXVII.—El cuerpo del elegido . . . . .	127
CAP. LXXXVIII.—La eterna union . . . . .	128



